# LAS SOLIDARIDADES MISTERIOSAS

**Claire, una mujer de cuarenta y siete años en la cima de su carrera profesional, abandona su trabajo, su apartamento en París y todo lo que hasta entonces ha conformado su vida para regresar al pueblo de Bretaña donde creció. Allí reencuentra por casualidad a la profesora de piano de su infancia, quien le propone irse a vivir con ella. Poco a poco se reinstala en el lugar, reencuentra su primer amor y establece una profunda relación con su hermano menor.De forma inesperada, su hija, a la que no había visto desde hace veinte años, regresa para estar con ella. De forma polifónica, todos los personajes que se relacionan con Claire evocan a esta mujer cuya historia y destino se convierte en cada vez más sorprendente, a medida que se desvelan los secretos de familia, los celos y la violencia oculta que anidan en los protagonistas de esta novela profundamente inquietante y de una belleza sobria y envolvente que rastrea sin fin el enigma que constituye el hecho de estar en el mundo.**

Autor: Pascal Quignard
ISBN: 9788415472476

# Las solidaridades misteriosas

**Pascal Quignard**

# 1

## Claire

# 1

Donde él vaya, yo iré.
Donde él viva, me quedaré.
Donde él muera, seré enterrada.

*Libro de Ruth*

Mireille Methuen se casó en Dinard el sábado 3 de febrero de 2007. Claire fue allí el viernes. Paul no quiso acompañarla. No conservaba ningún vínculo con lo que quedaba de la familia. Hacia las once, Claire sintió apetito. Estaba siguiendo el río Avre. Prefirió dejar atrás Breux, Tillières, Verneuil. A la salida de Verneuil, se detuvo a comer en un área arenosa y vacía.

Era el bosque de L'Aigle.

Atraviesa el *parking* en dirección a una mesita de hierro posada ante un chalet alpino. En la mesita habían colocado una maceta con *forsythias* amarillas. Ante la maceta de *forsythias* está el menú del día, escrito con tiza en una pizarra. Examina el menú.

Un hombre de unos cincuenta años sale tímidamente del albergue. Lleva un delantal a grandes cuadros rojos y blancos.

—Señor, ¿puedo comer ahí, al sol?

Claire señala la mesita de hierro en el exterior.

—¿Pero se da cuenta de que aún no es mediodía?

—¿Le causa un problema cocinar ahora mismo?

—No.

—Entonces me gustaría instalarme ahí, en ese rayo de sol, aunque aún no sea mediodía.

El hombre parece algo remiso. No responde. Se comporta de forma extraña. Examina a Claire atentamente. Ésta se le acerca, le toma del brazo, casi le dobla en altura.

—Estoy hablando con usted, le estoy preguntando si puedo sentarme ahí, al sol.

—¿Ahí?

—Sí, ahí, donde da el sol.

El posadero alza sus ojos azules hacia ella.

—Señor, quisiera comer algo, aunque sólo sea una ensalada, ahí, a pleno sol, a las once, en pleno mes de febrero —repite ella.

Silencio.

—Señor, me parece que debería usted responderme.

Entonces el posadero se adelanta, retira el letrero, la pizarra donde figura el menú del día, y el tiesto de las *forsythias*.

Lo lleva todo al chalet.

Regresa con una esponja.

Limpia lentamente la mesa.

Al limpiarla, se nota que la mesa está coja.

El posadero se arrodilla. Las raíces han levantado la tierra. Desliza un guijarro bajo una de las patas de la mesa.

Aún con la rodilla en tierra, enarcando las cejas, alza la vista hacia Claire y dice, en tono tranquilo:

—Estaba indeciso, señorita, porque hay un autillo.

Señala con el dedo hacia la copa del árbol.

Los dos al mismo tiempo alzan la mirada.

El aire es ligero y azul.

El roble parece desnudo, pese a que los rayos de sol acarician sus hojitas tiernas.

—Supongo que a estas horas el autillo estará dormido —dice Claire.

—¿Usted cree?

Claire asiente.

—¿De verdad lo cree?

El posadero, aún con una rodilla en tierra y los brazos cruzados sobre la otra, la observa en silencio.

—Estoy segura —dice Claire.

Coge la silla, se sienta ante la mesita, y se echa, suavemente, a llorar.

La cita en la alcaldía es a las diez y media.

Claire ha tomado el desayuno lo más temprano posible (en cuanto la patrona del hotel ha ido a buscar el pan a la panadería), a las siete y cuarto.

A las nueve, va al mercado.

Deambula.

Contempla una cestita de fresas perfectamente fuera de temporada. No resiste las ganas de tomar una fresa, metérsela en la boca, sentir su perfume.

Cierra los ojos. La paladea.

Estaba saboreando una fresa bastante insípida, cuando oyó una voz que le afectó de forma indescriptible. Sintió que el interior de su cuerpo se dilataba, sin entender muy bien qué le pasaba.

Abrió los ojos. Se dio la vuelta.

Un poco más lejos, a la izquierda, una vendedora de verdura ecológica sostenía una animada conversación con una señora de edad avanzada.

Se acercó lentamente.

Las verduras expuestas a la venta en aquel puesto no tenían un aspecto magnífico: su apariencia era penosa; el volumen, informe; la piel estaba llena de tierra.

La voz procedía de una dama pequeñita que estaba ante ellos.

Llevaba un delantal blanco y —por encima— un pañuelo con un motivo rosa de florecillas sobre fondo negro, demasiado pequeño para la masa de su cabello. La señora vieja estaba preguntando cómo estaban los puerros.

A Claire le gustaba su voz, que oía a diez pasos de distancia.

Adoraba aquella voz.

Buscaba el nombre que darle a aquel timbre tan claro, a aquella especie de oleaje de frases rítmicas que la atraían. La voz ascendía de las lechugas romanas y de las remolachas negras. La voz pidió, bruscamente, con autoridad, un manojo de rábanos. Luego la voz pidió unas acelgas, y entonces los ojos de Claire Methuen ya se llenaron de lágrimas. No llegó a llorar, pero con la vista empañada vio, sin extrañarse, la mano y el anillo, que surgían por encima de las grandes hojas oscuras de los ramos de espinacas, para alcanzar la bolsa deslucida, de papel reciclado, que le tendía la vendedora.

Claire empujaba a la gente que hacía cola.

Los que formaban la cola se pusieron a murmurar y a refunfuñar.

—Señora Ladon —murmuró Claire, muy bajito.

Nada. La anciana no se volvió.

Repitió más fuerte:

—¡Señora Ladon!

Vio que la espalda de la anciana se contraía y su rostro se volvía lentamente hacia ella. La anciana tenía ojos castaños y gafas doradas. Alzó la mirada hacia el rostro de Claire y pareció muy intimidada al encontrarse ante aquella joven tan grande, tan alta, el doble de alta que ella, que la llamaba por su nombre. La señora

Ladon no reconoció de inmediato a Claire. Estaba observándola cuando un señor, cubierto con un sombrero suizo, exigió a Claire que se pusiera al final de la cola.

—Señora Ladon —repitió Claire.

Claire tomó la bolsa de la compra de manos de la vieja. La dejó en el suelo. Le tomó la mano, le acarició los dedos, tan bellos, tan transparentes, tan articulados, tan apergaminados. Los acarició de uno en uno, como solía hacer tiempo atrás. La mirada de la anciana se había endulzado. Tenía el cabello muy fino y blanco, un poco azul. Algunos mechones blancos flotaban sueltos alrededor de la cara.

—No me lo puedo creer. ¿Eres la niña de los Methuen?

Entonces se apartaron en silencio de la cola y del mostrador.

—¿Has vuelto?

—Usted también, señora, ha vuelto a Bretaña. ¿Ha vuelto a Saint-Énogat?[1] —preguntó Claire.

—Exactamente.

La tendera estaba tan emocionada como parecían estarlo las dos mujeres —era una tendera muy comprensiva. Depositó junto a la balanza la segunda bolsa de papel reciclado de la que asomaban los puerros. Los rábanos eran tan pequeños como grosellas y eran mucho más pálidos.

—Eres la hermana mayor de Marie-Hélène —dijo la señora Ladon con dulzura.

Claire asintió. No era capaz de decir nada. Se le cerraba la garganta.

—¿Y el pequeñín?

—Paul está en París.

—Tengo que acabar las compras, pero prométeme que antes de irte vendrás a verme a casa sin falta.

—¿Cuándo?

—Ven a verme, a Saint-Énogat, esta tarde después de comer.

—Esta tarde no puedo, es la boda de Mireille.

—¿La hija de Philippe Methuen se casa?

—Sí, hoy se casa Mireille, pero mañana aún estaré aquí.

—Entonces mañana domingo. Después de misa, cuando quieras.

—¿En la misma casa de siempre?

—En la misma.

Ya era de noche. Claire había bebido demasiado vino durante el banquete de boda. En la habitación de hotel, con el mapa de la ciudad desplegado sobre la cama, verificaba cómo ir en coche, a partir del hotel de Dinard, a casa de la señora Ladon, en Saint-Énogat. Luego se durmió.

A las nueve, tomó el desayuno en el cuarto.

Desplazó el sillón hasta la ventana.

Encendió un cigarrillo. Buscó en el listín telefónico del hotel abierto sobre las rodillas los nombres de su infancia. Encontró el nombre de Évelyne. Los timbrazos resonaron en el vacío. Ella no estaba en casa. No había contestador.

No encontró el nombre de Simon Quelen.

Encontró el nombre de Fabienne Les Beaussais.

Fabienne respondió a la primera.

—Soy Claire. Claire Methuen. ¿Te acuerdas de mí?

—Estás loca. Es domingo.

—¿Te acuerdas de mí, de Claire Methuen?

—Sí, claro, claro que me acuerdo.

—¿Te he despertado?

—Sí.

—¿Estás sola?

—Sí.

—Entonces ven a desayunar conmigo.

Quedaron en el café del puerto, La Barque de Festivus, frente al transbordador a las islas.

Fabienne dejó la bici de Correos en la acera, cerca de la mesa donde Claire estaba ya sentada con una taza de café.

Claire se incorporó pero no llegaron a besarse. Se rozaron las mejillas con los labios. A continuación Fabienne llevó una silla a la acera y se sentó a su lado.

—¿A que te rompe los esquemas? Tu mejor amiga es cartera.

—¿Por qué dices eso, Fabienne?

—¿Acaso cuando eras niña tú soñabas con ser cartera?

—No, no es que soñase con eso, pero está muy bien.

—¿Y tú?

—Otro café. Dos cafés más, por favor. ¿Quieres un *croissant*? Yo, sigo traduciendo.

—¿Cuántos idiomas dominas? ¿Hablabas diez? ¿Hablabas veinte?

Claire se encogió de hombros.

—Pues yo pensaba que te harías pianista.

—Ayer vi a la señora Ladon.

—Me lo dijo cuando pasé por su casa.

—¿La ves a menudo?

—¿Y cómo no la voy a ver? Cada día le llevo el correo y el periódico. ¿Qué tienes? ¿Te has hecho daño?

Fabienne adelantó la mano para tocar la herida que Claire tenía en la mejilla.

—Es el viento.

Durante media hora hablaron de todo, de nada, guardaron silencio, se miraban, la marea bajaba, los barcos se inclinaban, el viento olía a cieno.

—Tengo que irme —dijo Fabienne. No puedo invitarte. Mi amigo viene a comer.

Se levantaron. Caminaron por el muelle, Fabienne empujaba la bici de Correos por el muelle.

—¿Fabienne?

—Sí.

El murete estaba demasiado mellado y húmedo para poder poner la mano en él.

Claire le preguntó a Fabienne:

—¿Simon sigue aquí?

—Sí.

—En el listín no le he encontrado.

—Claro. Es que se ha instalado en La Clarté. La farmacia de sus padres la ha realquilado, y él gestiona la pequeña farmacia del puerto de La Clarté. Ahora es el alcalde del pueblo.

Fabienne añadió:

—Su hijo está enfermo. Él, su mujer y su hijo viven en Saint-Lunaire.

—¿Gwenaëlle?

—Sí, ella. Es lógico, ¿no?

—Es lógico.

Se habían detenido ante el pórtico de la playa de Dinard.

Las dos tenían la mirada puesta en la vieja rampa de madera, pero no la veían.

Las dos creían estar hablando, pero ya no se hablaban.

Fabienne montó en su bici.

Claire miraba en silencio el aire vacío y blanco sobre el mar.

Se despertó bruscamente. Estaba en la playa, recostada sobre una roca. Una niña le daba golpecitos en la pierna.

—¡Mira!

La niña acercó mucho su cara a la cara de Claire, que había vuelto a quedarse dormida.

—¡Pero mira!

Entonces abrió las manitas, de las que surgió un pequeño cangrejo pálido, todo translúcido, que inmediatamente se ocultó entre sus dedos minúsculos. Cayó a la arena. Trató de enterrarse en ella. Corrió en diagonal por los surcos de arena.

La niña, a cuatro patas, logró recogerlo y ponérselo en la palma de la mano.

—Hago una fábrica de cangrejos. ¡Mira! Allí, llega el agua —dijo la pequeña volviendo la cabeza hacia Claire, mientras con el brazo le mostraba el espigón donde había instalado su fábrica.

—¡Te has vuelto a dormir!

Le pequeña daba golpecitos a Claire.

—¿Por qué tienes los ojos tan negros?

Escaló las rocas, una por una. Caminaba por la landa, sobre musgos, entre brezos y retamas. Volvía a los lugares de su infancia. Reconocía los bloques de granito, los matorrales, los senderos, los viejos muros, las escalinatas escarpadas, el mar, el estruendo del mar. Los volvía a descubrir con impaciencia.

Para llegar a La Clarté, si se viene de Dinard por el sendero de los aduaneros, hay que pasar por Port-Salut, Port-Riou y Saint-Énogat, pasar junto al nuevo centro de talasoterapia, subir hasta la cima de la colina.

Después del promontorio de la Roche-Pelée, hay que seguir subiendo por un camino bastante empinado hasta alcanzar la meseta.

A partir de ahí, es más salvaje. Es la landa. En el extremo de la meseta se encuentran las Piedras Tumbadas, junto a las que se alza la capilla de Notre-Dame de La Clarté. Para cruzar la landa y el yermo hay dos horas de camino. Si uno vuelve a descender, justo antes de llegar a Plage-Blanche, y se asoma, verá el precipicio que cae a pico hasta el mar, pero no puede ver el puerto, porque está tan en vertical respecto a la capilla que no se distingue.

El puerto sólo puede verse desde el mar.

E incluso desde el mar, el pueblo de La Clarté, pegado al acantilado, no se distingue bien.

Se ve un poco la ropa tendida al viento.

Se ven las antenas parabólicas de televisión.

Sólo si uno las conoce puede adivinar las casas antiguas, graníticas, negras, dispuestas en terrazas, en parte hundidas en el acantilado, escoltadas por las escalinatas excavadas en el granito, oscuras, poderosas, con escalones altos e innumerables.

En lo alto del acantilado, quieta, de cara al viento y al cielo, vuelve a ser feliz.

Oye el mar, allá abajo.

Cierra los ojos.

Entonces, poco a poco, muy lejos, en las recámaras profundas de su memoria, oye el lavamanos de porcelana que volcaba agua ruidosamente en la jofaina de loza del dormitorio de su tía.

El cubo de agua que llenaban en el fregadero, retirando el pedazo de madera que bloqueaba la manguera de goma negra que venía de la cisterna, situada encima del techo de la granja.

El ruido de su tía Guite, Marguerite Methuen, la cuñada de su padre, que sujetando el molinillo de café entre las piernas molía los granos crujientes. Luego fue el ruido del hacha en la leñera para hacer leña pequeña, y el ruido de la podadera cortando las aulagas. Sus primos eran mucho mayores que ella. Iban por el río a cortarlas y atarlas en gavillas. El mayor de los primos, Philippe Methuen, era el padre de Mireille. Él se hizo cargo de la granja. Ella, de niña, les observaba formar las gavillas. Siempre la mantenían al margen de sus tareas. Ella les observaba con mucha curiosidad. Ya trabajaban en la granja. No la soportaban porque ella era brillante en los estudios, porque era una niña, porque su madre siempre la protegía. Paul, su hermano pequeño, estaba interno en Pontorson. Sólo se le veía en las vacaciones de verano. Sólo entonces había que soportar sus lloriqueos, durante el mes de agosto.

Ahora oye otro ruido que suena en su interior; está perforando conchas; perfora centenares de conchas; luego les pasa un hilo rojo; con los caracoles hacía cascabeles. Con unas tijeras recortaba envases de cartón de agua y de cerveza que luego pegaba con cola de harina. Fabricaba casas para los caracoles, para los saltamontes, para las ranas, para las orugas.

Miraba con una especie de exaltación incesante cómo las orugas se transformaban en mariposas.

Finalmente percibió, en un relámpago, al fondo de su memoria, a ocho vacas sucias en el camión rojo bajo la lluvia, lavadas por la lluvia; ocho vacas relucientes de lluvia; y también un coche con el motor quemado, ahogado en la lluvia, un coche empotrado en el antepecho del acantilado.

A los mirlos caídos les construía nidos y les preparaba banquetes a base de miga de pan y leche, con la esperanza de salvarles.

# 2

PASÓ las Piedras Tumbadas. Descendió. El descenso siempre había sido vertiginoso. Seguía siendo vertiginoso. Comenzó a bajar, lentamente, los centenares de escalones a pico sobre el mar. Procuraba no asomarse. Sin embargo, pese al vértigo, y aunque no quisiera ver, vislumbraba abajo las barcas de pesca que volvían al puerto.

Vio el transbordador que partía hacia Saint-Malo, perseguido por las gaviotas.

Una trainera esperaba a que pasase el transbordador.

Su estela se borró en el instante en que entró en el canal.

Las gaviotas abandonaron la persecución del transbordador de las islas para volver hacia ella.

Más lejos, estaba el pequeño faro cilíndrico y blanco, en lo alto de la torre de baliza que señalaba el puerto de La Clarté.

Una vez llegó abajo, visto desde ahí, todo era pequeño, todo era mucho menos angustioso y menos invisible. Alzabas la cabeza, y veías un viejo puerto distribuido en pisos, al abrigo de los bandidos, de los aduaneros, de los ingleses, de los corsarios, de los gendarmes, de los alemanes, de los normandos, del viento. Las fachadas de las casas del muelle eran muy estrechas. Las tiendas se apretaban las unas a las otras, cada una con una sola ventana. El panadero-pastelero ni siquiera tenía ventana, y en cuanto hacía buen tiempo sacaba fuera unas mesas donde vendía *crêpes* y panes de dos libras. Sobre una puerta vidriada se alzaba el neón azul del café del puerto. Luego estaban el vendedor de zapatos de marca, la tienda de tabaco y prensa, y por fin la escalerita que llevaba a la vicaría y que luego conducía, ensanchándose, a los doce escalones de la iglesia de La Clarté.

La farmacia se encontraba en la esquina de la oficina de Correos, ante el pequeño edificio del callejón de los Degrés-du-Marché.

La persiana estaba echada.

Estaba cerrada.

Por encima del muelle se superponían, en terrazas, unas sobre otras, o en placitas sucesivas en lo alto de las escaleras, las treinta o cuarenta viejas casas con el tejado de pizarra, todas apretadas contra el acantilado y más o menos hasta la mitad de su altura.

Todas las calles eran escaleras. No podía circular ni un coche, ni un ciclomotor, ni una bicicleta, ni un triciclo, ni un patín. Era el pueblo más silencioso del mundo. Ni siquiera el ruido de una segadora de césped. No había espacio para cultivar ningún jardín, ni bastante tierra para que un arbusto echase raíces. De ahí que en todas las ventanas hubiera jardineras, pequeñas glicinas, jacintos de invierno, viejos geranios, pensamientos.

En conjunto, en el puerto de La Clarté se decía que había que subir setecientos escalones si se quería llegar a las Piedras Tumbadas y la capilla de Notre-Dame.

Pocos se animaban.

Para hacer la compra, lo mejor era bajar al puerto. O bien esperar al día del mercado. O bien se tomaba el transbordador y se hacía la compra en Saint-Malo, en Cancale o, más cerca, en Saint-Briac o en Dinard.

Se va, sube a la pasarela, toma el transbordador que la deja ante La Gonelle, en el puerto de recreo de Dinard.

Vuelve a cruzar la playa. Sube la colina. Sigue el camino de los aduaneros hasta Saint-Énogat. La marea está subiendo. Es la marea de la luna nueva. El mar de la luna nueva, en el vacío cielo nocturno, levanta las olas más altas del mes. Es el momento en que el oleaje encrespado lanza su masa más espumeante, cuando el

ruido del mar resulta más ensordecedor. Las olas rompen muy por debajo de Claire, pero aun así le salpican la cara y lanzan su espuma por encima de su capucha, que continuamente le cae hacia atrás. Ella avanza a la carrera por el camino cimentado, impulsada por la fuerza del viento, porque en la borrasca caminar poco a poco cuesta mucho.

La capucha ya no se sostiene. El viento le agita la melena rubia. La alza como una antorcha húmeda y amarilla. Ella se pone deliberadamente de cara al viento y sigue avanzando lo más rápido posible.

Llega completamente empapada a casa de la señora Ladon.

Se quedó dos horas en casa de la señora Ladon, llamó a un taxi, volvió al hotel, recogió el equipaje, pagó en recepción, volvió a subir al taxi, y volvió a casa de la señora Ladon, donde se quedó cuatro días.

Luego volvió a París.

Luego se tomó diez días de vacaciones.

Aquellos diez días los pasó en Saint-Malo, en el piso de una amiga de la señora Ladon que sólo lo ocupaba en verano. Iba una vez al día a casa de la señora Ladon, para almorzar o para cenar. Alquiló por nada un viejo Cuatro L, que, cuando tomaba el tren a París, dejaba en el garaje de la Estación Marítima.

# 3

ESTÁ en Versalles. Está en el jardín.

Pese al frondoso ramaje del laurel, la tierra fértil recibe algo de la luz del sol.

Junto al muro, ocultos por el bordillo de cemento que ciñe el parterre, en un pequeño surco, cerca del boj esférico, ve los dos pétalos de una prímula roja, que trata de alzarse hacia los túneles de claridad dispar que se filtran entre las ramas y las hojas.

Un islote de luz se dilata sobre el musgo.

Un caracolito encantado la devora.

Claire se acuclilla ante el pequeño caracol. Y le susurra: «Habría que volver a plantar árboles. Habría que cortar las ramas del laurel. Habría que aserrar esa rama gorda con la que siempre choco. Habría que plantar más flores. Habría que remover la tierra. Ahora es justo el momento para sembrar un bonito césped verde.» Pero el carcacol vacila en responderle. Por un instante adelanta la cabeza y luego vuelve a meterla en la concha. Entonces ella siente que un agua le corre suave y copiosamente por la espalda. Se incorpora. Descubre que tiene el cuerpo entero empapado en sudor. Hasta el vientre lo tiene cubierto de sudor. La angustia es una compañera tan antigua. Quizá no sea la compañera más agradable del mundo, pero es una buena consejera. La garganta que se cierra es un hada, aciaga, cruel, pero que sabe interpretar admirablemente las cartas que reparte el tiempo. Ella ya nunca lucha de frente contra la angustia. Demasiado bien conoce sus estrategemas, y sus vértigos.

Con una mano coge la lata de pintura vacía, con la otra arrastra la lona manchada hasta el cubo de basura.

Luego Claire remonta lentamente la avenida de las bellas quintas versallescas.

Cierra el candado de la cadena que abraza los barrotes de la verja.

Luego vuelve a bajar la callejuela, procurando que sus zapatos de tacones altos no resbalen sobre los adoquines y el musgo. Deja la callejuela con una energía progresiva. Súbitamente mira, con consternación, todas esas bonitas quintas a su alrededor, esos suntuosos pequeños pabellones que le parecen de pacotilla hechos a base de yeso, de reminiscencias y de madera de cerillas. Las macetas en los balconcitos son lamentables. Los gruesos junquillos recién comprados son demasiado coloridos, demasiado robustos. Parecen de plástico. Ni siquiera se inclinan al viento.

Apoya la cabeza en el vidrio de la ventanilla entreabierta del tren.

El aire fresco circula.

Va en el TGV a Saint-Malo.

Mira el campo, los campos, los setos, las marismas.

Mira los muérdagos que estrangulan las viejas pequeñas encinas en los surcos que demarcan las lindes de los campos.

De repente, se levanta. Se acerca al hombre de negocios que habla por teléfono móvil, un poco más allá, junto al pasillo.

—Disculpe, señor.

—¿Sí?

—¿Puede usted hablar más bajo?

—Sí.

—Pues inténtelo.

El hombre de negocios se levanta y se va con su teléfono móvil a la plafatorma del vagón, donde el lavabo.

En el *parking*, abre la portezuela del Cuatro L, cubierto de una fina capa de polvo.

Avanza lentamente.

El río se funde con la bahía.

Detiene suavemente el coche en la hierba.

Sale.

Observa el resplandor chorreante, líquido, de la luz que se proyecta sobre las rocas, a lo largo del mar completamente blanco, inmenso.

A lo lejos ve Saint-Malo.

Hasta alcanza a ver la isla de Cézembre.

Camina por la hierba y los helechos.

Lleva los zapatos de tacón en la mano. Está feliz. Porque en cuanto ha visto la bahía, cuando ha visto la fábrica de energía mareomotriz, ha recobrado la alegría. La alegría la llena, la desborda. Sus largas piernas desnudas avanzan por la hierba fresca de la primavera, y Claire recibe el aire mojado en la frente, en la nariz, en las mejillas, en el dorso de las manos.

Camina largo rato en silencio.

Cuando regresa, ha subido la marea.

Ya no puede pasar por las rocas para llegar al coche.

Tiene que seguir la avenida. Se inclina. Se pone los zapatos. Camina sobre el asfalto para volver al *parking*.

Camina por la gravilla mezclada con hierba que bordea el asfalto de las carreteras.

Detrás, el mar está blanco.

Llueve lentamente sobre ella.

Una trenca marrón oscuro demasiado corta, con una capucha que cae hacia atrás, dos rodillas desnudas que asoman: eso es Claire.

El domingo 29 de abril de 2007 hizo buen día. Paul vino a pasar el *week-end*. Se podía cenar fuera. Estaban cenando, frente a frente, en el rumor de los cascos y los mástiles que entrechocaban. Habían bajado al puerto de recreo de Dinard. El aire sólo era un poco fresco. Claire le explicaba a Paul por qué estaba pensando en quedarse allí por algún tiempo. ¿Podría él prestarle un poco de dinero?

—Sí.

¿A él no le gustaría comprar algo aquí?

—Desde luego que no.

Ella sonrió.

—Y tu trabajo, ¿qué? —preguntó Paul.

—Puedo hacerlo en cualquier sitio —responde Claire. Puedo hacerlo por escrito. Ése no es el problema.

—¿Dónde está el problema?

—Estoy harta de que me necesiten.

—¿No es eso una suerte?

—Estoy harta de servir.

—¡Dios mío!

Entonces se callaron.

Los dos habían crecido en el estuario del Rance, pero no habían crecido juntos. Sólo pasaban juntos un mes, en verano, cada verano. Cuando sus padres murieron, cuando su padre, su madre y Lena murieron, Claire tenía nueve años y Paul, cuatro. Paul sólo era un niño con el que ella no podía ni jugar ni hablar, que por cualquier cosa se echaba a llorar, que se sometía a su destino, al que ella despreciaba. Luego, después de la muerte de su tía, a ella se la retiraron a su tío y los dos fueron puestos bajo tutela del consistorio. En verano ella se ocupaba de Paul, entonces le vestía, le enseñaba idiomas. Ella se casó muy joven, a la primera ocasión, para poder emanciparse. Tuvo dos hijas que cuando obtuvo el divorcio se quedaron con su padre. Abandonó el domicilio conyugal justo después de que naciera la segunda, Juliette. Cuando ella se marchó, Juliette sólo tenía seis días. A esas dos hijas, Paul ni siquiera había llegado a conocerlas. Así pues, Paul y Claire apenas se conocían. Se telefoneaban el 17 de mayo y el 26 de agosto, por sus aniversarios, y el día de san Paul, el 29 de junio, y el de santa Claire, el 11 de agosto, y en fin, por san Silvestre, a medianoche. En total cinco veces al año. Eso era todo.

Al buey de mar, antaño, su tía Guite lo llamaba con el nombre bretón de *houvet*.

Ella desplaza su copa de vino blanco sobre el mantel blanco.

Es el éxtasis del *houvet*.

Le parte las pinzas. Trata de partirlo por la mitad, lo desgarra ruidosamente, entra en el interior del buey de mar, imagina la vida bajo el agua, peligrosa en las grietas, profunda en la oscuridad, bajo las algas, en la noche rumorosa y agitada del mar. Está feliz. Ella también tiene la frente abombada, como el buey de mar. Encorvada, con la cabeza por delante, empuja su caparazón abombado bajo las algas, tiende las pinzas hacia los pececitos que se escurren, las algas que se deslizan, los hipocampos que ascienden.

Cuando trocea un buey de mar, ya no se la oye hablar.

Ya no es de este mundo, de tan feliz que se siente en el interior de su cangrejo.

# 4

PAUL regresó a París a la mañana siguiente, lunes, con el primer tren de la mañana. Claire le llevó en coche a la estación.

Desde la estación del TGV Claire pasó por Saint-Servan y aparcó en la plaza del mercado de Dinard. La librería estaba abierta. Empujó la puerta. Olía a pintura.

—¡Está cerrado! ¡Es lunes! —gritó desde el fondo de la tienda un hombre que estaba pintando una estantería.

Claire se presentó. Évelyne no estaba. Aquel hombre era un amigo suyo que había venido a pintar. Se llamaba Yann. Daba clases de alemán en el instituto. Yann se sacó las gafas y le dijo:

—Es lunes. Se ha ido a Rennes. Estará fuera todo el día.

—¡A Rennes!

Se quedó mirando fijamente al hombre, sin saber qué hacer a continuación.

—¿Así que usted es el genio de los idiomas? —preguntó Yann.

Ella se encogió de hombros. Él le habló en alemán. Ella respondió en alemán.

Yann le dijo en bretón:

—Le diré que ha pasado usted a verla.

Ella respondió en bretón:

—No le diga nada. No tiene importancia.

—¡No cierre la puerta!

Fabienne camina por el interior del campo, sobre terrones. Claire camina entre zarzales. Noëlle prefiere andar por la calzada alquitranada de la carretera, con los pies secos, lleva la bolsa de papel llena de los bocadillos comprados en la panadería de la plaza Jules-Verne.

Évelyne, por encima de ellas, saltando de roca en roca, lleva en la mochila las bebidas.

Los cuellos de las botellas asoman sobre los hombros de Évelyne.

Las cuatro atraviesan la landa situada encima de Saint-Énogat. Es un paseo interminable.

No hay nadie.

Durante los días laborables los senderos están desiertos.

Los campos, los bosquecillos, los matorrales, los jardines, las villas, las carreteras, los caminos, la landa, todo está inmóvil y vacío.

Claire está sentada. Dice que no sacudiendo su rubia melena. No tiene sed. Noëlle bebe cerveza directamente del gollete. Évelyne explica que Gwenaëlle dejó de trabajar en la farmacia hace dos años, debido a los problemas del hijo: no aprende a contar ni a leer.

—Sabe jugar muy bien a los cubos pero es incapaz de resolver un puzle.

—¡Ah! —dice Fabienne Les Beaussais, que parece muy impresionada.

Vacían el termo —el resto de café— en la hierba de la landa.

Siguen sentadas en la hierba.

Todo está silencioso.

Aún no hay saltamontes, mariposas, cigarras, abejas. Es como si oyeran su silencio. No hay viento. Todo está vacío.

Las nubes se van deshaciendo silenciosamente, una detrás de otra, dejando pasar cada vez más luz.

Y esa luz inunda la landa.

A ella aquel lugar le gustaba. Le gustaba el aire, tan transparente, gracias al cual todo estaba más próximo. Le gustaba aquel aire tan vivo, donde todo se oía mejor. Sentía la necesidad de reconocer todo lo que había vivido. Sentía la necesidad de recuperar todo lo que aquí, tiempo atrás, descubrió del mundo. Y en efecto, poco a poco iba recordándolo todo, los nombres, los lugares, las granjas, los arroyos, los bosques. No se cansaba de caminar por las calles, de observar las fachadas, de reencontrar las villas, los jardines, los bosquecillos de especies tan diferentes, toda clase de zarzales, setos, fosos, taludes, no se cansaba de encaramarse a los bloques de granito, de contemplar las flores silvestres, los campos de algas, las rocas, los pájaros. Amaba aquel país. Amaba aquella playa tan violentamente escarpada, tan negra, tan recta, tan vertical al cielo. Amaba aquel mar.

Bruscamente dio media vuelta. Volvió a cruzar la calle a toda velocidad. Abrió la puerta sin llamar. Gritó:

—He vuelto a por el chubasquero, me lo había dejado en la silla.

Oyó a la señora Ladon que gritaba desde el primer piso:

—¿Estás segura de que lo que te has dejado no es la cabeza en la almohada esta mañana al levantarte?

—¡No, el anorak!

Murmura:

—Hasta luego, señora Ladon.

—¡Hasta luego, señora Ladon! —gritó la señora Andrée.

—Hasta luego, Andrée —aulló la señora Ladon.

Un portazo en la entrada.

Por la noche, en cuanto sonaba el portazo en la entrada, la señora Ladon se levantaba y a pasitos claudicantes pero determinados se dirigía a la cocina.

Siempre había que esperar a que la señora Andrée, la asistenta de la señora Ladon, se fuese.

—¡Ya puedes venir! —gritaba desde la escalera en dirección a Claire, que estaba en el primer piso tecleando una traducción en su ordenador portátil.

La señora Ladon abría la nevera. Sacaba una botella de moscatel de Liré. Llenaba las copas de cristal que había dispuesto sobre la bandeja. Sacaba de la nevera unas ramas de tomatitos *cherry*. Echaba una docena en un cuenco transparente.

—¿Dónde están los bastoncitos al sésamo?

—Ahí delante.

—¿Dónde?

—Ahí, en tus narices. Andrée me cae muy bien, es perfecta, pero no te puedes imaginar lo nerviosa que me pone.

La señora Ladon se había puesto a cortar taquitos de queso *gruyère*.

De repente alzó el cuchillo.

Apuntó con él a Claire.

—No tenemos bastante vino para esta noche. Así que baja a la bodega. Tiene que quedar algo de Chablis del señor Ladon. Considero que esta noche nos hemos merecido el Chablis.

La señora Ladon alzó prudentemente la bandeja.

—Ya la llevo yo —dijo Claire.

—Cariño, no nos queda vino. Encárgate del vino. Yo no puedo arrastrar mi pobre pierna hasta la bodega.

—Vale.

—Lleva una vela.

Claire buscó alguna vela en el cajón del armario, buscó cerillas junto al calentador de agua. Protegió la llama con la mano. Bajó al frío húmedo de la bodega, que olía a tierra.

Volvió a subir con tres botellas de vino de Chablis.

—Tiene que instalar luz en la bodega, señora Ladon. Los escalones son muy altos.

—Yo siempre quise ponerla, pero el señor Ladon no. Decía que esas cosas no se hacen. Aseguraba que el vino tiene que descansar en la oscuridad.

—Yo me encargaré de eso —dijo Claire.

Era de noche. Una lluvia fina batía el cristal del ventanal.

—Te he hecho una sopa de navajas.

—No me quedo a cenar.
—¿No te quedas a cenar?
—No, sólo me tomo el aperitivo y vuelvo.
—¿Por qué?
—Usted me dijo: a comer o a cenar, pero las dos cosas, no.
—Es verdad, recuerdo habértelo dicho —convino la señora Ladon—. Me equivoqué. De verdad, fue un error.
Alza la mirada hacia Claire, que está fumando, de pie ante el ventanal entreabierto.
—Claire, se me ha ocurrido otra cosa. Mañana es el día de la Ascensión. Mi amiga siempre llega la primera semana de julio. ¡Saca la agenda! Dime en qué día cae.
—El primero de julio cae en domingo.
—Entonces ella llegará el sábado.
—El 30 de junio.
—Exacto. Tendrás que dejar el piso donde estás y poner orden. Enviaré a Andrée para que lo limpie.
—No necesito a Andrée. Ya me las apañaré sola.
—A mí me da igual. Entendeos las dos. Pero ahora lo que quiero decirte, antes de que te entristezcas y te pongas a buscar otro sitio, es que quisiera que fueses a ver la granja del señor Ladon.
—No sabía que tenían una granja. A usted nunca me la había imaginado como una granjera.
—Yo no voy allí nunca.
—¿Dónde está?
—En la meseta de Saint-Lunaire. ¿Sabes esa meseta que está en la landa?
—Sí, la conozco. Pero en la landa no hay casas.
—No lo creas. Son edificios muy bien escondidos.
—¿Pero dónde?
—Detrás de las Piedras Tumbadas y la capillita de Notre-Dame de La Clarté, por encima del puerto.
—¿Encima del viejo puerto de La Clarté?
—Sí, pero encima del acantilado. Casi en medio de la landa. Un kilómetro antes de la granja de La Tremblaie.
—No lo he visto nunca.
—Yo te lo enseñaré. Me llevarás con tu coche nuevo.
—No se puede ir en coche sobre el acantilado.
—Pues iremos andando.
—Mire, de vez en cuando, a la hora del almuerzo, voy allá con Noëlle, Fabienne Les Beaussais y Évelyne, de *pic-nic*. Es un trayecto interminable. Hay que caminar mucho.
—Yo puedo caminar perfectamente. Por lo menos cuando se lo exijo a la pierna, camino. Recuerdo que hay un bosquecito de avellanos.
—Sí que es verdad.
—Bueno, pues la granja está camuflada allí. O mejor dicho, está al abrigo del bosque. Esta granja es la que la familia Ladon me dejó a cambio del bonito piso de Toulon. Escucha, pequeña, primero ve con Andrée a echarle una mirada. Mirad si entre las dos la podéis arreglar un poco. Si está habitable. Por lo menos para pasar el verano. Ved lo que haya que hacer. Te lo advierto, no es un hotel de lujo. Es una granja, como las de antes. De todas maneras tú ve a verla, ya me dirás qué te parece. Si está en demasiado mal estado, tendré que decidirme a venderla, ya me dirás.
—Vale, ya le diré.
La señora Ladon abre el cajón que está bajo la mesa baja.
—Ten, la llave.
Claire coge la gruesa llave de hierro.
Al alba repican las campanas. Redoblan. Es la Ascensión. Ella ve la gruesa llave que anoche dejó sobre la mesita de noche. Telefonea a Paul.
—Feliz aniversario, mi querido Paul.
—Me has despertado.

—Espero ser la primera. Tienes cuarenta y dos años. Un beso.

Antes de que su hermano tenga tiempo de responderle, apaga el móvil.

La señora Ladon regresa de la misa vespertina. Claire ha preparado el aperitivo. Claire la está esperando. Cierra la contraventana.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señora Ladon?

—Claro, pequeña.

—¿Por qué ya no tiene el piano?

—¿Así que lo has notado?

—Un piano de cola se nota.

—Ven a ver qué he puesto en su lugar.

La lleva al fondo del cuarto; delante de la puerta vidriera hay varias plantas de papiro en grandes macetas de cobre martilleado. En medio, en lugar del piano de cola, hay una mesa orientada hacia el jardín. Una vela aromática, una taza de té vacía, una pila de seis o siete DVD. En el centro, un lector de DVD.

—Cuando estoy sola veo películas. Dos cada día. Una sesión a las dos de la tarde. Otra sesión a las ocho de la tarde.

Coge de la mesa la pequeña pila.

—Las manos me dolían demasiado para que me trajesen el piano de vuelta aquí. Los dedos ya no me obedecían como antes. Se arrastraban detrás de mis ideas. Se arrastraban tras el canto que yo esperaba hacer surgir. Con las películas estoy mucho más satisfecha. Incluso soy más feliz. Muy feliz. También las saco de la biblioteca municipal. Las novedades que me interesan las compro en Saint-Malo, en una tienda que queda cerca del hospital. Pero la verdad es que más bien vuelvo a ver las que me gustan.

—¿Cuáles son sus DVD preferidos, señora Ladon? —pregunta Claire.

—Ven a ver.

Y las dos se zambullen en la contemplación de las películas preferidas, de los pósteres preferidos, de las imágenes preferidas, de las estrellas preferidas.

—Mi vida está muy regulada. Por la mañana, a las nueve, cuando Fabienne me trae el correo, leo el periódico. A las once, si la pierna me lo permite, salgo a hacer recados. Si no, Andrée se encarga de hacerlos por mí. De todas formas, Andrée llega cada día a las once. Almuerzo viendo la tele. Descanso un poco. Cuido las plantas del jardín. En realidad deambulo un poco por el jardín, porque las tijeras de podar ya no puedo manejarlas. Las rosas marchitas las arranco con las manos, aunque no esté bien. Luego pongo agua a calentar para el té. Escucho música en el tocadiscos del señor Ladon. Luego, llega el momento tan esperado del aperitivo. Ceno. Segunda sesión a las ocho. Me aseo antes de acostarme.

—Hoy no te ofrezco que te quedes a cenar, mi pequeña Claire, porque estoy un poco cansada.

—No se preocupe. No me quedo.

—En casos así prefiero estar un poco sola. Mañana es día de fiesta. Es Pentecostés. A ti, Claire, ¿te gusta estar sola?

Claire está de pie, altísima, cada vez más bronceada, cada vez más rubia, por encima de la señora Ladon, minúscula, achaparrada, pálida, en su sillón tapizado de color naranja.

Reflexiona.

—Tómate tu tiempo, pequeña.

—La verdad es que no lo sé, señora Ladon.

—Entonces olvídate de mi estúpida pregunta.

Claire se acerca a la puerta vidriera abierta.

—Lo que sé es que he detestado ser huérfana y a la vez he detestado la vida en común. No soportaba vivir a las órdenes de mi marido y las exigencias de mis dos hijas. Pero, dicho esto, la verdad es que no sé si me gusta vivir sola. Creo que me fuerzo a creer que me gusta vivir sola.

—¡Yo no me fuerzo! —exclama, a su espalda, la señora Ladon—. ¡Fue un verdadero descubrimiento! Me encanta estar sola. Entiéndeme, Claire, no te lo digo para que no cenes todas las noches conmigo, ni para que no intentes vivir aquí conmigo, pero adoro esas grandes playas de silencio en las que sólo me pertenezco a mí misma. Mi marido, hasta el último día de su vida, me impuso sus horarios, su afecto, sus preocupaciones, sus proyectos, sus temores. Cuando lo pienso, es increíble: enseguida adoré ser viuda. Ni por un segundo me había imaginado que la soledad me gustaría tanto. No tuve que hacer ningún esfuerzo. Asistí a ello como si fuera una

espectadora. Para gran sorpresa mía, mi duelo se transformó en unas grandes vacaciones. Yo respetaba las cualidades, y la ansiedad, y la honestidad, y la piedad de mi marido; pero de pronto me tomé unas vacaciones de sus tormentos. No grandes vacaciones: inmensas vacaciones. Sigo sintiéndolo así. Todo lo que compramos en Toulon se lo he dejado a los cuatro hijos que él tuvo antes de que nos casásemos. Volví aquí con nada, conmigo misma. Todo lo que hay aquí es sólo mío. Incluso esa vieja granja en la meseta de Saint-Énogat, que perteneció a sus padres, es sólo mía. Ya sabes, la granja de la que te di la llave el otro día, la que está en la landa, cerca de la granja de La Tremblaie. A propósito, ¿has ido a verla?

—No.

—Cuando me quedé viuda preferí adelantar todo lo que decía el testamento de mi marido para no deberles ya nada. Te voy a decir la verdad: fue para no tener que verles nunca más.

La señora Ladon entorna los ojos.

Claire cierra la puerta vidriera. Se vuelve hacia la señora Ladon. Se inclina sobre la mesa baja. Ordena los vasos, la botella, los taquitos de queso y los tomates *cherry* que quedan, los bastoncitos que quedan en la bandeja.

La señora Ladon, con los ojos cerrados, habla muy bajo:

—A la granja de arriba la gente de la región la llamaba La Tremblaie[2], por los álamos. Mi suegro sostenía que fue un lugar de culto porque antaño a los álamos los llamaban árboles de fiebre. Mira lo que hacían: el enfermo cortaba la corteza con su cuchillo, aplicaba la boca a la resina que fluía, sin beberla, simplemente posando los labios sobre la muesca que había hecho y exhalando muy fuerte el aliento contra ella. Entonces decía, tosiendo muy fuerte sobre la resina: «¡Tiembla, tiembla más fuerte de lo que tiemblo yo!». E inmediatamente la fiebre pasaba al árbol, cuyas hojas se ponían a temblar. La enfermedad había abandonado el cuerpo.

—¿Era eficaz?

—Tan eficaz como los antibióticos. ¡Pero cuidado, es muy adictivo!

# 5

EL agua de las marismas iba oscureciendo. La landa estaba rosa. Claire había preferido ver aquella granja a solas. Sola, para hacerse una idea ella misma, una opinión personal. No quería oír la opinión ni sentir la mirada de nadie más, para no forzar la suya. Tiempo habría de pedirle a la asistenta de la señora Ladon, la señora Andrée, que la acompañase. Giró a la derecha. Pasó ante el Poney-club.

Pasó ante la Ville-Géhan.

Pasó el búnker.

Cuando llegó a los matorrales, a las marismas, a las hierbas altas de la landa, se extravió.

El crepúsculo comenzaba a caer cuando recuperó la orientación.

En el suelo no se advertía ningún sendero preciso. O mejor dicho: el camino que conducía a la antigua granja se había borrado en la hierba. Descubrió un pequeño panel de madera que había quedado adherido al tronco de un árbol —que en efecto era un avellano—, sostenido por un alambre. No se había imaginado que la granja fuera hasta tal extremo invisible, incluso a los ojos de los senderistas. Dejó el coche junto al avellano del cartel. Había demasiados baches, demasiadas charcas, demasiada hierba para poder seguir conduciendo. Cerró las cuatro portezuelas con llave. Caminó durante un rato por la alta hierba, arañándose las pantorrillas en las zarzas. Atravesó un verdadero bosque de matorrales y de avellanos que rodeaba los pequeños edificios.

Aquello era minúsculo, silencioso, encantador, húmedo.

La granja fue edificada, en su día, al abrigo del viento, en lo hondo de una depresión del terreno, y pegada a un bosquecillo que la protegía de todas las borrascas marinas.

Un tejado de hangar, una placa de chapa ondulada, yacía por el suelo, apoyada en un banco, cantando de vez en cuando al viento.

Había un patio que se había transformado en prado, y un gran huerto agonizante, y una gran marisma cerca de la verja, orillada por un semicírculo de grandes cañaverales vivaces.

Los restos de un montón de estiércol entre la marisma y la escalinata de entrada. La granja se prolongaba en una cuadra, una leñera, un cobertizo, un establo.

Entró en el huerto lleno de ramas muertas. Dos cerezos, una hilera de perales, tres minúsculos melocotoneros, un ciruelo, una higuera, sin duda protegida del hielo por una especie de pozo recubierto de un matorral de moras, vinculado a la marisma por una acequia.

Reconocía los árboles de su infancia.

Al mirar las hojas en las ramas se imaginaba los frutos.

La noche iba cayendo poco a poco.

Aquí la luz era oscura, de tan mojado como estaba el suelo. El suelo estaba curiosamente hundido a causa del agua que fluía, o más bien que corría en dirección de aquel socavón, que se estancaba allí y excavaba caminitos que desembocaban en todas aquellas marismas llenas de mosquitos, de renacuajos, de babosas. Los árboles, las raíces de los zarzales, las mimbreras que rodeaban la marisma principal no lograban esponjar toda el agua. Y toda la vegetación se enredaba en una gran bóveda de hojas, proporcionando al lugar un maravilloso frescor en verano, y en otoño una humedad espantosa.

Claire avanzó sin preocuparse de las multitudes de caracoles cuyas conchas crujían bajo las suelas de sus zapatos.

En el cobertizo se pudría una carreta con las varas en alto que debía remontarse a antes de la Primera Guerra Mundial.

En la pocilga, al lado de los comederos vacíos, había montones de leña cubiertos de champiñones; una reserva de pedazos de carbón; montañas de botellas de vino que se habían bebido y dejado allí amontonadas.

Cuando introdujo en la cerradura la llave que le había dado la señora Ladon, giró en el vacío.

Empujó.

La puerta de la granja permaneció cerrada.

Claire intentó ver entre los gruesos postigos de madera de una ventana. Pero los postigos estaban pegados a la fachada por la humedad y la sal del océano. Claire los forzó; empezaron a sacudirse; logró despegarlos; abrió una primera hoja. Buscó por el suelo una piedra. Rompió con cuidado el rectángulo de ventana que quedaba a la derecha de la falleba, hizo caer los pedazos de cristal, deslizó la mano, alzó la falleba, abrió los dos batientes, subió, pasó la pierna por la ventana, se encontró en el interior de una gran cocina con el techo muy bajo.

A la izquierda había una inmensa chimenea.

En el interior de la chimenea habían colocado una vieja cocina de fundición.

Había una docena de sartenes negras colgadas de la pared.

Claire atravesó rápidamente la cocina, atravesó rápidamente una sala baja más pequeña y vacía, una especie de limpiabarros donde no se veía nada, subió la escalera. Por lo menos intentó subir la escalera, pero las rodillas le flaquearon.

Tuvo que sentarse un momento en un escalón.

Tuvo que salir, corriendo a toda velocidad, saltando por la ventana.

Un ataque de pánico la proyectó fuera.

Se encontró afuera, con el alma vacía, sentada en la hierba ante la marisma, con el vientre empapado en sudor, rebosante de angustia.

La noche se había vuelto completamente negra. Hacía frío. Se puso de pie. Alzó la mirada. Había numerosas nubes espesas, oscuras, que pasaban por el cielo.

Inexplicablemente, no encontró en la noche el camino de vuelta. Volvió a perderse en los zarzales, en los helechos, en las retamas, en las aulagas. En las marismas, cuando quiso volver al avellano del cartel y recuperar el coche. Erró por la landa. A lo lejos vio una luz. Se dirigió hacia ella en la oscuridad. Era la granja de La Tremblaie.

Mientras estaban hablando, bajo la bombilla desnuda, en el patio de la granja, el granjero de La Tremblaie echó mano a un pollo que pasaba ante ellos. Le retorció el cuello. Lo llevó a la cocina. Se volvió. Llamó a Claire para que entrase con él en la cocina.

—Tome una silla —le dijo cuando ella franqueó el umbral.

Pero Claire prefirió quedarse de pie en la cocina de la granja.

Tiempo atrás, cuando el hermano de su padre la apadrinó, vivió en una granja: la granja de Pont Touraude, una granja grande, en la bahía del Rance, después de Minihic-sur-Rance, cerca de la esclusa. Vivió allí cinco años con unos primos detestables.

El granjero de La Tremblaie volvió a salir al patio, se echó a correr detrás de otro pollo, lo alzó del suelo por el cuello y lo estranguló.

—¿Quiere quedarse a cenar, señora Ladon?

—Señora Methuen. Me llamo Claire Methuen. No, claro que no. Por nada del mundo quisiera molestarle. Lo único que quiero es encontrar el camino.

—Yo la invito.

—Entonces, encantada.

—Conozco a un Philippe Methuen que es granjero como yo, cerca de Le Marquerais.

—Es mi primo hermano. Yo era la sobrina de Armel y Guite Methuen, de Pont Touraude.

—Ése es.

Le tendió la mano.

—Me llamo Calève. Henri Calève. Pero usted puede llamarme como todo el mundo, tío Calève.

Estrechó la mano de Claire y la retuvo un largo rato entre las suyas.

—¿Va usted a poner en marcha la granja Ladon?

—Sí.

Ella retiró la mano.

—¿Sólo para vivir en ella?
—¿Qué quiere decir?
—Una Methuen se instala en la granja Ladon: ¿no piensa cultivar la tierra?
—No. Sólo vivir ahí.
—Es un alivio. No me hubiera gustado ver llegar competidores.
—No soy un competidor. No pienso criar ni un pollo. No pienso tener ni una conejera.
—Ni siquiera un pez rojo.
—Ni siquiera una pecera con un pez rojo.
—Vamos a brindar por la llegada de mi nueva vecina.
Saca dos copitas. Las llena de vino.
—Sabe qué, los pollos serán para mañana. Por la noche hay sopa. ¿Le va bien la sopa?
—Me va bien la sopa.
—Comeremos sopa, huevos, queso, café, galletas y orujo, y luego la acompaño a su coche.
—Se lo agradezco, señor Calève.
—De nada, señora Methuen. ¿Cómo le gustan los huevos?
—Pasados por agua.
El tío Calève volvió a dejar la cafetera sobre la mesa. Deslizó la mano sobre el hule, se llenó la palma de migas, se las tragó. Se levantó.
—Vamos allá.
Anduvieron poco rato en la noche bajo las espesas nubes que se iban.
Había en la landa, en la esquina del campo de maíz, la carcasa de un camión Citroën.
—¡Mire!
—No veo nada. Está demasiado oscuro.
—Fíjese en esa carcasa de camión Citroën. ¿La ve?
—Sí.
—Ésa es la referencia en que tiene que fijarse para no desviarse cuando vaya a su granja.

# 6

EL miércoles es día de mercado en La Clarté.

Llueve a mares pero el muelle y las escalinatas hierven de gente.

Claire empuja la puerta de la farmacia. Hay dos personas esperando.

Él alzó la vista.

Ella permaneció inmóvil; le estaba mirando.

Él la vio, la reconoció, bajó bruscamente la mirada. En el mostrador, junto a la caja registradora, su mano, que sostenía una receta, se puso a temblar.

Ella se volvió de repente, y se fue de inmediato, porque también a ella, de repente, le temblaba todo el cuerpo.

Hubiera querido correr. Llovía a cántaros. Era junio, en Bretaña. Era prácticamente imposible atravesar la placita. Toda la población, con los paraguas abiertos, los pañuelos de plástico transparente sobre el pelo, los cráneos calvos hundidos en los gorros, hacía las compras en las escalinatas, obstruía las callejuelas y las terrazas, se atascaba en el muelle de La Clarté.

Logra atravesar la multitud hormigueante. Tiene el cabello empapado. Llora sin miedo, porque bajo la lluvia intensa que está cayendo nadie la puede ver llorar. Se dirige hacia el embarcadero del transbordador. Se compra sólo unos botines de goma, en un puesto, mientras espera el transbordador que lleva a las islas.

Es de noche. Camina por la orilla. Ya no está en La Clarté. Ha abandonado el puerto de recreo de Dinard. Pasa bajo las ventanas de Fabienne. Todas las luces están apagadas. Cuando llega a la calle Mayor, tiene el valor de remontarla. Sube. Hay un café abierto. Duda. Hay gente, reunida en círculo, mirando un partido por la tele. No tiene ganas de oír ruido. Así que vuelve a bajar, sigue el paseo del Clair de Lune, pasa la playa de L'Écluse, llega a la playa nocturna, está contenta de haber tomado la decisión de volver aquí. Está contenta de estar en Bretaña. Está contenta de caminar por las rocas, envuelta en el rugido del mar.

Son las ocho de la mañana. Suena el timbre de las clases en Saint-Lunaire. Ella apoya la abombada frente contra el parabrisas de su coche. Por la calle Mayor viene Gwenaëlle Quelen con el hijo de Simon. Gwenaëlle es menudita y siempre tan perfecta, tan encantadora. El pequeño se le parece como una gota de agua a otra. Tiene una belleza impasible y extraña. Es más alto que los demás niños. Es más tranquilo. Sostiene la mano de su madre a través de la reja mientras los otros niños aúllan a su alrededor. Tiene los ojos pálidos. Su cara triste es muy bella.

Es el timbre de las clases.

Ahora Claire ve desde arriba a los niños que se ponen en filas en el patio del recreo.

De repente los gritos se reducen a un murmullo.

Los alumnos entran en las aulas.

Silencio.

El patio está vacío.

Sólo un rayo de sol oblicuo divide en dos el patio silencioso e ilumina los ladrillos rojos de la pared principal.

Gwenaëlle ya se ha ido. Claire sale del coche. Llueve un poco.

Pasea bajo la llovizna.

Luego se va de Saint-Lunaire. Se va a las tres Piedras Tumbadas y a la capilla. Llega a lo alto de la landa.

El cielo estaba completamente azul.

El viento venía del mar.

La minúscula capilla de Notre-Dame de La Clarté se alzaba en medio del campo de las Piedras Tumbadas. Eran tres grandes menhires tumbados en lo alto del acantilado. En Bretaña, la mayor parte de los campos de piedras del neolítico han sido rebautizados Notre-Dame de La Clarté. Esta palabra de *clarté*, claridad, tomaba el relevo de un culto que festejaba el nacimiento del sol, el nacimiento de la primavera.

Deja el viejo Cuatro L en el *parking*. Se desliza bajo la alambrada.

Atraviesa el campo de avena.

Pasa por la landa, pero no se dirige hacia la granja.

Toma por la plantación de mostaza, sigue la calle del Anse-au-Genêt y baja a la Plage-Blanche, a ver romper las olas.

El viento gira sobre sí mismo en la ensenada.

Las olas son muy altas y turbias.

Mientras giran se pulverizan en el aire.

Dos niñas estaban jugando en el límite de la línea de mar.

Las olas oscuras proyectaban hacia arriba gotitas blancas que el viento hacía caer sobre ellas con fuerza de torbellino.

El aire, al pulverizar la cresta de las olas, les empapaba las mejillas y la frente.

Ellas gritaban de felicidad. Relucientes por las salpicaduras, corrían arriba y abajo, bailaban dejándose llevar, como si también fueran olas, por el viento que soplaba en todos los sentidos.

Más tarde, al final de la playa, se reunieron con un hombre que estaba sentado entre dos perros inmóviles.

Claire alcanzó los prados del litoral, donde sus pies se hundían profundamente.

Sus botas nuevas, aunque recargadas con barro y conchas, eran idóneas para caminar por la arena de la orilla, y sobre las rocas más bajas. Le sujetaban los tobillos. Eran confortables. Caminó mucho rato. Los bajos de su chándal estaban pesados de hierba húmeda, de rocío y de mar. Cruzó la carretera, y tomó el camino de ronda de los Hermanos Lumière.

Volvió en coche, lentamente, en primera, a lo largo del sendero lleno de baches y de charcos, con un cajón lleno de botellas de agua, productos de limpieza, bayetas, un lote de cuatro paños amarillo, verde, rojo, azul, rollos de bolsas de basura, esponjas, cubos.

En la granja, la señora Andrée había abierto todas las ventanas. Ya había sacado la ropa enmohecida, viejas alfombras apolilladas, cortinas llenas de polvo, y lo amontonaba todo en una carreta.

Junto a la escalinata se amontonaban cuatro grandes bolsas de basura negras, ya llenas.

En las escaleras: una gorra de lana azul oscuro con una espléndida visera barnizada, paquetes de tabaco de mascar envueltos en papel amarillo, frascos de perfume vacíos.

—¿Puedo quedarme con esto, señora Methuen?

—Claro que sí, señora Andrée.

En la cocina de la granja, Claire, de rodillas ante el vasar, saca de debajo un billar Nicolas[3]. Saca dos peras de goma muy resecas, abolladas, inutilizables.

La señora Andrée, sentada a la mesa, ordena la vajilla.

Claire, después de haber vaciado el bajo del vasar, se dirige hacia el cuarto que sigue a la cocina (Claire lo llamaba el limpiabarros, la señora Andrée el trastero). A cuatro patas, sobre el embaldosado, saca y deja en la escalera dos aletas y unas gafas de submarinista, una garrafa, tres botitas de piel, una cantimplora de hierro, mapas de carreteras, manuales escolares, un molde de yeso, juegos de mesa infantiles.

Un pequeño semáforo de ferrocarril que aún funciona.

Un velero de hojalata con ruedecitas, que rueda.

Tiene las palmas de las manos empapadas de sudor.

Empuja sobre el embaldosado el velero de hojalata con ruedecitas que rueda, y rueda.

Aminora, sube al arcén, detiene el Cuatro L ante la esclusa. Alza el alambre de espino que cerca el campo del tío Armel.

Se inclina hacia delante pero es demasiado alta para pasar. Así que tiene que volver a ponerse a cuatro patas. Casi pegada al suelo, se desliza bajo el alambre de espino sin que se le desgarre el anorak. Sube por la colina hasta el árbol aislado en lo alto del campo. Desde ahí, tiempo atrás, podía vigilar la carretera hacia La Ville. Vuelve a ver el lugar. Procura representarse el paisaje tal como era cuando era pequeña. Entonces había

tan pocos coches, los caballos cruzaban directamente por los campos, podías no ver ni a una persona en una hora.

Vuelve a ponerse en marcha, siguiendo la costa.

Frena.

Franquea la estrecha pasarela de La Bardelière.

Aprieta el acelerador. Pasa rápidamente ante la granja que ahora gestiona el primo Philippe. Quisiera verlo todo, de una ojeada, despavorida, pero le falta valor para detenerse.

# 2

## Simon

# 1

ESTABA lleno de felicidad. Ella venía hacia él, bajaba a toda velocidad la escalinata. Él vio que se acercaba muy rápidamente, como si volase, su alargada cabeza de pájaro, su frente abombada, sus ojos penetrantes. Cuando estuvo ya muy cerca, ya junto a él, cuando sintió su aliento, él se atrevió a acercarse aún más. Ella alzó sus ojitos negros hacia los suyos. Cuanto más la miraba, más resplandecía. Entonces la tomó por el brazo. De golpe recuperó su perfume, su olor, su cintura. Le tendía la mejilla, y él le dio un suave beso en la mejilla. Hundió el rostro en su cuello y en su cabellera.

De repente, él cogió su copa, que estaba sobre el mostrador.

—Vamos al patio.

Cuando estuvieron bajo el emparrado de la terracita, pegada al parapeto, él abrió los brazos, la tomó en sus brazos, la estrechó hasta que dejaron los dos de temblar, hasta que los latidos de sus corazones se calmaron, hasta que sus alientos se apaciguaron, hasta que sus labios se tocaron. Se unieron. Se besaron dulcemente.

Ella no había comprendido nada de lo que Simon acababa de decirle. Con la espalda empapada en sudor, sólo había entendido:

—Vamos al patio de detrás.

Al fondo del café había una puerta de cuentas de vidrio tintineantes, dos mesas con bancos, una pequeña vid en una maceta de cerámica.

Allí se besaron.

Ella sintió una gota en el brazo.

—Va a llover.

—No, creo que no lloverá. Siéntate bajo la parra. Ahí, mira, estarás al abrigo.

Él le acercó el banco.

Ella se sentó a su lado. Llovía en su mano, pese a las grandes hojas de la parra que la cubrían.

—Te equivocas, Simon. Llueve.

—Claire, tranquila, que no son nubes de lluvia.

Cuando él posó la mano sobre la suave tela de algodón, ella sintió bajo el tejido de la ropa, que la pierna le volvía a temblar débilmente, sin que pudiera controlarla, bajo sus dedos, mientras les envolvía la tormenta tibia de junio.

Al borde del acantilado, junto a un bloque de granito gris claro, muy caliente, que al anochecer conservaba el calor del día, cubierto de liquen blanco y amarillo, había un matorral amarillo. Ella volvió a imaginarse inmediatamente el rincón de rocas de antaño, en la playa de Dinard. Porque ya entonces se citaban por la tarde junto a un matorral amarillo, en la parte oeste de la costa, por encima de los bancos de mejillones de L'Écluse, frente al promontorio del Moulinet.

Había que seguir el camino de ronda, subir pasando al pie de las villas, deslizarse al abrigo de un matorral de aulagas lleno de espinas y de pequeñas campanillas amarillas, acomodarse sobre una piedra ancha, plana y tibia, cubierta de liquen amarillo.

Se veían todas las casetas de la playa hasta el casino de Dinard.

A veces, él se reunía con ella por la tarde.

Pero la mayoría de las veces ella creía que se reunía con ella. Y le bastaba con creer que se reunía con ella para ponerse a hablarle, en su corazón, incesantemente, como si estuvieran juntos, y contarle todo lo que le hubiera pasado durante el día.

—Allí, mira, con el vientre todo blanco, es un pájaro bobo.

—¿Dónde?

—Justo en vertical sobre las retamas.

A partir de ese nuevo matorral amarillo situado en lo alto del acantilado —a medio camino y por encima de La Clarté y de Saint-Énogat—, había descubierto que si se asomaba podía verle salir del puerto en su barca de motor, entre las siete y las ocho de la tarde, pasar la torre, salir del canal, dejar a la derecha el fondeadero de La Clarté, volver a casa, a su mujer, a su hijo, tan guapo y tan serio, a su casa que daba directamente sobre el mar, a Saint-Lunaire.

Durante meses enteros, durante todo el verano, anduvo y anduvo en un estado de intensa felicidad. Siempre salía de la landa, en la oscuridad de la landa, con la primera palidez del día, y bajaba las rocas. A veces volvía a subir después de cenar. La luz era incierta, dorada, granulosa, fabulosa. O muy oscura o negra. O pálida pero opaca. O verde pálido. Se instaló en la granja Ladon mucho antes de la fecha prevista, ya el 21 de junio, el primer día del verano, sin agobiarse ni esforzarse, sin intentar amueblarla, sin querer darle ni siquiera una mano de pintura, limitándose a fregarlo todo con la señora Andrée, a lavarlo todo con mucha agua. Le gustaba aquel lugar extremadamente sencillo, sin electricidad, sin fugas ni averías, posado sobre la misma roca y oculto entre avellanos. Para bajar al puerto, daba la vuelta al *parking* de la capilla de Notre-Dame; abajo el mar estaba deslumbrante; se metía en la escalinata que baja a pico; primero deslumbrada, con los ojos ardientes, durante los primeros cincuenta escalones tenía que bajar en el calor, en la luz, y de repente se encontraba hundida en la sombra del acantilado.

La repentina oscuridad inmediatamente le hacía sentirse presa del vértigo. Se agarraba a la baranda de hierro. No la soltaba. Ya no intentaba ver, allá abajo, los tejados de pizarra y las pequeñas siluetas de los hombres, ya tan precisas.

Una a una iban apareciendo las casas grises, con todas las flores de primavera en el alféizar gris de las estrechas ventanas. Ella apenas alzaba los párpados; todo estaba lleno de relieve y en aquel momento se perfilaba milagrosamente contra la sombra que devoraba el lugar hasta el muelle sobre el mar.

Cuando pasaba la iglesia de arriba, se acababa, era el antepenúltimo tramo. Entonces su alegría aumentaba. Después del presbiterio, embocaba la escalera de la oficina de Correos. Pasaba bajo la garita en la esquina de Correos, luego bajo el saledizo, sobre la farmacia de Simon Quelen, que la prolongaba, y empujaba la puerta de la farmacia; Simon la estaba esperando. Una de las primeras tardes, apenas llegó, él cerró todas las luces de la oficina, bajó la persiana eléctrica, anduvieron por el muelle, llegaron al embarcadero de las lanchas, él le mostró la barca sardinera con la que pescaba, con la que se abastecía para la farmacia, con la que cada noche regresaba a Saint-Lunaire, a su casa.

Era una barca de seis metros de eslora, con un mástil, a la que le había incorporado un motor.

La llamaba su chalupa.

Más adelante fueron juntos a pescar lenguados, mújoles, rubios, pequeñas platijas moteadas de rojo.

Simon le mostró toda la costa desde el punto de vista del mar.

Todo lo que Claire ya conocía desde la infancia, desde siempre, desde el punto de vista de la tierra, desde el punto de vista de las rocas, desde los senderos escarpados, desde las escaleras verticales, desde la landa, ahora lo descubría desde el mar.

La noche del 14 de julio se sintió obligada a bajar al puerto para los fuegos artificiales. El tío Calève la recogió para bajar, con su Espace Renault. Fueron hasta Dinard, donde tomaron el transbordador de las islas para llegar descansados al puerto de La Clarté. Claire Methuen no quería que sus vecinos, sus nuevos conciudadanos, se sintieran ignorados. El muelle hervía de gente. Bailó con el tío Calève y el amigo de Évelyne. Bailó la farandola[4] con Fabienne y con Noëlle. También estaba Mireille con su nuevo marido. Claire observaba al alcalde que invitaba a bailar, a una tras otra, a sus contribuyentes más viejas. Después de la farandola Simon se acercó a Claire.

Le dijo:

—Quisiera presentarte a mi mujer y a mi hijo.

Claire respondió:

—No me apetece.

—Se van mañana, para quince días, a casa de los padres de Gwenaëlle.

Ella le vuelve la espalda. Con un gesto se despide de Fabienne. Vuelve a subir sola los doscientas cuarenta

y ocho escalones en la noche cálida.

Sube rápido. El corazón le duele.

El domingo 15 de julio de 2007, por la mañana, la esposa de Simon y su hijo se fueron de vacaciones a casa de los padres de Gwenaëlle.

Simon fue a buscar a Claire. Se embarcaron en la chalupa. Simon le quiso mostrar a Claire su casa. Sentada a proa, Claire contemplaba el mar.

Una acumulación de rocas —que el alcalde de La Clarté había hecho traer y hundir en el mar— formaba una especie de malecón.

El muelle de carga daba directamente a una cuesta cubierta de césped.

Él atracó, se incorporó, le tendió la mano, pero ella no quiso desembarcar. No quiso entrar en su casa.

Al día siguiente, lunes, en un lugar de la costa que era de difícil acceso, él volvió a tenderle la mano. Luego anudó una cuerda alrededor de su cintura. Aquella falla, situada detrás del muro de roca, no era visible. Era muy oscura. Cuando empezabas a bajar no podías ver el fondo.

—Pasa delante de mí —le gritó Simon.

Claire bajó a lo largo de la pared, agarrada a la cuerda.

Posó el pie sobre un neumático.

Al fondo de la falla lo primero que había eran muchos desperdicios. Estaba el techo alquitranado de un hangar de barcas cubierto de neumáticos, pedazos de goma, bolsas de plástico de supermercado, luego había matorrales, zarzales, hierbas, juncos, moras, montones de paja. Más adelante ella volvería con unas tijeras de podar. Abrió una especie de camino angosto que lograba llegar hasta el curso de agua que ella deseaba ennoblecer.

Un minúsculo valle seguía el fondo de la falla hasta una cala que apenas se veía y a la que no se podía acceder, por el desprendimiento de las rocas del acantilado.

Se amaban allí, invisibles entre la madera muerta, los pecios, los plásticos, los neumáticos, la oscuridad, las rocas a flor de agua.

Ella descubrió muy pronto, a la edad de trece años, que cuando se tocaban sentía una debilidad extraordinaria. Era una experiencia muy extraña, que en toda su vida sólo sintió con Simon. Antaño, cuando estaba en sus brazos, cuando sentía su sexo duro, era como si le entrase sueño. Ahora de nuevo, cuando está en la falla, cuando está con él en el pequeño valle, cuando está en sus brazos, sufre casi un desmayo, una atonía creciente, extremadamente antigua, casi más antigua que el sueño. Y vuelve a ser como antes. Cada vez que le desnuda, cada vez que le ve desnudo, siente ganas de caer, los párpados se le cierran automáticamente, los ojos apenas ven lo que ella hace, lo que él hace.

El cielo estaba completamente blanco. Estaban en la playa de Dinard. Ella miraba a su alrededor.

A diez metros de distancia, un hombre joven, con el torso desnudo y tocado con una gorra con la visera vuelta hacia atrás, sentado en una roca, con la espalda quemada por el sol, se bebía una cerveza. Ella bajó la mirada, siguió con la vista la duna minúscula, la barrera de madera blanca, el sendero que bordeaba las rocas y la espuma de las olas.

Dijo:

—Simon, soy feliz.

—Yo también.

Se callaron.

Ella le tocó el codo.

—¿Te gustaría venir a mi casa? ¿Ahora? —murmuró ella.

—Eso no puedo hacerlo —respondió él.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que tú no quieres venir a la mía.

—¡Qué respuesta más lamentable!

—No.

—Creo que es una respuesta muy a la Simon.

—Sí —dijo Simon.

Ella se acostumbró a bajar con la cuerda, sola, al interior de la falla, llevando una mochila de *nylon* blanco con algo de comer, de beber y de fumar. Le esperaba entre los pájaros y los cangrejos.

Pese a la cuerda, bajar sola era un poco incómodo y peligroso, porque había que deslizarse entre residuos y herramientas agrícolas oxidadas y rotas. Pero si una no se rendía, si pasaba sin herirse, si se lavaba los pies en el agua, si se desnudaba, si se lavaba toda entera, si se echaba en el pequeño valle de un metro de ancho, siempre lleno de sombra, siempre fresco y oscuro, estaba en el paraíso.

—Ahora, Simon, vas a decirme: «Te llamaré», y no me llamarás.

—No, Claire, voy a decirte: «No te llamaré». Y en el caso de que te llamase no deberías venir.

—¡Dios mío —dijo ella—, cuántas cosas imposibles te habré oído decir!

Tienen trece años. Simon tiene la misma edad que Claire. Apenas dos meses más que ella. Sale del agua, corriendo entre los bancos de mejillones. Hay marea baja. El viento viene del norte. Es un viento helado mientras que el mar aún está tibio del calor almacenado durante todo el verano. Ésta será la vuelta al cole, a la clase de tercero.

Ella sigue sentada detrás de su roca, al abrigo de su matorral amarillo sobre la playa de L'Écluse.

Él asciende hacia ella con dificultad, pasando por los bancos de mejillones, agarrándose a las rocas.

Simon se sienta un poco por debajo de ella, las nalgas sobre el granito negro. Ella le mira temblar de frío, reluciente de agua. Ella se levanta. Alcanza la toalla. Lo envuelve con la toalla.

—Has ido muy adentro. Ya no te veía.

—El agua está muy buena.

—Parece fría.

—El agua es mejor que el aire.

Lo seca. No se atreve a secarle el bañador, empapado, negro, brillante, abultado. Le mira las piernas, cubiertas de vello nuevo. Le mira la cara. Mira su nuez de Adán, pronunciada y nueva. Se aparta de él. Extiende la toalla. Alisa los pliegues para que él pueda tenderse.

Él se sienta a su lado.

Ella mira su mano posada en la roca de granito.

Tiene la piel de los dedos arrugada por el agua del mar.

Ella posa suavemente la palma de su mano en el revés de la suya. Simon aparta vivamente la cabeza, pero no retira la mano.

Está temblando.

—Mañana, para nuestro último día de vacaciones, nos bañaremos juntos.

Él murmura una especie de sí.

—Iremos tan lejos como quieras —dice Claire.

Claire acaricia los dedos de Simon. Piensa en el instituto. Ve que ahora su sexo hincha violentamente la tela de su bañador. Entonces retira la mano. Se levanta.

—Tienes frío —le dice.

Ella está de pie.

—Deberías vestirte.

—Quédate —le dice él.

Pero ella le hace levantarse tirándole del brazo.

—Ven —le dice—. Estoy harta de estar sentada.

Él se ha puesto de pie. Está triste. Se acerca. Se aprieta contra ella. Sigue estando mojado. Ella siente su sexo duro latiendo entre sus dos vientres. El posa su boca sobre sus labios. Se besan. No es la primera vez que se besan, pero por primera vez se besan largamente. Ella se aprieta contra él. Aún se están besando cuando de repente ella siente que a él se le corta la respiración. Su aliento gime en sus labios. Ella sigue pegada a él un ratito más. Bruscamente, se aparta. Él no la mira. Ella le suelta la mano.

—Te espero —le dice sin mirarle.

Él vuelve al mar.

Al principio del mes de julio de 1977 los dos aprobaron el bachillerato. En julio, Simon se fue de vacaciones con sus padres. En agosto fue a casa de sus abuelos. Volvieron a verse a finales de septiembre. Fue después de que Paul volviese a clase en Pontorson. Eran vísperas del curso universitario. Simon se iba a Caen a estudiar medicina. Claire iba a estudiar varias lenguas en Rennes. En Dinard, al camino de las aduanas lo llamaban el paseo del Clair de Lune.

—¡Te he estado esperando dos horas! —dijo Simon ante la casa en el paseo del Clair de Lune.

—Estaba con Paul —dice Claire.

—¿Y qué?

—Perdona. Estaba con Paul.

—¿No sabías que te estaba esperando?

—Sabía que me esperabas, pero no sabía que hoy llegaba Paul. Ha vuelto en el autocar. Pasa a clase de cuarto. Mi hermano sólo viene aquí una vez al trimestre. No iba a dejarle solo en casa. Nunca te acuerdas de que ahora él y yo estamos completamente solos en casa de nuestros padres.

—Porque no quieres que yo vaya a tu casa.

Ella no responde. Siente su mano tibia apoyada en su espalda. En la esquina del camino de ronda están al abrigo del viento. Él la atrae hacia sí, sus labios rozan el metal de la cremallera de su anorak, ella cierra los ojos.

—Mañana me voy a Caen —le dice él.

—¿Nos escribiremos?

—Claro.

Desde Rennes, ella le escribió. Desde Caen él le escribió. Luego dejaron de escribirse. Desaparecieron.

## 2

—NO te imaginas cuánto me alegra que vengas a verme.

Claire está de pie, en el salón, ante la mesa del fondo. Ahora, cuando llega, va a ver las nuevas películas que la señora Ladon ha comprado o las que ha alquilado en la tienda de DVD de Saint-Malo. Oye a lo lejos, en la cocina, el hervidor de agua, que ronronea y luego gruñe. Oye el ruido de la porcelana cuando se posa sobre la bandeja. Tintinean dos cucharitas. Una suela golpea el suelo. Aparece la señora Ladon. Deja la bandeja ante el canapé, en la mesa baja, se inclina hacia el té, deposita lentamente, sin hacer ruido, la tetera sobre la bandeja, tiende el azucarero, Claire se sienta, dice que no con la cabeza, la señora Ladon toma un terrón de azúcar blanco que desliza en su taza sin rozar la pared de porcelana, dejando que se funda un poco antes de soltarlo, se deja caer en su sillón naranja, deja extendida la pierna enferma. Se inclina hacia delante, se estira el borde de la falda.

Por fin se relaja.

Entonces cierra los ojos.

Sin abrir los ojos, la señora Ladon dice:

—Si quieres puedes fumar.

—Puedo fumar fuera.

—Quédate aquí.

—¿De verdad no le molesta?

—En absoluto. Siempre me ha gustado el olor. Y no sólo el olor, los gestos también me gustan.

Abre los ojos.

—Es una danza extraña, ¿sabes?

Vuelve a cerrar los ojos.

—Una danza muy tranquila. Muy bella. El humo asciende.

Apenas entorna los ojos.

—¡Adelante, pequeña, fuma! —ordena la anciana suavemente.

Claire enciende un cigarrillo. Entonces la señora Ladon dice:

—Siento que pronto me voy a morir.

—Señora…

—Calla, pequeña —responde ella en tono seco—. Por favor. Déjame hablar. Es el momento. Estoy bien. Descanso. Lo que va a suceder es esto. Creo que dentro de un mes, quizá dentro de dos meses, estaré en el asilo para ancianos que está al lado del hospital de Saint-Malo. Ya he reservado la habitación. Ya he pagado. La ventana da sobre la dársena. Está muy cerca de la tienda de vídeos. Todo está muy bien pensado. Cuando ya no pueda moverme, en cuanto empiece a sufrir, todo estará listo.

Claire se levanta.

—Usted está muy bien, señora Ladon. Le aviso de que si sigue hablando así me iré.

—Aunque no quieras saber nada, aunque te vayas a Alaska o al Perú, tu ignorancia no va a cambiar mi estado de salud —replica la señora Ladon.

—¡Dios mío! —grita Claire.

—Tampoco veo en qué me puede ser útil una divinidad.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Pues claro que puedes ayudarme. De hecho, no tengo a nadie más que a ti.

—No me diga estas cosas, señora Ladon, o me echaré a llorar.

—¿A quién más quiero? En este momento de mi vida, sólo te quiero a ti. Esto es lo que hay. Llora si quieres. Lo principal es que te sientes, que fumes tranquilamente el cigarrillo y que escuches bien lo que te digo.

Claire se sentó. Trataba de no hacer ruido y no echarse a llorar.

—Examinemos las cosas con frialdad. Tú ya no tienes madre. No sé por qué, cuando te volví a ver, un día de mercado, en la plaza de Dinard, justo delante de ese horrible edificio de Correos, llegaste a mi vida como mi hija. Vives en una granja que es mía, con ello quiero decir que no es tuya, y que si yo muero todo se te complicaría mucho si quisieras quedarte.

Pero Claire ha abierto la puerta vidriera. Ya ha salido al jardín. Hace mucho calor. No corre el aire.

Quizá un minúsculo soplo de viento circula sobre la gran hortensia azul. Pero aquel verano el viento era como un recuerdo. Un poco de polvo intentaba elevarse alrededor de un zapato, en el borde del zapato, pero enseguida volvía a caer. El viento se había hecho muy raro. Cuando soplaba el viento se decía:

—¡Oh, hay viento!

La gente miraba las ramas, las hojas, miraba la ropa tendida, miraba las telarañas, pero nada se movía, ya se había ido.

Para regresar pasó por las rocas. Se agarraba, ascendía penosamente.

Caía una noche extremadamente calurosa.

Se mantenía en su abrigo de rocas, entre los pequeños brezales, con la mejilla apoyada en el bloque de granito caliente, en los pequeños líquenes amarillo oro. Era sábado. Aunque sólo fueran las nueve de la mañana, ya hacía mucho calor. Vio llegar —con dificultad a causa de la cortina de niebla que se desplazaba a lo largo de la costa— a Simon, su esposa, su hijo. Se encorvaron para subir al muelle. Al niño se le escapó el balón de fútbol. El niño salió corriendo. Simon atrapó al niño, se inclinó sobre el muelle, se arrodilló sobre los viejos adoquines, tendió el brazo, agarró el balón en el agua del puerto.

El calor siguió subiendo.

Los pájaros dejaron de trinar.

El canturreo de los insectos hizo una pausa.

A partir de las nueve, nueve y media de la mañana, ella volvía. Le dejaba el sitio a los turistas y a los senderistas. Los senderos eran tan angostos que todos caminaban en fila india, interminable, ruidosa. Comían por todas partes. Bebían por todas partes. Por todas partes olía a orina.

El cuero de los sillones y de los sofás quemaba. Cada dos minutos tenía que levantarse para despegar las piernas desnudas del asiento beige del Cuatro L.

—Nos veremos en el restaurante indio de la plaza —le dijo Simon.

—De acuerdo.

Apagó el móvil.

Fue la primera en llegar.

De cada ventanita colgaban dos minúsculas cortinas de *nylon* amarillo.

Se sentó en un sillón de madera esculpida, y estiró las piernas desnudas, sudadas, sobre un puf afelpado.

Consultó la pantalla de su móvil. El alcalde de La Clarté llevaba cinco minutos de retraso.

Posó la palma de la mano sobre la tetera humeante en el aire tórrido. Se levantó.

—¿Cuánto le debo?

Se fue.

Antes de meterse dentro del Cuatro L abrió las cuatro portezuelas.

Su móvil volvió a vibrarle en la mano pero no era Simon. Era la señora Andrée. La señora Ladon se encontraba mal, a causa del calor.

En el hospital, desde la ventana del cuarto, más allá de la dársena Bouvet, se veía la esclusa del puerto.

—Tutéame —le pidió.

Ella lo intentó con todas sus fuerzas.

No lo consiguió.

—Llámame «mamá» —volvió a pedirle la señora Ladon.

Claire fue incapaz.

—Llámame «mamá» —repitió por tercera vez la señora Ladon.

—No puedo —confesó Claire.

No supo qué más decir. Claire tomó la mano que pendía de la cama. Acarició los dedos de la señora Ladon.

De repente, la enferma quiso un cigarrillo.

—No se puede, ¿verdad?

—No.

—Entonces me apetece.

Claire miraba la muñeca, desarticulada y puntiaguda, y los dedos, finos y torcidos, entre los cuales deslizó un cigarrillo.

Los dedos de Claire prendieron una cerilla.

Acercó la llama temblorosa, que agregaba calor a la atmósfera ardiente, al rostro brillante y turbador de la señora Ladon que agonizaba.

## 3

LA despertó el ruido de una silla que alguien había derribado sobre el embaldosado de la planta baja.

Luego sonó una pequeña detonación que venía de la escalera.

Fue seguida de un crujido, muy cerca de ella.

Alguien andaba por el piso y sus pasos hacían crujir el parqué.

Aquellos ruidos eran verdaderamente insólitos.

Abrió los ojos.

Se sentó en la cama. Estaba desnuda, no había puesto sábana encimera, hacía tanto calor, qué más daba, se levantó precipitadamente.

Abrió la puerta de su cuarto, el pasillo estaba sumido en la oscuridad.

Contuvo la respiración.

Oyó otro ruido en el cuarto de la izquierda. Descalza y de puntillas, avanzó.

Pero cuando iba a pasar junto a la escalera vio, aún en la caja de la escalera, una silueta oscura que salía del cuarto de Paul.

Claire se quedó inmóvil.

La silueta avanzaba hacia ella sin verla. Se trataba de una mujer más bajita que ella. Llevaba alrededor de la cara un *foulard* oscuro. Y llevaba algo en la mano.

Claire permanecía quieta.

Le pareció que reconocía aquel cuerpo.

La mujer menuda, muy bien hecha, que se parecía extrañamente a Gwenaëlle Quelen, huyó escaleras abajo.

Claire vaciló, porque iba desnuda, pero la persiguió.

La puerta de la granja Ladon batía en la noche. Claire no pudo cerrarla. La cerradura había sido forzada. Abrió la puerta de par en par. Miró fuera. Todo estaba silencioso.

El interior del Cuatro L estaba irrespirable. Olía a goma. Prefirieron salir del coche y sentarse en la terraza del café de Saint-Briac, en el puerto. Los tenderetes de las subastas estaban vacíos.

Simon no se creía una palabra de lo que Claire le estaba contando.

El sol se ponía. El agua espejeaba hasta el punto de que si uno miraba demasiado rato el mar inmenso, le escocían los ojos.

A la izquierda, un tractor arrastraba nasas sobre la arena mojada de la playa en dirección al camión frigorífico. La marea estaba alta. No dejaba más espacio que un angosto arenal oscuro. La arena estaba llena de guijarros negros. El increíble calor trazaba ondas en el aire, que avanzaban como grandes serpientes blanquecinas que deformaban las cosas encima de la playa y de las piedrecillas de negra diorita.

Aquel año no hubo otoño. Persistía el calor. Y sobre las rocas persistía la belleza. El mar brillaba como oro, cada día.

La señora Andrée llamó a Claire. Le explicó que habían tenido que llevar a la señora Ladon a la unidad de reanimación, en Rennes. De inmediato Claire subió al coche y se fue a rezar a los tejos del Eure. Hizo lo que hacía cuando era niña: los dos tejos de La Haye y el autillo del Routot, y entonces quedabas protegida de todo. Luego, la señora Ladon fue devuelta a Saint-Malo.

Claire iba al hospital cada día.

Cada día bajaba en coche a Dinard, tomaba el barco de las islas, desembarcaba en Saint-Malo. La señora

Ladon ya no era más que piel y huesos. Los dedos de la señora Ladon se habían secado por completo. Su piel recordaba las hojas suaves y velludas de los olivos o de las lavandas.

Las rosas estaban pegadas al suelo, mancilladas por los terribles tornados de la tormenta, aplastadas por las ruedas de los coches y de las caravanas que ya se habían ido.

Cerraron de golpe las dos puertas del Cuatro L al mismo tiempo.

Salieron del *parking* sin decir palabra.

Siempre sin decir palabra entraron en el nuevo parque natural. A la orilla del lago había bancos de metal pintados de azul.

Se dirigieron hacia ellos.

Todos los patos salieron de los juncos, se acercaron, les hablaron. Reclamaban que se les alimentase. Pero Claire y Simon no llevaban nada encima.

Entonces los patos y las patas les miraron con desdén. Comprendieron que no les echarían nada. Se alejaron en silencio.

Entonces Claire y Simon, a la vez, de pie el uno delante de la otra, Claire más alta que Simon, se cogieron de la mano, las cuatro manos se alzaron; hablaron, gesticularon, se callaron.

Bajaron los brazos.

Se sentaron sobre el banco mojado. Miraron el agua caer sobre el agua.

El domingo 28 de octubre de 2007 fue el cambio de hora. El domingo 28 de octubre, a las diez, fue el día en que Claire y Andrée llevaron a la señora Ladon de vuelta a su casa, en Saint-Énogat. El domingo 28 de octubre, además, es el día de san Simón y san Judas.

Cuando la señora Ladon volvió a encontrarse en casa, cuando ingresó en el agradable calor y en el buen olor de su casa, la expresión dolorosa de su rostro se borró, y su vida se suavizó.

La señora Andrée dejó una fiambrera en la mesa baja.

—He encontrado *flions* en el mercado. Le he puesto la pasta a calentar. Usted sólo tendrá que ponerlas en el microondas.

—¿A qué le llama usted *flions*, Andrée?

—No sé cómo llamarlas.

La señora Ladon se inclina, las manos le tiemblan, consigue soltar la tapa de la fiambrera.

—Ah, esto. En Toulon las llamábamos chirlas.

—Ya verá, con la pasta están muy buenas.

—Estoy segura. Andrée, es usted perfecta.

—El 28 de octubre, cada año, por san Simon, por la noche, —explica la señora Andrée—, cuando todo el mundo estaba en casa, se comían las primeras castañas hervidas en leche. Las chafábamos con el tenedor. Eran bastante malas. Al día siguiente, al amanecer, a la hora de atizar las brasas y reanimar el fuego con pedazos de cartón o de cajas recogidas en el mercado, las poníamos junto a las brasas. Y cuando las castañas estaban asadas, íbamos a la iglesia, al cementerio, para dejarlas sobre la tumba de la familia.

—¡Por fin se ha ido!

La señora Ladon se levanta del sofá ayudándose con el bastón. Está flaca como un alambre. Avanza por el pasillo. Tantea prudentemente el terreno con la punta del bastón. Muestra con el bastón la doble puerta.

—Claire, ven a ver. Mira. ¿Podrías prepararme un poco de pintura?

Claire se acerca. Ve la pintura reseca.

—Claro.

La señora Ladon vuelve de la cocina lentamente, arrastrando la pierna izquierda. Trae una fuente con una rama de tomatitos *cherry*.

Claire dispone sobre la mesa baja la bandeja, los vasos, el chablis helado.

—¿Le duele?

—Esta pata ya se ha quedado tiesa.

Se sienta cuidadosamente. Coloca la pierna sobre el revistero. Alzan las copas. Brindan.

Claire tiende a la señora Ladon la fuente de los tomatitos.

La señora Ladon muerde un tomate cherry y entorna suavemente los ojos como si el tomate tuviera un gusto exquisito.

Luego mantiene los ojos cerrados.

Se pone a hablar con los ojos cerrados.

—Esúchame, otra vez, pequeña. Quisiera pedirte un favor. Llevo tiempo dándole vueltas. ¿Me estás escuchando? —pregunta la señora Ladon, muy bajito.

—Sí.

—¿No te gustaría ser hija mía?

De pronto la señora Ladon abre los ojos y mira a Claire de frente.

—Estoy sola —dice la señora Ladon—. Tú también estás sola.

—Tengo a mi hermano.

—Yo también tuve hermanos. Se han muerto, pero tampoco les quería.

—Yo sí quiero a Paul.

—Lo que tú digas. De todas formas eso no tiene nada que ver. No pienso legarles mi casa a mis sobrinos ni a lo que queda de mi familia política. La heredé de mi padre y la he arreglado a mi gusto. A propósito, ¿has ido a ver la granja en la meseta?

—¡Pero si hace al menos cuatro meses que me instalé allí! ¿No se acuerda, señora Ladon?

—Me alegra enterarme. ¿Y qué tal?

—Pues muy bien, señora Ladon. Ya se lo he dicho. Es muy sencilla, muy sobria, muy limpia. Lo limpiamos todo a fondo con la señora Andrée. El edificio principal es muy fresco. Durante todo el verano, cuando el sol pegó tan fuerte, tenía sombra. Estaba maravillosamente fresca. La señora Andrée y yo estuvimos una semana vaciándola, fregándola y arreglándola antes del verano, ¿no se acuerda?

—Claro que me acuerdo. La pierna me duele demasiado para que vaya a verlo. Todo es un transtorno.

—Sí.

—Claire, te conozco desde que eras pequeña.

—Sí.

—Déjame hablar un poco, por favor.

—Sí.

—Te has trabajado el Czerny, y el Hanon, y estabas empezando tus clásicos preferidos cuando te quedaste huérfana.

—Sí.

—Tu tía se murió cuando estábamos llegando a las barcarolas de Fouré.

—Exacto.

—Como ves, sigo teniendo buena memoria.

—Sí.

—En fin, que estás muy sola y yo estoy muy vieja. Lo has comprendido perfectamente. Tú y yo vamos a firmar algunos documentos.

Claire se ha puesto de pie. Se queda callada. Esta proposición le parece espantosa. No sabe por qué este parentesco súbito la aterroriza. Es incapaz de agradecerle a la señora Ladon la proposición que acaba de hacerle.

En el espigón, las seis niñas de la Rennaise van con patines de ruedas. La frente fruncida, los labios retraídos, las faldas hinchadas al viento, muy silenciosas, ruedan a toda velocidad, siguiéndose.

Claire se pasaba horas enteras contemplando a las seis niñas que se alejan, danzan, evolucionan, ondulan, vuelven, se escapan hasta que su madre grita que suban para comer y hacer los deberes.

Avanza inclinada a favor del viento, la cabeza por delante, los cabellos tiesos y blancos cayéndole sobre los ojos, lo más cerca posible del borde del precipicio.

Hace frío.

Ahora el sol se ha alejado por el cielo.

Ahora las cosas tenían colores extraordinariamente variados. Ahora se podía ver sin ser cegado o deslumbrado. A veces, lo real volvía. A veces la noche iba penetrando poco a poco en los días. A veces el alquitrán era sólido e hiriente. A veces se podía olvidar la felicidad del verano. A veces había que volver a luchar contra el viento y protegerse del frío.

Era al día siguiente a Todos los Santos.

Ella caminaba en la niebla, por las alternancias de arena, légamo, algas, grava, conchas.

Se acercaba el alba, volvía el rocío.

Ahora, con el alba, una especie de aguanieve se posaba sobre las piedras.
Entonces era como si el camino fuese de cristal.
Volvía de ver a Simon. La maravillaba lo bello que era el camino que atravesaba la landa.
Es por la tarde. Ella ve el humo que sube del bosque de avellanos, enfrente, en medio de la landa.
Lo admira.
De repente la larga humareda negra se inclina bajo la fuerza del viento, se dirige hacia el sol poniente.
Ella frena bruscamente el coche en el camino.
Sale corriendo.
Delante suyo, un incendio hacía arder el bosquecillo que rodeaba la granja Ladon.
En medio del bosquecillo, las llamas consumían el edificio principal.
Bomberos, personal de la talasoterapia, había un montón de gente, la mayoría impotentes, mirando.

# 3

## Paul

# 1

DESDE los tres hasta los treinta años de edad, sufrí seis depresiones nerviosas. Como aquellos naufragios cada vez eran más frecuentes, y más largos y penosos, y cada vez me perjudicaban más, decidí someterme a un psicoanálisis. Al cabo de ocho años de análisis, cuando casi hube salido del infierno, y regresado, más o menos, a la vida, me encontré con que nadie me estaba esperando. Estaba aún más solo que antes, pero mucho menos angustiado. Casi era libre. De repente, todas las ansiedades, las parálisis que hasta entonces había sufrido, se disolvieron, fueron reducidas a ruinas. Todas a la vez se desplomaron. Entonces puse pie sobre una especie de tierra bastante sólida, bastante helada, cubierta de una hermosa luz, cuya transparencia se había convertido, por decirlo así, en externa e infinita. Mi cerebro meditaba con soltura, de forma flexible, sorprendente, rápida. Seguía teniendo miedo, pero ya no tenía miedo al miedo, incluso podía apoyarme en él, incluso podía contemplar el mundo tal como es, podía gustarme el frío, podía gustarme salir cuando está lloviendo a mares, podían gustarme las nubes bajas, podía gustarme el abandono, podía gustar de la soledad, apreciar el insomnio, amar la noche, adorar caminar por la noche sin meta. ¡Qué ribera más extraordinaria es el mundo cuando de repente se ha hecho inmenso, intrusivo, incomprensible, y completamente indiferente! Entonces se parece al nacimiento. ¡Y qué felicidad que no te aplaste la angustia pánica frente al día que llega con cada amanecer! Un día, cerca de la clínica donde había estado reposando durante seis meses —y donde había aprendido a recuperar algunas horas de sueño—, fui hasta el final del parque, hasta un riachuelo que serpenteaba cerca de la verja, al lado de la carretera. De tan lejos que quedaba y tanto frío como hacía, nadie se atrevía a ir hasta allí. Yo sí fui y volví varias veces, me quedaba allí, me arrodillaba sobre las hojas muertas y el musgo, gritaba a lo largo del riachuelo, gritaba cada vez más fuerte, gritaba lo más fuerte que podía, a lo largo de la corriente, en el aire gélido. Luego, cuando me di cuenta de que a lo mejor iba a traumatizar a los caracoles y las ranas, paré de golpe. De todas formas, por más que gritase ya no podía llamar a casi nadie en este mundo. Ya no tenía madre, ni padre, ni amigos. Vivía solo. Ganaba mucho dinero como intermediario en el negocio de los cereales. No sufría el engorro de tener que transportar las materias primas a las que me dedicaba: lo único que transportaba eran teléfonos móviles, un pequeño ordenador portátil, lápices USB. Todo eso cabía en un pequeño bolso acolchado que no ocupaba mucho espacio en mi maleta. Ése era mi despacho. Todo mi despacho cabía en la maleta con ruedecitas que era mi compañera perpetua. Trabajaba en casa, o en la clínica, o en el hotel, en casa de colegas, en casa de conocidos, en cualquier sitio. Seguía escrupulosamente los horarios de las Bolsas y las variaciones del Mercado de Valores. Así entretenía mis insominos. Era bastante asocial. La música me emocionaba. Era lo único que distraía la tristeza y los sedimentos de los días y su recuerdo. Por lo menos no supe encontrar otra cosa que me consolase tanto del pequeño exceso de soledad que se había refugiado en mí. La escuchaba varias horas al día. Pues bien, un día, o más bien una tarde, cuando estaba dormido profundamente (no tengo horas fijas para dormir), el timbre del teléfono me despertó bruscamente. Me llamaba mi hermana Marie-Claire. Era traductora. Dominaba más de quince idiomas. Yo sólo hablaba seis. Estaba llorando —cosa no muy propia de ella—. Más que eso: me pedía socorro. Me puse a refunfuñar y luego me di cuenta de que en efecto, algo anormal estaba sucediendo. Me levanté de la cama, me vestí, fui al coche, atravesé París, fui a llevarle el socorro que ella me pedía. Al verla apoyada contra un árbol, bajo la lluvia, en la esquina de la calle Lübeck y de la calle Boissière, frente al museo Guimet, no se me ocurrió que mi vida estaba dando un vuelco y que estaba salvado.

Mi hermana era tan grande, alta y rubia como yo soy bajito y oscuro. Además de ser muy alta, era muy delgada. Mamá era tan alta como ella, pero el pelo lo tenía negro como yo. Mamá era griega. No tenía estudios, pero tenía el mismo don de lenguas que Marie-Claire, o Claire, o Clara, o Chara. No sé cuántos

nombres se inventó Marie-Claire, insatisfecha con el suyo. Era toda una declinación, que algún sentido tendría pero que yo no comprendí nunca. Nunca intenté comprenderla. Chara es muy corriente en griego. Quiere decir Gracia, pero si ella tenía algo de griega yo soy bosquimano. Alta, no muy graciosa que digamos, muy seria, inclinada hacia delante, su cabeza tenía algo de ave rapaz. Al envejecer se quedó como un junco. Un viejo junco. Sólo las manos de Claire se estropearon, con el tiempo. Se hincharon. Se pusieron rojas de tanto trabajar en el jardín, de chapotear en el agua de mar o de las marismas, de tanto sujetarse a las peñas de granito.

En cuanto a su voz, al envejecer se fue agudizando. Se fue haciendo más alta. Los labios se afilaron. La nariz también se afiló. El cabello, suave y rubio, se entreveró de mechones blancos, más espesos, muy blancos.

Me llevó al pueblo de nuestra infancia, del que yo hasta entonces había huido como de la peste.

Siempre lo vivió todo con una brusquedad y una intensidad muy particulares. No es que ella lo decidiese así, eran sobresaltos de energía que la poseían, que la arrastraban, o que la frenaban, o que la devastaban. En aquellos momentos la sangre se le retiraba de las mejillas. Le temblaban los labios. Yo le preguntaba:

—¿Qué pasa?

—Nada —me respondía sistemáticamente.

Y entonces miraba a un hombre que cruzaba la calle y que estaba entrando en una farmacia y que se llamaba Simon Quelen. Era su amigo de la infancia. Era farmacéutico en un puerto minúsculo y muy pijo. Le dije:

—Le estás mirando otra vez.

—Tú no lo comprenderías.

Aquel hombre que disfrutaba con la pesca, con el deporte, con la pequeña ciudad en la que, cada vez que se celebraban elecciones, salía reelegido alcalde, era su obsesión. No hay otra forma de decirlo. Y era verdad que yo no podía comprender nada de lo que ella sentía, porque nunca había amado. Yo nunca había amado a nadie. Ni siquiera tenía la más mínima idea de en qué consiste eso, ya que nunca me había enfrentado a algo que pudiera llamarse así.

Fue así como a los cuarenta y seis años, justo antes de cumplir cuarenta y siete, Claire dejó de viajar por todo el mundo y de traducir, en Shangái, en Estocolmo, en Londres. Se vendió la elegante casita que tenía en Versalles. Así obtuvo más dinero del que necesitaba para vivir. Claro que su nuevo modo de vida en Bretaña requería poquísimo dinero. Pasaba el tiempo caminando. Siempre estaba fuera. Ni un libro. Ni un disco. Ni un periódico. Ni una revista. Nunca carne ni *delicatessen*. Casi nada de ropa. Mucho Camel, y Chesterfield sin filtro, y Peter Stuyvesant, y Rothman azules, mucho vino, muchas verduras, mucho aceite de oliva; un pan de cereales cada dos o tres días porque no soportaba echar barriga. Fruta el día de mercado. Poco pescado —que en el café del puerto le salía casi gratis—. Básicamente buey de mar, gambas, marisco. En lo que más gastaba era, por descontado, en tabaco. De forma que lo único que me pedía que le trajese de mis viajes eran cartones de cigarrillos rubios extranjeros. Cuanto más extranjeros, extraños, desconocidos, imprevisibles, lamentables, improbables, incomprensibles eran, más contenta se quedaba.

Así era mi hermana.

Cuanto más envejecía ella, menos la comprendía yo.

Cuanto más al exterior, al aire libre, encima del mar vivía, más fácil le era vivir.

Cuando mi hermana estaba angustiada, yo lo notaba de inmediato. De repente se ponía húmeda. Su cuerpo largo y esquelético chorreaba. Los ojos se le agrandaban. Se le leía todo.

Cuando la dominaba la ansiedad, su alma tenía algo de ebria.

Si de repente le brillaban los ojos, era que estaba pensando en algo relativo a Simon.

Cuando ya sólo pensaba en Simon, irradiaba luz.

Pensaba tanto en él que nunca estaba sola.

De pequeños, mi hermana y yo nos vimos muy poco. Nos reuníamos durante un mes, una vez al año, todos los meses de agosto, para las vacaciones, en la granja de mi tío Methuen. Ése era el único período del año en que estábamos juntos. Ella compartió mucho más tiempo con Simon que conmigo. En Navidad yo me quedaba en el internado. Nos quedábamos solos —un condiscípulo y yo— en el internado vacío, tocándonos a escondidas, fumando a escondidas, aliviándonos mutuamente la soledad, soñando despiertos, trabajando mucho, esperando que llegase otra vida. Luego Michel y yo hicimos buena carrera universitaria. En verano, sólo en agosto, Marie-Claire y yo estábamos todo el tiempo juntos. (En cuanto a Simon, él tenía dos meses de veraneo, un mes con su padre y su madre, y el otro con sus abuelos.) Claro que mi hermana era la mayor, y me

martirizaba, se burlaba de mí, me reprendía, me educaba, me maltrataba. Durante todo el mes me humillaba porque yo estaba mucho menos dotado que ella, me despreciaba porque yo era mucho más pequeño que ella, pero a pesar de todo nos pasábamos juntos todo el santo día. Para un huérfano lo más precioso que hay es que, haga lo que haga, otro le acepte. A mí, dijese o hiciese lo que fuera, ella me defendía. La atmósfera que reinaba en Pont Touraude, que se podía cortar con un cuchillo, y la maldad que demostraban nuestros primos apenas importaban. Dormíamos juntos en su gran cama metálica, en su cuarto. Su cuarto no olía nada bien (la ropa enmohecida, los hongos en el techo, el cubo para lavarse, nuestros gruesos zapatos). Un riachuelo, un arroyuelo, atravesaba la granja y llegaba a la esclusa. En cuanto empezaba a hacer calor chapoteábamos en él, lejos, por los campos, a la sombra escasa de los árboles frutales. El verano en Bretaña es muy caluroso. Nos bañábamos en la esclusa. Ella me enseñó a nadar. Íbamos a la playa (una especie de playa fangosa, que daba al estuario) deslizándonos bajo un alambre de espino y atravesando dos campos, aunque nuestro tío Armel nos había prohibido cruzar los campos de aquel vecino. Había un terreno de *camping*. Y después se llegaba a la arena de las playas. Ahí es donde Chara me enseñó, a la caída de la tarde, el poco griego que sé. Era la lengua de nuestra madre. Lo único que le importaba a nuestro tío era vernos lo mínimo posible. En cuanto yo aparecía, se escurría. Sus hijos eran mucho mayores que nosotros. Se nos dejaba a nuestro aire hasta la hora de cenar. Íbamos al mercado solos, cada uno con dos francos, procedentes de los que la tutela otorgaba a tía Marguerite y que ella nos daba. Cuando tita Guite falleció, los padres de Simon asumieron la tutela de ella. De manera que, los días laborables, Marie-Claire no sólo iba a clase con Simon en el instituto, sino que por la noche vivía con Simon, dormía encima de la farmacia de Saint-Énogat, en un cuarto aparte. Luego fue el consistorio de Saint-Énogat el que se encargó de la tutela y nosotros volvimos por fin a casa.

Con todo esto lo que quiero decir es que mi hermana nunca «se enamoró» de Simon Quelen.

Ni siquiera puede decirse que «sintiese algo» por Simon Quelen.

Creo que en toda su vida sólo le abrazó unas pocas veces, pero le amó durante más de sesenta años. Aquél fue un vínculo absoluto. Ella le espió cada día durante los últimos años de su vida. Le contempló cada día hasta su terrible muerte. Asistió a esa muerte —e incluso me parece que, de una manera terrible, la hizo feliz.

A veces aquel niño, luego aquel adolescente, luego aquel hombre, le provocaba accesos de irritación violenta, inesperada, de una fuerza enorme, de los que salía como de un naufragio.

Creo que esto era lo más enigmático de ella, y lo más terrible. Entonces se quedaba inmóvil. Se hundía en un marasmo increíble. Era como un leño que tras mucho tiempo flotando en las olas vara en una ribera totalmente desconocida.

A veces se maldecía por haber rechazado voluntariamente las raras alegrías que le consentiría el hombre al que estaba ligada de una manera indisoluble.

Se pasaba días enteros, noches enteras así, detrás de un matorral, espiándole, inmóvil.

Le veía caminar por la playa, botar la barca, embarcarse, poner el motor en el agua, o bien izar la vela sobre el mar cuando llevaba la chalupa, pescar con caña, pescar con retel, pescar con red.

Cuando lucía el menor rayo de sol, la esperanza de verle la llevaba a escrutar incansablemente las rocas, el mar, la orilla, en busca de su silueta.

# 2

RECUERDO que quien me llamó fue Fabienne Les Beaussais (que es la cartera de Dinard). En primer lugar, Claire había desaparecido. Y además, la granja en Bretaña donde vivía había sufrido un incendio. Llamé inmediatamente a mis primos a Pont Touraude, que gestionaban la granja en la cuenca del río Rance: no sabían nada del asunto. Finalmente, tomé el avión. Hay un pequeño aeropuerto Ryanair en Pleurtuit (que queda a dos pasos de la granja Methuen). Pero fue Fabienne quien vino a buscarme, y ella y yo fuimos a Dinard y hablamos con los gendarmes. Estaban muy confusos. La habían interrogado. Habían visto lo mal que estaba. Comprendían q ue estuviésemos preocupados. No sabían qué hacer. Luego a Fabienne se le ocurrió que podríamos preguntar a la señora Ladon. Estaba hospitalizada. Hubo que ir al hospital de Saint-Malo. Fabienne y yo entramos en su habitación. Le pregunté dónde estaba mi hermana. Ella estaba muy débil. No comprendía nada de lo que yo le preguntaba. Pero cuando pronuncié el nombre de Claire, abrió los ojos.

—¿Dónde está mi hija?

—No, su hija no, señora Ladon, le estoy hablando de mi hermana. ¿Sabe usted dónde está?

Apenas le quedaba aliento, pero llamó a Simon Quelen. En realidad yo sostenía mi teléfono móvil ante su boca, y ella hablaba. El alcalde de La Clarté nos dijo que fuésemos a verle. Creía saber dónde encontrarla.

Cruzamos el Rance. Fuimos directamente a Saint-Lunaire. Entonces, dirigidos por Simon, volvimos caminando sobre nuestros pasos, a la orilla del mar. Seguimos al pie del acantilado. Hubo que franquear un vertedero que nos llegaba hasta la cintura, y luego, tras una caravana oxidada y hecha pedazos, nos deslizamos bajo grandes rollos de alambre de espino caídos de lo alto del acantilado, nos deslizamos bajo un tejado de hangar alquitranado, bajo residuos de todas clases, y bajo montones de paja.

Por fin llegamos a un caminito desnudo, resbaladizo, cubierto de musgo y de barro, que trazaba una curva y siguiendo una pendiente muy pronunciada llevaba a un minúsculo valle donde la encontramos durmiendo sobre unos neumáticos.

Simon se fue enseguida con Fabienne.

No quería acercarse a ella.

Dijo que iba a buscar a los bomberos.

Claire sufría una hipotermia. La envolvimos en mantas reflectantes. Enseguida los bomberos se la llevaron a una de las salas de cuidados de la talasoterapia de Dinard. El médico la auscultó, recetó varias medicinas, un antidepresivo, un somnífero.

Marie-Claire volvió a dormirse.

Al cabo de una hora la llevaron en ambulancia a Saint-Énogat, a casa de la señora Ladon, y la dejaron al cuidado de la asistenta, la señora Andrée.

Con ayuda del tío Calève y de los gendarmes reconstruí rápidamente lo que pasó la noche del incendio. Mi hermana se quedó petrificada ante el edificio principal, reducido a ruinas. Los avellanos también habían ardido, pero el resto de la granja no sufrió grandes desperfectos. Los bomberos se fueron. Con un pequeño motor habían absorbido agua de la marisma y apagado el fuego. Sobre algunos ladrillos aún se elevaba un halo de vapor que sólo Claire seguía contemplando, sin aceptar la ayuda de nadie.

Le insistieron para que volviera al coche, y lo hizo a regañadientes (lo había dejado en la landa cuando vio el humo).

Estaba allí, de pie, con los brazos caídos, sin saber qué hacer, ante su granja destruida.

El granjero vecino, el tío Calève, le propuso que esa noche cenase y durmiese en su casa.

Ella rehusó.

—Va a coger frío, señora Methuen —le dijo—. Voy a llamar a su primo Philippe.

Ella murmuró:

—¡No se le ocurra, señor Calève! Se lo prohíbo.

Y le miró con severidad.

Estaba sentada sobre la armazón de hierro de la cama —que había sido proyectada del primer piso al suelo del patio.

Ante ella, ante sus ojos, humeaba la carcasa en hierro colado de la cocina.

El butacón se había quemado completamente.

Las llamas no habían alcanzado la esquina del huerto, en el jardín. El fuego también había respetado todo el ángulo este, el establo, la pocilga.

Un gendarme le dijo:

—Seguramente el fuego empezó esta mañana, muy temprano, en la cocina.

Ella le interrumpió:

—No es posible. Yo he ido al hospital de Saint-Malo a las nueve. Cuando he salido de casa todo estaba como de costumbre.

—Entonces el fuego habrá empezado justo después. El granjero de la granja del Roc, que queda sobre el centro de talasoterapia, dio la alarma a los bomberos.

—¿El tío Calève?

—Sí. Vio el humo y llamó a los bomberos. Enseguida llegó la gente de la talaso. Todo el mundo nos ha ayudado mucho.

El granjero (el tío Calève) confirmó esta versión.

—A mediodía, el fuego era pavoroso. Los bomberos han llegado a la una, pero ya era demasiado tarde. Aquello era un horno. Yo supongo que habrá explotado una bombona de butano.

—No tengo bombonas de gas —dijo Claire—. Sólo tengo una estufa eléctrica, además de la cocina de leña.

Habían precintado la casa principal con barreras de hojalata muy ligeras que encajaban las unas en las otras. Avanzada la noche, ella se fue.

Más adelante me confesaría que vio a Simon, lívido, haciéndole una señal. Había aparcado un camión de alquiler en el cruce del camino con el *parking* de las Piedras Tumbadas. La puerta estaba abierta. Ella se sentó a su lado.

—Ha sido mi mujer.

—¿Qué?

—Creo que ha sido mi mujer.

—¿Estás seguro?

—No, no estoy seguro.

—Entonces quizá no haya sido ella.

—Desde ayer que no está en sus cabales. Está…

—¿Simon?

—Sí.

—¿Por qué no dejas de pensar todo el tiempo en tu mujer?

—No tengo pruebas. No tengo ninguna prueba, pero Gwenaëlle está muy extraña.

—Entonces denúnciala. Déjala de una vez. Vayámonos juntos a diez mil kilómetros de aquí. Vamos donde tú quieras. Donde tú vayas, yo iré, Simon.

—No, en el estado en que se encuentra mi hijo, no voy a dejarle. No, no pienso abandonar a mi esposa. No pienso dejarles, pero te voy a ayudar. Te ayudaré. Pagaré todo lo que cueste, pero no la denunciaré. Aunque tuviese pruebas, no lo haría, Claire. No quiero. Ha sido culpa nuestra.

—Qué tonterías dices. Tu mujer no va a convertirse en una pirómana porque nosotros nos queramos.

—Sí.

—Basta.

—Es la madre de mi hijo.

—¡Basta! No sabes lo que te dices. ¿Quién soy yo para ti, si no soy tu mujer, si no soy la madre de tu hijo?

A la mañana siguiente un gendarme la llamó al móvil y le pidió que pasase urgentemente por la comisaría.

Ella se había quedado a dormir en su coche.

Fue enseguida a comisaría.

—No ha sido accidental, señora.

Ella se sujetó al marco de la puerta.

—Siga.

—Siéntese, señora.

—No hace falta. Siga.

—En la cocina había un bidón de gasolina.

—¿En la cocina?

—¿Tiene usted botas de montar?

—No.

—Quien ha quemado su casa es una mujer que calzaba botas de montar.

—La casa no es mía. Es la casa de la señora Ladon.

—¿La señora Ladon tiene botas de montar?

Entonces Claire se echó a reír. De repente estaba llorando de risa. Les explicó por qué a los dos gendarmes, que se echaron a reír suavemente con ella al imaginarse a una vieja saliendo furtivamente del hospital de Saint-Malo, calzada con botas de montar a caballo, y con un bidón de gasolina en la mano, para incendiar su propia casa en la landa.

Volvió a la landa.

De pronto, me dijo, vio llegar un camión de alquiler que avanzaba a toda velocidad, tocando la bocina como un loco por el camino que lleva al *parking* de las Piedras Tumbadas. Al volante iba Simon. Ella aparcó prudentemente en el arcén el viejo Cuatro L. Él frenó bruscamente a su lado. Parecía haberse vuelto loco. Simon le gritó:

—Tenemos que hablar. Nos vemos en Dinard. Nos encontraremos en el Balafon a mediodía.

Y volvió a arrancar.

Almorzaron.

Él, con los codos sobre la mesa, se inclinó hacia ella y le dijo al oído:

—No puedo verte más.

Ella no respondió. Imagino que sufría lo indecible.

—No podemos vernos nunca más.

—Ya te he oído.

Permanecieron un largo rato callados.

Luego ella le dijo que le amaba.

—Yo también te quiero —le dijo él—, pero no volveré a ir a verte, Claire.

—Lo he comprendido, Simon.

Él le aprieta los dedos. Ella agarra los suyos. De repente él se suelta. Ella le ve alejarse. Empuja la puerta del café. Camina de cara al viento. No se vuelve. Camina. Pasa junto a las tiendas del mercado. Alguien le llama y no responde.

Claire huye; se oculta; va al pequeño valle en la falla, a la orilla del minúsculo arroyo. Ya no se la ve. Ha desaparecido. Fabienne me llama, etc. Probablemente las cosas pasaron más o menos así.

Aun así Simon y Claire volvieron a verse una vez más, una última vez. Después de que la encontraran, después de que el médico de la talasoterapia la auscultase, la cuidase, y la llenase de somníferos, Claire se instaló en casa de la señora Ladon, con la señora Andrée, en Saint-Énogat. Por la noche no siempre dormía, la señora Andrée se iba a su casa, la señora Ladon estaba siempre en el hospital, y Claire aprovechaba para seguir deambulando por la costa, a su aire, hasta el alba. Una mañana en que bajó hasta el puerto de Dinard por el paseo del Clair de Lune, serían las seis de la mañana, decidió volver pasando por la ciudad.

Bajó la colina a toda velocidad. El viento soplaba a su espalda. El viento la empujaba y ella casi corría y se dejaba llevar en volandas. El viento apartaba de sus pies las hojas muertas de la acera. El viento las empujaba hacia la plaza del mercado. Quiso pasar ante el pequeño restaurante Balafon, en la plaza del mercado de Dinard, donde se habían visto por última vez.

Al ver el mismo camión de alquiler por días, apresuró el paso.

Él le abrió la portezuela para que subiera, la besó en el pelo, en las mejillas, en la mano, y arrancó.

Cruzaron la ciudad. Quisieron ir al otro lado de la bahía. Volvieron a atravesar el Rance. Siguieron hasta Cancale, donde desayunaron. Hablaron del seguro. Él le agradeció que no hubiese dicho nada. No habría investigación. Firmó los cheques.

—Desde el primer día, Claire, nos estuvimos besando delante de todo el mundo. No hubiéramos debido hacerlo…

—Ahora es demasiado tarde, Simon.

—Hubiéramos debido ser prudentes enseguida.

—Dime, ¿por qué tenía yo que ser prudente?

—En cualquier caso, yo sí hubiera debido serlo.

—¿Tú? ¿Cómo se puede ser más prudente de lo que eres?

Claire recogió los cheques de la mesa.

—Te llevo.

—Prefiero tomar el autobús.

—Adiós.

—Adiós.

Una silueta muy delgada vestida con una blusa blanca. Sobre la falda flotaba una pequeña trenca marrón que no estaba abotonada. Su cabello rubio estaba mojado. El camión de alquiler se alejó por los campos.

# 3

CADA mañana, mientras Claire se reponía, tomaba sus drogas, dormía, hablaba con su psiquiatra, yo caminaba por las calles de la ciudad, subía por el acantilado, volvía a encontrar mis puntos de referencia en aquel mundo donde yo también había vivido, siendo niño. Trepaba sobre los bancos de mejillones, los montones de algas, las rocas, como cuando tenía diez u once años. Probaba una por una las escalinatas del acantilado. Un día seguí una escalerita de travesaños de madera, de las que sólo el soporte había sido excavado en el granito. Me deslicé bajo el alambre de espino. Atravesé el campo de avena. Crucé por las retamas de la landa. Por fin enfilé la calle de Anse-au-Genêt. Para mi gran sorpresa me encontré en el corazón de Saint-Énogat, caminé solo por la ciudadela, recuperé sensaciones extraordinariamente precisas. Por fin llegué a la plaza de la iglesia. El jardín alrededor de la iglesia estaba lleno de hortensias gigantes. Aún quedaban algunas rosas de invierno. Enseguida reconocí el lugar, enseguida reconocí la iglesia, no me resistí al deseo de entrar en ella, subí las escaleras, empujé la puerta; no cedió; volví a empujar con el hombro, pero entonces me di cuenta de que la puerta de la iglesia estaba cerrada con llave.

Abandoné la sombra del porche, fui a sentarme en un banco del jardín. Eran tres listones de madera barnizada, hinchada por el agua de la lluvia, escondidos entre las hortensias gigantes. Cerré los ojos. Aspiraba el prodigioso olor del aire, el hinojo marino, la hortensia podrida a sus pies, el boj empapado y frío. Bruscamente sentí olor de tabaco negro. Abrí los ojos. De pie delante de mí estaba un hombre de unos cuarenta años con cuello alto negro. Sostenía unas llaves grandes, también tenía entre los dedos un cigarrillo.

—¿Quería usted entrar en la iglesia?

Asentí.

El sacerdote alzó riendo las llaves que tenía en la punta de los dedos, envueltas en el humo del cigarrillo. Las hizo tintinear. Me adelantó. Era como una ceremonia. Echó el cigarrillo a un matorral. Se dirigió hacia el porche. Le seguí.

—Soy el padre Jean —me dijo.

—Yo me llamo Paul.

—Qué nombres tan católicos —murmuró.

—No tenía que haberse molestado.

—No me molesta. He venido a visitar a un viejo colega, pero no está.

—Pero tiene usted las llaves.

—En esta zona todos tenemos un juego de llaves. Nos pasamos la vida reemplazándonos por la costa. Ahora somos tan pocos.

La iglesia estaba muy oscura. La puerta volvió a cerrarse muy suavemente a nuestras espaldas. Todos los ruidos de la plaza de Saint-Énogat se apagaron.

En la penumbra, lo primero que vi fue una mesa que estorbaba el paso, en medio de la nave central. Estaba cubierta de misales de color granate. Jean pasó al lado y alcanzó el coro.

Me quedé de pie en la oscuridad, al fondo de la iglesia, ante la mesa de los misales, junto a la densa humedad de la pila bautismal.

Vi que Jean se había arrodillado ante el altar.

Tenía unos hombros poderosos.

Juntó las manos.

Avancé silenciosamente por la nave central.

Me senté en una silla de anea, exactamente en la segunda fila, en el coro, a la derecha, en la tercera plaza. Cuando yo era un chaval, aquél era mi sitio. Íbamos a oír misa en Minihic-sur-Rance. En la iglesia grande. Mi hermana Marie-Claire se quedaba al otro lado del pasillo, con las mujeres, junto a tía Marguerite, a la izquierda.

Entonces también yo cerré los ojos, en el silencio.

Luego salimos de la iglesia. Me dio la mano. Detrás nuestro estaba el expositor de postales de la papelería.

—Yo fui monaguillo aquí —le dije.

—¿Es usted de Dinard?

—Nací aquí, en Saint-Énogat. Estaba interno en Pontorson. A decir verdad fui monaguillo sobre todo en el internado.

Jean posó la mano sobre mi brazo.

—¿En Pontorson? ¿Así que era huérfano?

Incliné la cabeza.

—Yo vivo en el puertecito de al lado —dijo el padre Jean.— Yo también era huérfano.

De pronto me sentí emocionado. Guardé silencio.

—¿Conocerá usted Saint-Briac? —me preguntó.

—No creo.

Aquel nombre ya no me decía nada.

—Está justo al lado. Tengo que ir allí. Venga a comer conmigo.

—No quiero molestarle.

—No me molesta. No me gusta comer solo, pero me paso la vida comiendo solo. Llevo dos años comiendo solo. ¡Ayúdeme!

Llamé a Claire al móvil.

—¿Qué tal?

—Tirando.

—Yo estoy dando una vuelta.

—Sí.

—Llegaré a la hora de cenar.

—Vale.

Llegamos al puerto. Esperamos el transbordador que atiende los puertos de Saint-Énogat, L’Anse-au-Genêt, Plage-Blanche, La Clarté, Saint-Lunaire, Saint-Briac. Al día siguiente sería 11 de noviembre.

La segunda vez que le vi fue al sábado siguiente. Llegué antes de la misa de la tarde. No me vio llegar. Estaba de pie ante la puerta de la sacristía. Tenía las manos juntas sobre la estola. Se preparaba para ocupar el confesionario. Dos fieles estaban esperando. Estaba muy guapo, con la estola y sus flecos sobre el *pullover* de lana negra. Por encima de él la lluvia azotaba la ventana de la sacristía. Su frente alzada brillaba bajo la bombilla desnuda. Al lado de su mano había un crucifijo de oro. Un hilo de humo subía a lo largo del cuerpo desnudo del dios. Los restos de un último cigarrillo antes de entrar en la nave.

—Nos vemos en el presbiterio para cenar.

—Sí.

Al final de la jornada me encontré con él en el presbiterio de Saint-Briac.

Yo llevaba una botella de corbières rosado que había comprado en el supermercado de Saint-Briac.

Bebimos en silencio, dejé mi vaso sobre la mesa, le tomé la mano, él a su vez dejó su vaso, nos acariciamos a la luz de la lámpara.

Claire se burlaba de mí.

Claire me decía:

—Es que tú no te das cuenta, Paul. No es que estés pendiente de ese cura. Es que le suplicas. Tú no te ves: asientes, obedeces a todas las frases idiotas que dice.

—Quizá. ¿Por qué no?

—Le esperas.

—¿Y esto me lo dices tú, Claire? ¿Y qué haces tú con Simon? Te despide, ¿y qué hace mi hermana? Le espera.

Se encogió de hombros, furiosa.

Repetí:

—También tú, Claire, consultas el móvil encendido en la mesita de noche.

—Es por la señora Ladon.

—¡Y ahora encima mientes! Le esperas, Marie-Claire, y es normal. Quizá amar sea eso: esperar.

—Para nada.

—Esperar siempre.

—Esto no tiene nada que ver. Yo no sólo no le espero sino que le he sacado completamente de mi vida. Tú, en cambio, simplemente te has hecho dependiente de un jefe de secta que es un perfecto cretino.

—Es creyente pero no es un cretino.

—Le necesitas.

—Sí, le necesito.

—Cuando te llaman al móvil, das un brinco.

—Sí. Le amo.

—¿Piensas irte? —gritó de repente.

Incliné la cabeza. Volví a asentir con la cabeza y ella dijo, bajito, encogiéndose de hombros y dirigiéndose a la puerta:

—Haz lo que quieras.

—Pues claro que hago lo que quiero.

Nevaba.

Eran pequeños copos que se deshacían.

—Ven al presbiterio a verme —me decía Jean.

—De acuerdo.

—Ya no queda vino.

—No te preocupes. Iré a comprar algo. Cenaremos en el presbiterio.

Me había hecho una copia de la llave. Yo era el primero en llegar. Yo encendía las lámparas. Ponía en marcha la calefacción eléctrica. Preparaba la comida. No voy a ocultar que me gusta cocinar. Y tenía más éxito con Jean que con Claire.

Para el 24 de diciembre de 2007 Jean hizo venir a unos músicos a la iglesia de La Clarté. Amiens aceptó venir. Pero a los conciertos que Jean organizaba no asistía mucha gente, aparte de algunos aficionados de Saint-Malo y el chef del restaurante de Cancale.

Jean hizo un belén de cartón y de madera que era magnífico.

Yo instalé convectores por todas partes: se alcanzaron los trece grados.

Amiens tocó cosas de Bach, de Hidden, de Unsuk Chin. Era muy bonito.

—Esto parece demasiado difícil —le dije.

—No importa. A Dios le gusta.

—Sólo éramos siete.

—La música es un arte sacrificado.

—Siete de ciento cincuenta habitantes, es nada.

—Siete en pleno invierno, no es que sea nada, es que es considerable.

—Quizá debería haber pegado unos carteles.

—El alcalde de La Clarté ha emitido un decreto prohibiendo nuestros pasquines.

—¿Nuestros pasquines?

—No contra los nuestros en particular, sino contra los pasquines en general.

—¿Simon Quelen?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué motivos ha dado para ese decreto?

—Prefiere el granito a la música. Es más bonito. Concretamente me ha dicho que «es más sobrio». Las paredes, limpias. No quiere más promociones del supermercado. Nos las vemos con un alcalde ecologista.

A principios de 2008, me mudé al 93[5], donde Jean había sido asignado a una rectoría suntuosa, de estilo Mansart, ocho habitaciones de seis metros de altura.

La portera del inmueble de la calle Des Arènes de París estaba fregando el patio. Sostenía la manguera con las dos manos. Proyectaba grandes chorros, con violencia, sobre el adoquinado, los cubos de basura y la parte baja de las paredes. Yo estaba en el patio, esperando a Jean. Era la primera vez que venía al piso. Yo esperaba, o más bien evitaba como podía que la portera me salpicase. Recuerdo la alegría que sentí al verle llegar, cuando sentí a mi lado al cura de Saint-Briac vestido de civil y empujé ante él la puerta vidriada del ascensor.

# 4

AQUELLO duró cuatro meses. Luego, cesó. Entonces regresé. Regresé el Jueves Santo de 2008. Al cabo de dos días era Pascua. Claire seguía viviendo en Dinard, en la casa de la señora Ladon. La granja aún no estaba habitable. Claire me había dicho que le había comprado a la señora Ladon la granja destruida. Pero no se había preocupado de vigilar la restauración. Así que me arremangué. De muy buen grado me impliqué en la pequeña «reconstrucción» del edificio principal de la granja. Gracias a Simon Quelen nos conectaron el agua y la electricidad. Pude proporcionarle al conjunto de la granja un poco de confort. Abajo construí un cuarto de baño, con los servicios aparte. Instalé la calefacción. Hice bajar el techo de los cuartos para hacer habitable el granero. Cada día me iba al mediodía a almorzar a Saint-Lunaire, tan amarilla, tan rústica. O a Plage-Blanche, más gris y rosa que blanca. O a Saint-Briac, austera y sublime (pero de donde Jean se había eclipsado). La primavera era suave y dulce. La superficie del mar no refulgía: sólo lucía bajo el cielo gris. Las olas eran opacas y blandas. Para regresar tomaba el barco. No había oleaje. Al anochecer subía la escalinata hasta las Piedras Tumbadas. El horizonte era blanco, de un blanco maravilloso, de tiza, de harina, de azúcar en polvo. La vista era increíble. Comprendía que los hombres antiguos hubiesen erigido allí las tres piedras enormes.

También las nubes, a lo lejos, eran macizas, y tan lentas como blandas eran las olas.

Un día, estando, por casualidad, en la escalinata, descansando de la ascensión, vi a mi hermana, en cuclillas sobre una peña, oculta tras un matorral.

Parecía un puntito sobre un gran bloque de granito negro.

Nadie hubiera dicho que era un ser viviente, salvo por el movimiento de la cabeza y que entre la pequeñas matas amarillas y primaverales del arbusto se distinguía su rubia cabellera.

La contemplé mientras espiaba a Simon.

El rugido del mar me mareaba. De repente vi entre las motas de oro surgir su cabeza y asomarse hacia el rompiente blanco que chocaba blandamente contra la playa marrón. Se dice que en el espectro solar el marrón está ausente. Y quizá el blanco también. Sin duda ella estaba en otro mundo.

Incluso en coche, la carretera para subir al acantilado es extremadamente empinada. Y está llena de curvas peligrosas. Era el amanecer. Claire y yo íbamos a Saint-Malo. Yo la había llevado a una visita de obra. No sé qué le pareció exactamente. Claire conducía. Y ahora Claire quería ir junto al lecho de la señora Ladon. Al final, la carretera, hasta allí alquitranada, se convierte bruscamente en un camino de grava blancuzca. Hubo que reducir a primera. Seguía lloviendo, una lluvia de primavera, una lluvia blanca y rápida. Claire salió del camino, rodó un poco por la hierba y apagó el motor. Abrió la puerta del coche. Entonces oímos toda la violencia del rugido del mar.

—Es ahí, Paul —me dijo—, ¿te acuerdas?

Me señalaba con el dedo la barandilla y me miraba atentamente.

Yo no entedía qué quería decir. No me acordaba.

Por más preguntas que le hiciera, ella, como siempre, no respondía a nada de lo que yo le preguntaba, y todo se volvía vago, desarticulado.

Ella vivía así.

En pausas, estaciones, bruscas paradas, en rocas planas, arbustos, esquinas de un muro o de una capilla, en rincones de un porche.

Se ocultaba bajo el porche, en la esquina del puerto, a esperar que se apagasen las luces de la farmacia.

Así la sorprendí más de una noche, en La Clarté.

Ir al notario. Ir al médico. Ir a votar por el alcalde de La Clarté. Ir a donar sangre. En cuanto tenía una cita fija en el tiempo, y la hora o la fecha de esa cita se acercaba, ella se iba convirtiendo en un amasijo de miedo irritable.

Un día la sorprendí desnuda, pesándose en la balanza de la señora Ladon. Si la víspera, al cenar, había engordado una libra o doscientos gramos, estaba de un humor asesino, aunque sus piernas fuesen largas patas de flamenco rosa y ya no tuviera nalgas.

Cuando no alcanzaba a verle desde su escondite, volvía empapada en sudor. El sudor le chorreaba por la frente y por el cuello. Se secaba. Se secaba en vano. Se secaba los pequeños pechos. La ropa interior también estaba empapada. Yo le preparaba la bañera en el cuarto de baño nuevo. Sólo tenía que deslizarse en el agua. Pero al salir de la bañera, después de secarse, volvía a sudar muchísimo. Esto le pasó durante toda su vida. En cuanto se aproximaba una crisis de angustia, la espalda chorreaba de miedo.

Estaba tan hambrienta que la cabeza le temblaba.

—Cálmate —le decía yo.

Parte de la sopa caía sobre la mesa.

—Traga poco a poco —le decía—. La mesa no es de alquiler.

Cuando yo era pequeño, lo que más me llamaba la atención en mi hermana, que tenía cinco años más que yo, era cómo se concentraba. De repente dejaba de escuchar. Se ausentaba completamente de este mundo. Cuando éramos pequeños yo me daba cuenta enseguida: notaba que ella ya no oía a nadie. Y durante toda su vida fue así. En esos momentos sus ojitos se quedaban fijos, se aguzaban y ya no eran negros sino amarillos como el cobre, como botones de oro. La espalda se curvaba. Se metía en un mundo interior en el que su mirada ya no seguía las cosas, sino que se le endurecía y se le llenaba de un agua mala, feroz, centelleante. Y por el contrario, cuando las pupilas se le ponían suaves, cuando volvían a ser del color del ébano, del color de las rocas de Cézembre, era que ella estaba volviendo a este mundo. Entonces buscaba algo que vivía fuera de sí misma. Su calma entonces era turbadora pero benigna. Era una mujer muy compleja. En todos sus movimientos había una especie de lentitud. Y en el fondo también en las respuestas que daba había una especie de lentitud. Reflexionaba mucho rato, tranquilamente, y luego, de repente, estiraba sus largas piernas de garza. Se levantaba, titubeaba un poco, alzaba el vuelo con dificultad, y entonces, bruscamente, emergía de los juncos, se elevaba sobre los árboles, alcanzaba las nubes.

Al contrario, cuando éramos adolescentes, cuando se sentía humillada por nuestra pobreza, por nuestra soledad, por la riqueza de los Quelen, mi hermana no gritaba, no se quejaba, no lloraba ni con palabras ni con lágrimas. De repente se acuclillaba, se abrazaba las rodillas, hundía la cabeza en la falda, y podía quedarse horas enteras acurrucada, con la frente apoyada en el brazo, como una roca, tan densa como una roca de granito, soñando o más bien mirando su vida vivir en su interior. Siempre había estado segura de que nunca se casaría con él.

La noche ya no la abrigaba. Los días se alargaban. Por la tarde, se quedaba en un escalón cada vez más alto de alguna de las escalinatas que daban sobre el puerto. Observaba a Simon bajar la persiana de la farmacia. Le seguía de lejos. Las escaleras de La Clarté son cómodas para espiar las siluetas a cualquier altura que estén, según la oscuridad que proyecten los muros, y a cualquier altura que esté uno, según la luz. Simon iba a la alcaldía. Volvía a salir de la alcaldía acompañado por los concejales (entre ellos, Mireille y Jean-Yves) para tomar con ellos una copa en el puerto. O bien bajaba solo al puerto. Subía a su barca. También se había comprado una pequeña lancha motora. Ella le observaba volver a Saint-Lunaire, o dirigirse a Dinard.

Le seguía con la vista o, si el barco de las islas estaba en el muelle, lo tomaba.

O bien el transbordador a Saint-Malo, por el gusto de cruzarse un momento con su lancha, sin que él la viese.

Mientras él estuvo vivo, ella sufrió. Yo nunca hubiera dicho que se pueda sufrir incesantemente y durante tanto tiempo. Cuando él murió, ella fue feliz. Milagrosamente, por decirlo así, el sufrimiento se fue cuando la presencia del cuerpo del hombre al que amaba también se fue. En cualquier caso, su sufrimiento cesó al transformarse en luto. Fue casi maravilloso verla triste, simplemente triste, después de tantos años sufriendo. El cuerpo es algo increíblemente sólido. Ella parecía feliz de seguir queriéndole más allá de la muerte. Ya no se veían en el sentido de encontrarse, de hablarse, de tocarse, de besarse, de abrazarse. Pero se observaban desde lejos. Ella ya no tenía que disimular para procurar verle en la esquina del escaparate de la farmacia, frente a sus ventanas, esperando que las lámparas del despacho y del almacén se apagasen. Ni sentarse en la cornisa sobre la casa de Saint-Lunaire adonde él volvía cada noche, directamente por mar, con la nueva lancha de motor.

Simon, cuando volvió a ser fiel, buen padre, buen marido, buen alcalde, buen farmacéutico, salía mucho a navegar, a pescar, a dar paseos por el mar. Repintó el casco de su vieja barca. Cada mañana, llegaba por mar para abrir la farmacia, y luego iba a Saint-Malo a recoger algún encargo de la víspera. Cada tarde regresaba por el canal. Pero desde el mar, también la miraba a ella, caminando por las rocas. Él también la veía errar y observarle. Él también la seguía con la mirada, hora tras hora, durante todo el día. Ella le veía igual, abajo, en el mar, añorándola, fingiendo pescar, dando vueltas, mirándola, pensando en ella, amándola y no queriéndola.

## 5

A finales del mes de mayo o a principios de junio de 2008, cuando pudimos volver a instalarnos en la granja Ladon, Claire estuvo muy nerviosa, no le gustaba el olor de la pintura fresca, se iba continuamente de la granja reconstruida, quizá demasiado reconstruida para su gusto. De hecho, le preocupaba lo que pudiera hacer Gwenaëlle. Volvía a estar desgarrada, dividida entre la libertad, el viento, el frío, la naturaleza, y el calor protector pero angustioso, carcelario, bruscamente pavoroso de una casa que sin duda yo había vuelto demasiado confortable y quizá demasiado personal. Al caer la noche, esta angustia se transformaba en agitación. Me di cuenta de que ya no podía quedarse sola, no porque estuviera asustada, sino porque no sabía qué hacer de sí misma, por decirlo así, entre su periplo y el descanso. Le faltaba una cámara de descompresión. Se lo propuse a Fabienne Les Beaussais. Me dijo que no, no quería ocuparse de ella, tenía su propia familia y le molestaba acoger a una mujer de cuarenta y ocho años (era Fabienne la que tenía cuarenta y ocho, mi hermana sólo tenía cuarenta y siete) que se hallaba en aquel estado un poco especial, siendo sus hijos áun pequeños. Sería darles un mal ejemplo para su vida futura. Me encogí de hombros. Decidí quedarme algún tiempo más. Me construí en el granero un verdadero despacho en el que pude dedicarme a mis llamadas de intermediario. Con el electricista de Dinard multiplicamos los enchufes, las antenas, las entradas de luz. Lo convertimos en un hermoso túnel de madera que llené de bibliotecas, de aparatos de televisión, de compartimentos. Me gustó. Hice abrir dos claraboyas más en el tejado, y gané mucha claridad, vivía en el cielo. Claire se tranquilizó o mi presencia la tranquilizó, se sometió más a mis decisiones, reaccionaba con más calma. A veces se quedaba un rato por la mañana en la sala de abajo antes de salir a vagar por el campo. Se lavaba el pelo, se peinaba, se arreglaba un poco, por complacerme. Cada noche, al volver, se lavaba sistemáticamente, por complacerme. Cuando estaba sola, incluso cocinaba un poco (huevos que ella misma escogía en casa del tío Calève, en la granja de La Tremblaie). Al principio la obligué a ir conmigo al restaurante, pero en público realmente sufría mucha angustia, una angustia inútil. Le molestaba que la mirasen. Sobre todo las ventanas cerradas de los restaurantes le daban pavor. Enseguida tenía la impresión de que se ahogaba. La música indecente de los restaurantes también la alteraba.

Me tomó la mano.

—Paul, adiós.

—Adiós, querida.

—Tengo que irme.

—Ya lo sé, querida, ya lo sé.

No sabía qué pensar. Una vez más, no sabía qué me estaba diciendo.

—Aunque se hubiera divorciado —me decía— no hubiera servido de nada. Viviría conmigo pero pensaría en ellos. Se preocuparía por la deficiencia del uno, me reprocharía el dolor de la otra. No estaría conmigo. Estaría conmigo menos de lo que ahora estoy yo a su lado.

Trataba de conformarse. Nos dirigimos hacia el espigón. Compré el periódico. Ella compró cigarrillos.

Tomamos un café sobre la tarima de una terraza. El tiempo era demasiado fresco para permanecer allí mucho rato. Ella miraba al mar, pero él no aparecía. Nos fuimos a lo largo del dique. Ella se puso a llorar en silencio. La sujeté por los hombros. Ella rechazó mi brazo. Se apoyó contra la baranda de cemento. A sus espaldas yo veía el puerto minúsculo, una barca que volvía, ante la torre de baliza restaurada, antes del faro.

—Paul, ¿te acuerdas de que cuando estabas tan mal, antes de que comenzases el psicoanálisis, decías que quienes no plantan cara a su dolor se condenan a padecerlo sin fin?

—¿Yo dije eso?

—Exactamente.

—Seguro que lo leí en alguna revista.

—¿De verdad no te acuerdas?

—Quizá sí que lo dije.

—Bueno, pues ¿sabes qué? Es una estupidez. En primer lugar, los que no plantan cara a su dolor, lo sufren sin fin. En segundo lugar, los que le plantan cara, lo sufren sin fin.

Casi todas las noches Claire se despertaba a las tres de la madrugada. Se levantaba en silencio. Tenía lágrimas en los ojos. Se preguntaba qué iba a hacer, si no se mataría. En el cuarto de baño, desnuda como un gusano, dudaba, los medicamentos que el médico le había recetado le tentaban. Tenía que decidirse. O convertir el naciente día en embrutecimiento y languidez, o caminar por el exterior en la lucidez terrible de la angustia y los embates de la fuerza extranjera, por decirlo así, que de vez en cuando se alza al fondo del cuerpo y ocupa todo su volumen. Muy a menudo consentía en el vacío, en la angustia misteriosa: se ponía una camiseta; se iba a correr junto a las olas. O nadaba. Regresaba corriendo y se preparaba un baño caliente.

—Mamá no me quería —me decía.

—A mí tampoco me quería —respondía yo para tranquilizarla.

—Mamá era muy guapa. Pero mamá no nos quería. Detestaba a los niños.

—¿Tú crees?

—Y te diré otra cosa: tenía razón en destestarnos.

La señora Ladon se restableció. Había estado hospitalizada casi un año. Llamó a Claire. Le explicó, por teléfono, que no quería que yo fuese. Claire tomó un aire evasivo y se fue sola a Saint-Malo con el Cuatro L. A veces iba a buscarla para llevarla de paseo en el Cuatro L. Volvió a instalarse en su casa, en Saint-Énogat, al principio de las vacaciones de verano, en 2008, al principio del mes de julio, para recibir a su amiga. En septiembre, la señora Andrée llevó a la mesa del jardín de Saint-Énogat una botella de ouzo, un cuenco lleno de cubitos, otro cuenco azul lleno de pistachos, y un voluminoso formulario de adopción. La señora Ladon ya no podía caminar pero parecía contenta de disfrutar de su jardín, de tumbarse fuera en una silla de ruedas reclinable que se desplazaba con un motor eléctrico. Estaba contemplando las uvas rojas de su viña cuando sufrió un ataque. Volvieron a hospitalizarla. Ya no regresaría a Saint-Énogat.

Tengo que confesar que tras el entierro de la señora Ladon, cuando me enteré de que la señora Ladon había adoptado a mi hermana mayor, no sólo me sentí humillado sino que me volví loco de celos.

Era como si yo hubiera dejado de ser su hermano.

Ya no teníamos la misma madre.

Era como si me traicionase para siempre.

Al menos podía haberme avisado antes que a los hijos de la familia política y los sobrinos de la señora Ladon.

Recuerdo que cuando Claire se instaló en casa de la señora Ladon, en Saint-Énogat, antes de descubrir la landa y la granja, me alegré de disponer del piso de la calle Des Arènes para mí solo. Durante unas semanas incluso había «ansiado» la soledad que iba a recuperar cuando por fin mi hermana volviera a irse de mi casa. Pero, para gran sorpresa mía, cuando se fue a Bretaña, hubo muchas noches en que, al volver a casa, creía que estaría mi hermana. Que yo abriría la puerta y la vería, tan alta, tan grande. Tenía la impresión vaga de que me esperaba. Me alegraba ya tomar el ascensor, llegar al rellano. En cuanto abría la puerta, cuando veía el piso con las luces apagadas, me sentía, sin saber muy bien por qué, decepcionado.

Así que al recuperar por fin la libertad, lo que me invadió no fue la alegría de estar solo.

Lo que se abatió sobre mis hombros fue una forma espesa del silencio.

Y ahora mi hermana tenía por madre a otra mujer que no era nuestra madre muerta.

Aquello era difícil de aceptar.

Peor: ya había sucedido.

Y seguía sucediendo.

Mi hermana me mintió al decirme que había comprado a la señora Ladon la granja que el fuego en la landa había destruido.

Me acuerdo de mi hermana en misa, sentada al lado de tía Guite, las dos con la cabeza cubierta por sendos chales de Barège.

Cuando yo era pequeño, ante el altar, Marie-Claire tenía un asiento a su nombre. Esto me daba mucha envidia. Era un bonito sillón tapizado de terciopelo. Junto al reclinatorio que llevaba el nombre de Marguerite Methuen, tía Guite había hecho colocar un sillón para ella. Cada domingo mi hermana se sentaba a la derecha de tía Guite en su asiento violeta, mientras que yo, los pocos fines de semana en que me daban permiso para salir del internado y tenía derecho a acompañarlas al Minihic, a la iglesia grande, tenía que colocarme aparte, al otro lado del pasillo, con los hombres, donde no tenía ningún asiento ni la más sencilla silla de conglomerado con mi nombre escrito en un rombito de cobre.

Para mi tía abuela sólo existía mi hermana.

Mi tía abuela era muy friolera. Solía llevar sobre los hombros una pequeña piel. Esta piel se abotonaba bajo el mentón, alrededor del cuello. Cuando iba a la iglesia deslizaba su «palatina» bajo el «impermeable», sobre el «cárdigan».

—Si me vuelves a llamar Marie-Claire, te mato.

—Te llamas así.

—No fastidies.

—Chara es completamente falso.

—No es verdad. Mamá me llamaba Chara.

—¡Ya ni siquiera es tu madre! ¡La has vendido por unas monedas!

Claire me miró horrorizada. Se echó a llorar.

—¡Has preferido a una profe de piano que a mamá!

Fue la única vez en mi vida en que me descontrolé hasta el punto de gritarle a mi hermana. Recuerdo que es invierno. Es el oscuro invierno de 2008. Ya ha estallado la crisis de los mercados. He revendido las principales partidas y he desviado a mis principales clientes hacia los pocos colegas que no han escapado a la Amazonia o al Vietnam. Pensaba incluso venderme el piso de París. Todo dependía de la decisión de Jean, que me había escrito una carta tan «católica» que yo no era capaz de entender lo que quería decirme.

Luego vino una tarde glacial de enero (de enero de 2009). Jean vino a pasar una semana en Saint-Briac para el Año Nuevo. Aceptó volverme a ver, recibirme en la rectoría.

Crucé la puerta de la granja. El frío de la landa picaba en la cara. Salí al frío glacial. El cielo estaba encapotado. No había nada de viento. Las nubes permanecían inmóviles sobre el acantilado. Entre ellas había una nubecita muy negra, muy densa, brillante. Me pareció que tenía que seguirla. Estaba como perdida entre las nubes más pesadas. Un negro tan intenso que parecía brillar, llamar, tan deslucido era lo demás. La hierba crujía bajo mis pasos, helada, quemada aquí y allá, rala y blanca, cuando fui por el acantilado a ver a Jean.

En la rectoría de Saint-Briac, bajo los viejos vitrales abarquillados, el monje Malo y el monje Festivus, inclinados sobre la borda, tendían la red para atrapar al dragón de la isla de Cézembre.

En mitad de la pared, la barca negra del mismísimo san Malo.

Al pie de la barca, sin avisar, le tomé de las manos.

Jean vaciló, luego aceptó dejar las manos en las mías.

Estaba un poco encorvado. Ya nunca llevaba sotana. Sólo tenía un *pull* negro de cuello cerrado, unos tejanos negros, calzado deportivo blanco o gris. Los dedos de las manos los tenía amarillos de nicotina. Parecía un poco frío. Parecía de edad indefinida. Pero era más sensual de lo que aparentaba. Lo que llamaban la rectoría, al menos la de Saint-Briac, eran dos cuartos en la planta baja, a la izquierda de la iglesia. Se entraba por la cocina: sólo había una mesa, un infiernillo, un taburete pegado a la pared, un botellero donde metía las botellas vacías. Luego un salón con una hermosa biblioteca que databa del siglo XIX, tres sillones tapizados, dos grandes ventanas que daban al viejo cementerio. Al fondo, una alcoba cuya ventana daba al patio y a la marquesina de los cubos de basura. Él fumaba sin cesar. Cuando las viejas bretonas le besaban el anillo en la calle, posaban los labios sobre dedos manchados de nicotina.

Por encima de su cabeza, cada vez más envuelta en humo, sigo viendo la vieja pintura en donde san Malo, en su barca, acompañado por su amigo, se inclina incesantemente sobre el dragón de Cézembre.

Y, bajo la pintura antigua del presbiterio, vuelvo a ver el rostro delgado y lampiño de Jean, su amplia frente siempre envuelta en humo, sus ojos serios y azules, sus mejillas hundidas y bien rasuradas. Jean tenía cabeza de santo. Caminaba inclinado, rápidamente, con la velocidad furtiva de los hombres de avanzada edad. Sus manos rozaban las balaustradas, las barandas de escaleras, no se apoyaban. La verdad es que andaba muy rápido.

Cuando la parroquia puso una denuncia, Jean fue convocado por el obispo. Lo acompañé al arzobispado. Jean me precedía, andando rápido sobre las baldosas ajedrezadas. Aquel día estaba muy encorvado. Subimos una escalera. Atravesamos dormitorios llenos de jóvenes padres, o de estudiantes, o de seminaristas, atravesamos una biblioteca interminable. Finalmente Jean abrió una gran puerta de dos hojas. Nos encontramos en un comedor particularmente austero. Enormes cuadros cubiertos de hollín, casi ininteligibles, colgaban de las paredes. La mesa estaba preparada para tres personas. Nos quedamos de pie, con un vaso de vino en la mano, esperando al obispo. Conservo un recuerdo maravillado de aquel almuerzo. El obispo nos pidió que fuésemos más discretos. Al final del almuerzo nos bendijo.

# 4

## Juliette

# 1

LA nieve se funde a sus pies.

La muchacha se mantiene un poco inclinada hacia delante, la larga cabellera castaña está recogida en una cola de caballo parduzca, absurda, goteante de nieve fundida. Es muy alta. Es incluso más alta que Claire.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí?

—¿Quién es usted?

—Tu hija. Me llamo Juliette.

Atónita, Claire abre la puerta.

Y deja pasar, y atravesar la cocina, y sacarse la cazadora, y entrar en el salón, y sentarse, a su propia hija.

—¿Cómo ha conseguido nuestra dirección? —pregunta Claire.

—Si lo prefieres, llámame «señorita», mamá. Y en respuesta a tu pregunta, resulta que los dos estáis en las páginas amarillas.

Juliette se ha sentado en el sillón azul.

—¿No quieres que te tutee? —le pregunta, alzando la cara hacia ella.

Claire no responde a la joven.

—¿Quizá no estás sola en la vida? Te molesto. ¿Te avergüenzas de mí?

—Estoy sola. Es Paul, tu tío Paul, el que vive aquí conmigo.

—¿Te molesto?

—No lo sé.

—¿Te avergüenzas?

—No, de eso estoy segura. No siento vergüenza.

—No sientes vergüenza pero te molesto.

—Pues mira, sí, hija mía, molestas.

Claire siguió a la larga cola de caballo que subía la escalera.

—Ése es mi cuarto —declaró Claire.

—¿Puedo dormir aquí? —preguntó Juliette a su madre contemplando la cama de al lado.

—Como quieras.

—¿Normalmente quién se acuesta ahí?

—Mi hermano dormía ahí. Pero ahora se ha instalado en el granero.

—¿Tío Paul?

—Sí.

—No le he visto nunca.

—No.

—En realidad, ¿a quién he conocido?

—A nadie.

—¿Te conozco a ti?

—No.

—Me instalaré ahí.

—Como quieras.

—¿Tienes una toalla para secarme el pelo?

—Sígueme. Te mostraré dónde está el cuarto de baño.

Son las seis de la mañana. Claire entra en la cocina. Se dirige directamente hacia el radio-despertador de Juliette y lo apaga.

—Radio no —dice.

Juliette se levanta de la mesa sin decir palabra. Empuja la puerta de la cocina. Sale a la landa.

Claire se reúne con su hija en la landa. La nieve se ha fundido casi por todas partes. Sólo había que evitar los caminos enfangados. Era mejor caminar por la hierba empapada y los brezales.

La bruma era amarilla.

La masajista del centro de talasoterapia estaba corriendo.

De repente, la joven deportista se detuvo. Se agachaba, recogía leña del suelo, hacía gavillas en los senderos. Las metía en la mochila para encender la chimena, por la noche.

La nieve que se había quedado colgada de las ramas brillaba suavemente.

—¿Qué es lo que quieres, Juliette?

—Llévame a un restaurante y te lo diré.

—No me gustan los restaurantes.

—Entonces llévame a un café.

—¿Cuándo te vas?

—Cuando yo quiera. Y entonces te diré: «Mamá, me voy». ¿Sabes? Yo viví con una mujer que ni siquiera me dijo: «Hijita adorada, mi pequeña Juliette, perdóname, me voy».

—¿Cómo está tu hermana mayor? ¿Cómo está Marguerite?

—Tiene siete hijos.

—¿Es feliz?

—Su marido lleva el negocio de papá.

—¿Todo va bien?

—Ella no quería que yo viniese aquí.

—Pero en lo relativo a ella, para ellos, ¿todo va bien?

Juliette dice muy bajito:

—Si de verdad quisieras saber lo que pasa, mamá, haberte quedado.

Ante ellas, el increíble estrépito del mar.

Juliette ha traído una gaviota. La cura en la mesa de la cocina.

—¿Entiendes de gaviotas?

—Un poco.

—¿Eres veterinaria?

—No.

—¿Qué eres?

—Profe de ciencias naturales.

Claire observa a su hija.

—Tienes gestos muy delicados.

—Es una magnífica gaviota azul.

—¿Vas a darle de comer?

—Sí. Ya que no haces nada, mamá, tráeme lo que encuentres ahora que la nieve se ha fundido. Gusanos, por la marisma. Babosas. Caracoles. Cualquier cosa.

—Al final fuimos las dos al restaurante —dice Juliette—. De repente vi que la pinza —la pinza para romper el caparazón del buey de mar— que mamá sostenía en la mano se puso a temblar.

Entonces la dejó suavemente sobre el mantel.

Se levantó, sollozando. Yo no sabía qué hacer. No comprendía. Quien estaba ante mí no era mi madre. Era una niña que se escapaba, que huía a toda velocidad hacia la puerta del restaurante, que salió volando, que desapareció. La verdad es que en ella huir era una costumbre. Una segunda naturaleza. Luego, sin atreverme a alzar la vista, sentí que en mí convergían todas las miradas de las demás mesas del restaurante de Saint-Énogat. Todo el mundo se había callado. Todo el mundo me miraba. Cuando me volví, vi a un hombre (me dijeron que era el alcalde), su hijo, y su mujer, que almorzaban en familia, frente a una gran bandeja de marisco.

Juliette regresa a la granja.
—Mamá, no te quiero.
—Sí, hija mía.
—Me gusta decirte esto, mamá.
—Sí, hija mía.
—*Ciao*.
—Adiós.

## 2

UN día, a principios de otoño de 2009 (el jueves 1º de octubre de 2009), la señora Andrée llamó a Claire. Le explicó que la señora Ladon había sufrido un ataque. Estaba con ella en la clínica de Saint-Malo.

—Claire, ¿puedo pasarle a la señora al teléfono?

—¿Está usted en su habitación?

—Estaba en el pasillo. Ahora entro. Ya está, ya estoy en la habitación. Se la paso.

Claire oyó una voz muy débil.

—Pequeña.

—Sí —dijo Claire.

—Me gustaría que vinieses.

Y la señora Ladon se echó a llorar.

—Hola, señora Ladon.

La habitación olía a desinfectante, a flores, a vejez, a goma, a polvos de arroz.

Claire le tendió la cajita de la pastelería.

—Le he traído dulces de Saint-Énogat.

—¿De dónde?

—De la que está cerca de la iglesia.

—Has acertado. Es la mejor sin comparación. ¿De qué son?

—Hay de pistachos y de frambuesas.

—Te has acordado. Eres una niña deliciosa. Me mimas. ¡Ah! ¡Soy una mimada!

Le molestaban los tubos en la nariz. No sólo tenía la voz distorsionada por los dos tubitos, sino que además se había apagado mucho. El torso, apoyado en el cuadrante, se veía deformado. Ya no podía mover la cabeza. Claire, para que ella entendiese lo que le decía, tuvo que sentarse en la cama, tomarle las manos, mirarla bien de frente, y articular caricaturescamente con los labios lo que quería decir.

Cuando la señora Ladon le respondía, los dos lados de la boca y los dos carrillos temblaban al tiempo que hablaba.

—¡Cómo me mimas!

Repetía:

—¡Soy una mimada! ¡Mira! ¡Soy como el rey Luis XIV! ¡Tengo una silla con ruedecitas y bebo vino de Bourgogne!

—Yo no quise tener hijos. De verdad que no quería. Nunca lo he lamentado.

Otra vez se puso a lloriquear.

—Hubiera debido tener.

—Me tiene un poco a mí, señora Ladon.

—No, tú no eres mi hija.

Claire se calló de repente. Se retrajo al fondo del sillón de plástico.

La señora Ladon prosiguió:

—¡Con las lecciones de música, de solfeo, de canto y de piano tenía que ocuparme de tantos niños! Pero ya ves, me equivoqué. Hubiera debido tener un hijo. ¡Qué extraño es nuestro cuerpo! ¡Qué edades tan extrañas y descoordinadas nos impone el cuerpo!

Claire Methuen ve a la señora Ladon sentada en su silla de ruedas en el comedor, a la derecha de recepción. Está comiendo. Está en la «mesa de las sillas de ruedas». Una cuidadora sostiene la cucharita y la ayuda a comer. Claire prefiere esperar. De pie, detrás del biombo, junto al mostrador de recepción, espera a que termine la comida.

—Llévame hasta el estanque de los peces rojos —le pide la señora Ladon a Claire Methuen.

La anciana está pálida. Su rostro se ha vuelto inexpresivo. Tiene la mitad izquierda de la boca paralizada. La mano es una garra de pájaro fría al final de un hueso.

Claire la empuja sobre el enlosado rosa del patio.

—Sigue avanzando.

Mira los peces rojos.

Mira el surtidor de agua.

—Me parece extraño seguir viviendo en este mundo.

Claire lleva el pelo más largo que otras veces. Ahora es blanco y lacio por delante. Le cubre los ojos y oculta las lágrimas.

Cuando Claire Methuen volvió, la señora Ladon ya no respiraba.

Entonces la joven acercó la silla de plástico a la cabecera de la cama. Se sentó junto al cadáver de la señora Ladon y se inclinó.

Adelantó la mano.

Tomó la mano fría, tan liviana, en la suya.

Acarició los huesos, tan finos bajo la piel de la mano.

Acarició la piel, tan suave, tan desmenuzable como la *crêpe dentelle*[6], de los muertos.

Acarició uno a uno los dedos tan delgados muertos.

—¿Hola, eres tú, Paul?

—Sí.

—Soy Claire.

—Sí.

—Claire. Tu hermana.

—Te he entendido. Te he reconocido. ¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—Sí, algo va mal. ¿Te acuerdas de la señora Ladon?

—Sí.

—Pues eso.

—¿Pues qué?

Claire no responde.

—¿Se ha muerto? —pregunta Paul.

—Sí.

—¿Estás sola con ella?

—Eso es.

—¿Quieres que vaya?

—Quizá.

En el entierro de la señora Ladon, en la iglesia, en la última fila, a la derecha, en el extremo del banco, Claire se mantiene de pie, invisible, con un pañuelo de la señora Ladon. Está transparente de dolor. El padre Jean, el amigo de Paul Methuen, celebra la misa. Los hijastros y los sobrinos de la señora Ladon han sido colocados en primera fila, ordenados del más alto al más bajo.

—En el entierro de la señora Ladon —dice Paul— hizo un tiempo horroroso. Sobre la tumba, ante la tierra abierta, Jean pronunció sólo estas palabras del Evangelio: «Dios dice: *Salvum facere quod perierat*. He venido a salvar lo que estaba perdido». La lluvia le caía sobre la cara. Llovió a cántaros todo el día. Jean pasó junto a los hijastros y los sobrinos de la señora Ladon. La primera a quien dio la canasta de las rosas empapadas de agua fue Claire. Ella se comportó perfectamente. Hizo todo lo que tenía que hacer, tomó una rosa, y la echó a la fosa abierta. Luego, también ella, a su vez, pasó junto a los hijastros y los sobrinos de la señora Ladon. Le pasó la canasta de las rosas a la señora Andrée. Cuando me tocó el turno a mí, le di la canasta llena de rosas y de agua a Jean, tomé a Claire por la mano, la refugié bajo el paraguas y nos fuimos.

La gente aún no sabía que ella era su hija adoptiva. (Yo tampoco.)

Nadie (aparte de la señora Andrée) imaginaba que ella iba a heredar casi todas las pertenencias de la vieja profesora de piano.

Claire se puso al volante. Mientras el Cuatro L subía penosamente el sendero, nevó de manera abundante. Lluvia y luego nieve, todo se puso resbaladizo. Aparcamos de cualquier manera en el *parking* de las Piedras Tumbadas y corrimos por la landa para llegar a casa.

Al cabo de unos días Claire me dijo que la señora Ladon le había dejado en herencia casi todo lo que tenía. Estábamos volviendo del supermercado. Yo no me lo podía creer.

—¿Marie-Claire? —le pregunté.

—Sí.

—Me gustaría entender.

—¿El qué?

—Temo que estés soñando despierta. ¿Por qué iba tu antigua profesora de piano a nombrar heredera a su alumna?

—Me quería.

—¿Pero por qué lo heredas tú todo? La familia pleiteará.

—En absoluto. Soy su hija.

—No eres su hija.

—Me adoptó.

—¿Te adoptó?

Me callé, perplejo. No daba crédito. Estaba sufriendo horrores.

—¿Quién es esa señora Ladon que aparece de repente, que te adopta, de la que heredas, cuando en más de cuarenta años no me hablaste de ella ni una sola vez?

—Es que tú estabas en Pontorson. Yo estaba bajo la autoridad de tía Guite en la granja del tío, con el tío que me molestaba y con los primos que me hostigaban. A la muerte de tía Guite, la tutela se suspendió. Me encontré sola en la casa de los padres en Saint-Nogat. Por la tarde, al salir de clase, iba a casa de los Quelen. Por la noche me quedaba sola. Tuve un período de intensa vida mundana. Después de los Quelen tenía derecho a cenar con alguna señora. Las amigas de tía Guite se turnaban para no dejarme nunca desamparada. Yo era una reina (lloraba al decir que era una reina), comía pastelillos, *crêpes, crêpes dentelle*, buñuelos de viento, gofres, obleas, *macarones*, galletas. Nada era demasiado bueno para mí. Y los lunes, la señora Ladon hacía pestiños. Los hacíamos juntas. Yo siempre moldeaba las letras iniciales de los nombres de los padres. También hacía Pes, Eles.

Me miró con un aire extraño.

Dije:

—¿Eles de Ladon?

Vaciló.

—Como quieras. Yo las echaba al aceite hirviendo. Mientras, la señora Ladon hacía su especialidad: *zeppole* de Nápoles. Fue mi profesora de piano la que me enseñó a dibujar. Fue mi profesora de piano la que me enseñó a coser. Tenía las manos más bonitas del mundo. Tenía unas manos largas, finas, ágiles, virtuosas, veloces, extraordinarias. Era pequeñita y sin embargo las manos eran muy articuladas, mucho más articuladas que las nuestras. Tocaba el piano como una gran intérprete. Yo siempre esperaba el momento en que me iba a «enseñar» el fragmento.

Tenía el rostro bañado en lágrimas.

—Ponte tú al volante.

—Ya hemos aparcado, Claire.

Salió del coche.

El mar, de un negro intenso, apenas brillaba. El sol de invierno lo sumía todo en una bruma luminosa, gris, lisa, mágica.

Ella contemplaba el mar.

Un surfista vestido de neopreno negro, metido en su ola gris, se deslizaba silenciosamente mar adentro, frente al saliente rocoso.

La dejé contemplar al surfista.

Al volante del Cuatro L, volví a Saint-Briac a encontrarme con Jean.

Después de la tormenta intentaba formarse una especie de bruma al final del bulevar de la playa de Saint-Briac, tan deslucida como el cielo.

La balaustrada del restaurante de Saint-Briac, que se alzaba sobre pilotes, se asomaba a la playa de abajo. Fue allí donde encontré a Jean. Estaba recostado contra la balaustrada, fumando un cigarrillo.

—Nos estamos viendo otra vez. Cada domingo voy a escucharle predicar.

—¿Dónde?

—En alguna de las parroquias.

—¡Me avergüenzas! —exclamaba Claire—. ¡Mi hermanito me avergüenza!

Pero en el fondo estaba encantada de que su hermano fuera feliz.

—Jean ha pronunciado un sermón muy bonito sobre las palabras de Santiago: «Vuestra riqueza está corrompida, vuestros vestidos apolillados, vuestras monedas de oro y de plata se han herrumbrado».

Fue entonces, después de aquel sermón, cuando Jean se instaló en la granja.

Claire está ante el gran armario bretón, en el dormitorio de la señora Ladon. Le pasa a Fabienne Les Beaussais una pila de cárdigans que ésta mete en una bolsa de viaje de cuero completamente nueva.

Claire vacía los dos estantes de vidrio del cuarto de baño.

—¿Qué vas a quedarte? —le pregunta Fabienne.

—Abajo voy a mantener el rincón de los papiros. Quizá algún día esas plantas acaben por gustarme. A ella le gustaba mucho ese rincón. Era el rincón que reemplazaba el piano de las clases. Si estuviera el piano, me hubiera quedado el piano.

—Yo, en cambio, me hubiera quedado con las películas y el lector de DVD.

—Quédatelas.

—No, qué va. Tú las veías con la señora Ladon.

—Era por complacerla. Yo prefiero caminar. Todas las imágenes me aburren. Quédatelas.

—No.

—Cógelas, te digo. No sé por qué, yo prefiero con mucho ver las cosas en directo. Incluso me parece que destesto la imagen de las cosas.

—¿Y la señora Andrée?

—La señora Andrée ya se ha llevado todo lo que ha querido y además se quedará el dinero que saquemos de lo demás. Ya lo hemos hablado. Sabes, en el fondo creo que nunca he ido al cine, ni una sola vez en mi vida, por gusto. Cuando tenía trece años, cuando tenía veinte, iba para que me dieran besos, pero aquél no era un placer de imagen. En el fondo el problema es que en el cine todo me parece falso. Pienso que todos los actores actúan muy mal. Es lamentable. Esa impostura me angustia.

—Bueno, pues entonces nada, me las llevo.

Todas las puertas del autocar se abren simultáneamente. Es el peregrinaje. Las niñas, con las manos juntas, en fila india, incómodas, envaradas en sus uniformes, fingiendo rezar, entran en el cementerio.

Claire recula.

Las sigue un grupo de monjas.

—¡Qué bonito! —dicen las niñas ante las tumbas lúgubres.

Claire al principio se mantiene apartada de la tumba de la señora Ladon. Luego piensa: «Los niños tienen razón. Los árboles son hermosos».

Entonces se sienta sobre una tumba. Mira a las niñas que pasan en fila india delante suyo. Alza los ojos a las ramas. De repente se levanta. Tiende las manos a las ramas. Sacude una rama. Hace caer los frutos maduros y las semillas. Saca el pañuelo del bolsillo de la chaqueta, lo despliega, mete en él las semillas. Se las llevará a casa de la señora Ladon, al jardín de Saint-Énogat. Las sembrará en el jardín. Cuando vuelva la primavera germinarán.

Y también las planta en secreto en la landa. Y es así como empieza a apasionarse por las flores y los arbustos y la landa entera se convierte en su jardín. Todas sus caminatas crecen alrededor de ella. «Pasaré por aquí. Pasaré por allá. Pensaré en este sitio. Pensaré en aquél. Poseeré un poco de la belleza de aquí. También poseeré un poco de la belleza de allá.» Todas esas bellezas estarán vivas. Todas las cosas bellas viven. Se decía: «Todas las cosas vivas son recuerdos. Todos somos recuerdos vivos de cosas que fueron bellas. La vida es el recuerdo más conmovedor del tiempo que ha producido este mundo».

# 3

DURANTE toda la primavera, el mal tiempo azotó la landa y el acantilado. Trajo consigo oscuridad, lluvia a mares, nubes bajas y negras.

Ya nadie salía a la mar.

Ya nadie se aventuraba a las escalinatas o a salir a las terrazas.

Para Claire, 2009 pasó como una pesadilla.

—La crisis se cargó mi trabajo —dice Paul— y me enamoré de esta granjita que mi hermana heredó de su antigua profesora de piano. Yo hacía todo lo posible para hacerla más estanca, más salubre. Planté bambús y sauces tanto para esponjar el agua como para repoblar el bosque de avellanos que se incendió. Los bambús ahogaron a los sauces. Creé un huerto-jardín en que se mezclaban flores y matas de salvia, de tomillo y grosellas. Claire no quería que cortásemos las flores. Suprimió los floreros. Compré una piedra de cocina. La conecté a un enchufe. Asaba los pulpos en la mesa del jardín. O vieiras. Las hacía saltar —gritar— sólo un segundo, sólo para matarlas, sobre la piedra ardiente.

Claire decía:

—Tía Guite levantaba las placas circulares de la cocina de madera y carbón con un gancho de hierro. Ella también asaba la carne directamente sobre las placas.

Yo le respondía a Claire:

—Tía Guite era una imbécil. No me gustaba nada. Sólo te quería a ti. Me lo tenía todo prohibido.

—¿Qué cenaremos hoy?

—Una sopa de almejas.

Tía Guite a las almejas las llamaba *rigadelles*.

—Y una sartén de moras negras puestas un segundo al fuego.

—Eso es la felicidad —dice Claire.

—Por fin mi hermana dice algo con pies y cabeza.

Cerca de la marisma había un establo. Hice derruir el establo para disfrutar de la visión del bambú proliferante.

Claire puso en alquiler la casa que la señora Ladon poseía en Saint-Énogat.

Aquí ella ya no tenía miedo. Le gustaba andar por la noche. En cuanto la envolvía la oscuridad se sentía segura. Le gustaba sentir en el rostro el aire fresco de la noche, sentir que se deslizaba por su ropa y que le revolvía el pelo, estar completamente envuelta en la noche, cerca de su amor, cerca de la idea de su amor, en el rumor del mar, en el olor del mar.

Paul abrió el molde de gofres.

—Eres un cerdo. ¿Cuántos kilos vamos a engordar? ¿Cuatro kilos?

Él extendía cuidadosamente mantequilla por el interior del molde.

—¿Qué estás haciendo?

—Un pastel de ciruelas.

—Ocho kilos.

—¿Y qué? Eso es lo que pesas —murmuró Paul.

Claire dijo:

—No comprendes que quiero estar guapa para él en la playa.

—Un esqueleto. Un fantasma blanco en la playa.

—Yo le gusto así.

—¿Blanca?

—No. Fantasma.

Una noche Paul la sorprende bajo el porche junto a la farmacia, con la capucha puesta. La capucha está toda cubierta de nieve.

—¿Qué haces aquí?

Claire se acurruca contra él.

—¿Aún estás con eso?

—¡Cállate!

Está angustiada. Con el mentón le muestra las ventanas encendidas.

—¿Y qué? —pregunta Paul.

—Son sus ventanas.

—Vive en Saint-Lunaire.

—No siempre.

—Ven.

La toma del brazo.

Ella se suelta.

—Déjame, Paul.

Le rechaza.

—Vete.

Paul se va furioso.

—Lo más bonito del invierno —decía Claire— es el sol. Es lo que la señora Ladon llamaba «claros de sol». Caminar en los claros de sol glaciales de invierno, bajo el cielo puro, vacío, dejar que el aire tan puro y tan duro penetre en los pulmones.

Cuando sale el sol, él saca la barca.

Observarle reluciente de sol.

Un día las hojas de todos los árboles que se quedaron bruscamente desnudos se acumularon sobre la arena. Desplazadas a cada soplo del viento, se amontonaban en la cala de donde salía la escalinata de cemento que llevaba al búnker. Luego las hojas desaparecieron.

El 24 de diciembre de 2009 Juliette pasó. Parecía cansada.

—Por tu culpa he ido a ver a Marguerite. Todo el mundo está bien. Siguen siendo igual de ricos, igual de numerosos, no tienen problemas, los hijos trabajan bien…

—No es que les ames con locura.

—No, no les veo mucho. Sabes, papá ha muerto.

—Me lo imaginaba.

—¿Cómo que lo imaginabas?

—Si no, no habrías venido aquí.

La abraza.

A la mañana siguiente la acompaña a Saint-Malo en el barco de las islas.

A causa de las diferentes paradas del transbordador, la travesía dura casi una hora. Llueve. Juliette tiene frío. Vuelve al interior del barco.

Pero a Claire los espacios cerrados la angustian. Se queda fuera, el rostro batido por el aire salado, el aire mojado, en el ruido de las gaviotas que aúllan volando en círculos. Se echa atrás la capucha marrón. A lo lejos ve La Clarté. Mira la costa, el mar blanco que rompe contra ella. Contempla a la inversa todos sus trayectos, los caminos, las escaleras, las calas, los pájaros, sus nidos.

En Pascuas de 2010, ella estaba fuera, en la plaza de Saint-Énogat. Le miraba por la ventana del restaurante.

Simon salió del restaurante.

Ella estaba justo delante de él, junto al vendedor de periódicos, con la mano apoyada en el tronco del roble. Él se acercó. Ella adelantó la mano y le tomó suavemente del brazo. Él quiso hablarle, pero renunció, y hundió el rostro en su cabellera, en el ángulo del cuello, y la abrazó.

Luego Simon se fue sin decir ni una palabra, se alejó, pasó ante la fuente de Jules-Verne, bajó hacia la playa.

Cuando empezó a hacer buen tiempo, Paul sembró un césped que iba desde el sendero de los pescadores, al norte, hasta la carcasa del camión Citroën. Paul hizo venir al granjero de La Tremblaie para que echase un volquete de tierra nueva en el agonizante huerto y que le explicase cómo resucitarlo. Entre los dos, removieron la tierra. El tío Calève le enseñó a cortar y a acodar las ramas. Con la fruta, volvieron los pájaros. Claire adoró ese huerto. Cada mañana lo cuidaba. Cultivaba tomates amarillos, perifollo, perejil. Le pidió a Paul que instalase un grifo en el exterior de la casa. Una larga manguera amarilla corría hasta las tomateras. El tío Calève se encargó de disponer los perales junto al muro que cerraba el huerto y que protegía de las tempestades que venían del mar a cincuenta metros de allí, al borde del acantilado vertical sobre la bahía.

Una mañana, ella abrió la puerta y había llegado el verano.

Se acuclilló al sol cerca de la pequeña palmera excelsa.

Estuvo viéndole atravesar la bahía en su lancha.

Le observaba desde lo alto de la roca.

Él cruzó la parte baja de la playa de Saint-Énogat hacia donde había dejado la lancha blanca de la farmacia. Empujó la lancha. Se embarcó. Puso el motor en marcha. La lancha partió a toda velocidad sobre el oleaje, saltando de ola en ola, un poco como un fueraborda.

Ella se sumió cuanto pudo en la sombra del muro. Quedaba oculta en el muro por la masa de granito, pero le veía mientras él se encorvaba.

Estaba pescando.

Luego, recogió la cadena y alzó el ancla, con la mirada fija en el fango negro que se arremolinaba alrededor del ancla en el agua oscura.

Ella alzó la vista.

A todo lo largo de la planicie que llevaba al acantilado, al oeste, se extendía un campo de girasoles. Al atardecer era un paisaje maravilloso, una frontera de oro.

Un inmenso portacontenedores de casco naranja dejó atrás la isla de Cézembre.

Había llovido. El aire no era del todo translúcido. Era denso y blanquecino. Hacía fresco. Todo estaba luminoso.

A la espalda de Simon, que manejaba el timón de la lancha de motor, la bruma subió poco a poco y se mezcló con el sol.

# 4

EL 26 de agosto de 2010, la lancha vacía en el mar.

Claire desaparecida.

El domingo 29 de agosto de 2010, el cuerpo maltratado por el mar y un poco devorado por los peces en una marisma de la playa.

El domingo 29 de agosto de 2010.

—Abrí la puerta —dice Paul—. Los dos gendarmes me conocían. Me miraron con tristeza.

—¿Claire?

Negaron con la cabeza.

—Se trata del alcalde de La Clarté.

—¿Simon?

—Sí.

—Se ha encontrado el cuerpo del señor Quelen frente a la gruta de la Goule.

Paul y Jean volvieron a encontrarse a Claire sentada bajo la lluvia justo a la altura del monumento dedicado a los hermanos Lumière. La ayudaron a levantarse. Paul la forzó a caminar hasta la casa. La arrastraba de la mano. Estaba empapada.

—Simon se ha matado.

Temblaba. La llevó de la mano hasta el cuarto de baño. Jean les dejó (era domingo, aún tenía que oficiar dos servicios, en dos parroquias, en la costa). Paul preparó la bañera. Le sacó el chandal por arriba. Hasta el sujetador estaba empapado. Se lo quitó. Tiró para sacarle también el pantalón. El pantalón y las braguitas, saturados de agua, salieron juntos. Le sorprendió verla depilada. Tan larga y blanca. Era de una belleza que uno no se podía imaginar cuando la veía caminar todo el día por la landa: una belleza muy sencilla, brillante de agua, desnuda, blanca. Con una toalla le secó el rostro, los senos pequeños y brillantes, las costillas, el vientre hundido y pálido. No podía evitar que le pareciese muy bella. La llevó a la cama. Abrió el embozo, le puso una manta, remetió las sábanas, apagó la lámpara de la mesita de noche, pero dejando la puerta del cuarto abierta y la luz del pasillo encendida. Subió a la salita-despacho-alcoba que se había hecho en el desván. Tomó los auriculares. Puso un disco.

Intentaron decir que fue un accidente. Simon se había metido en una corriente de marea. La barca era vieja. Se había partido. Había zozobrado inexplicablemente. Y fue a causa de esa corriente como el cuerpo había sido arrojado tan rápido a la costa, en el Anse-au-Genêt, etc. (En realidad él iba en la lancha de motor.)

—Más tarde, mucho más tarde —dice Paul—, mucho después de la cena, en la que no comió nada, vi que tenía los ojos llenos de lágrimas y que se esforzaba en reprimirlas. Yo hablaba de cualquier cosa para evitar que ella hablase, pero ella me miraba con el mentón tendido hacia delante. Yo notaba la emoción que crecía en ella. No sabía qué hacer para evitar que se desbordase y me alcanzase. Detesto las confidencias. Detesto los sentimientos expresados. Los labios, que se habían hecho muy finos y pálidos, temblaban de dolor. Tenía los ojos extraordinariamente abiertos, la mirada era un poco loca, «lo he visto todo», murmuraba, se acurrucó contra mí y por fin se puso a llorar toda su embriaguez:

—Se metió él en el agua.

—Deliras.

—Me hizo un pequeño gesto.

Sentía sus lágrimas correr por mi cuello. No la creía. Acariciaba sin cesar la vieja espalda de mi hermana.

# 5

## Voces en la landa

# 1

## JEAN

Yo amaba a Paul pero no estaba para nada celoso de Claire. El mundo de Claire tenía muy poco que ver con el de Paul. Yo quería a Paul y admiraba la pareja que formaban hermano y hermana. Me maravillaba la solidez del vínculo que les unía. Hiciesen lo que hiciesen el uno o la otra, nada podría alterar el cariño que se tenían. Ni el hermano ni la hermana querían examinar nada de lo que el otro hubiera hecho en el curso de sus trabajos, matrimonios, renuncias, divorcios. Y sobre todo, en ningún caso hubieran pretendido juzgarlo. El sentimiento que reinaba entre ellos dos no era amor. Tampoco era una especie de perdón automático. Era una solidaridad misteriosa. Era un vínculo sin origen, en la medida de que ningún motivo concreto, ningún acontecimiento, en ningún momento, lo había decidido así. Claro está que siendo niños habían compartido escenas crueles, penas y duelos, habían llorado juntos, pero entre ella y él no había ningún pacto premeditado. Incluso, al principio de sus vidas de adultos, se habían ido haciendo indiferentes recíprocamente, e incluso un poco hostiles, por razón de las diferentes decisiones que habían tomado en relación con su infancia. Pero con el paso de los años habían descubierto una complicidad. Ésta fue creciendo. Era una fidelidad que se impuso sobre ellos y que según iba pasando el tiempo tenía la particularidad de desbaratar toda complicación de amor propio, de suspender cualquier crítica, de no suscitar jamás la menor irritación del uno contra el otro.

Del otro, lo aceptaban todo, incluso lo que no comprendían.

No se preocupaban de buscar los motivos. Se limitaban a apoyarse. Incluso aceptaban los caprichos del otro más espontáneamente que los propios antojos.

En las iglesias, antes de comenzar el oficio, alzo la vista y contemplo a la gente a la que nunca veo haciendo la compra ni en el mercado ni en el puerto.

Siempre es un misterio.

Gente a la que no se ve en ninguna parte, se reúne en las iglesias.

En la capilla de Notre-Dame de La Clarté hay una hermosa Virgen con el «Niño visible». Hay que entender el bretón. Visible quiere decir desnudo.

A veces, cuando un hermano y una hermana no se odian, se quieren más que los enamorados. Desde luego, son más constantes y más fiables que si les animase el deseo. Además, la riqueza de sus recuerdos es muy superior a la que puedan tener los amantes. Además, el hermano o la hermana conoce lo más viejo, lo más pueril, lo más torpe, lo más ridículo, lo más extravagante, lo más bajo del otro. Han asistido a las pasiones más intensas, que son las primeras, porque las heridas más vivas son las que no se pueden prever porque se ignora que existan, esas frente a las cuales uno no tiene nada para defenderse, las más irreconocibles, las que surgen en la línea fronteriza del origen.

Un día de 2009, en verano, en un mercadillo que yo había organizado ante la iglesia de Saint-Briac, Paul compró una antigua pizarra decorada. Se la regaló a Claire, por su aniversario, el 26 de agosto.

—Mira —le dijo tendiéndole el paquete envuelto en papel de periódico. He encontrado una verdad para ti.

Ella la tomó. La desenvolvió. La contempló.

—Paul, esto no es una verdad.

Acariciaba la vieja pizarra.

—Es maravillosa —dijo—, te lo agradezco mucho, de verdad, pero no es una verdad.

—Entonces, ¿qué es esa mujer que sale de un pozo?[7]

—No es un pozo, es una tumba —(ella le enseñó con el dedo la línea grabada en el corte superior de la pizarra)—. Es un día del Juicio Final. Es una mujer resucitada que levanta la piedra de su tumba.

—Yo no quería —dice Paul—, no había pensado…

—No, al contrario, es maravilloso, Paul. Es genial. Resucito.

Ella solía comer hayucos, pequeños, blancos, frescos, crudos, astringentes, deliciosos bajo su corteza en forma de mitra de obispo.

Es lo que más le gusta del mundo, aún más que el buey de mar, y eso que le gustaba muchísimo, y al que llamaba *houvet*.

Al envejecer, Claire se puso a recoger las frutas de los árboles. Las amontonaba sobre hojas de papel de periódico sobre la cocina (Paul ya no la utilizaba, se había pasado a la cocina japonesa). A todo lo largo de la cocina de hierro colado podían verse las bolas rojas de acebo (hay que decir que en bretón *quelen* es acebo).

Los erizos picantes, entreabiertos, apergaminados, de los castaños.

Los helicópteros de los sicomoros.

Las vainas rojizas del fresno.

La cáscara leñosa de la nuez y su carne aceitosa y marfileña.

Las peonzas de los nísperos.

Las avellanas rodeadas de su cuello verde pálido.

Los glandes de los robles un poco carmesíes cubiertos con su cúpula oscura.

Las gálbulas negras de dos cipreses que habían sido plantados en el nuevo cementerio del Décollé.

Los conos azules y velludos y todo cubiertos de polvillo de los enebros.

Era su diario íntimo. Eran sus caminos.

Paul apenas llegó a conocer a su padre. No recordaba nada de él. Esto le hacía sufrir, hablaba poco de ello, pero de todas formas a mí me hablaba con cierta frecuencia. Los Methuen eran de Saint-Cast-le-Guildo. Descendían de John Methuen. Los tatatarabuelos de Paul conocieron a los hermanos Lumière cuando residían allí, en verano. Les alquilaban algunas de las casas que habían edificado. Fue en la gruta de la Goule aux Fées, encima de La Clarté, donde Louis y Auguste Lumière, durante el verano de 1877, tomaron las primeras fotografías en color del mundo. Mi amigo, un día que pasamos por el acantilado sobre Saint-Énogat, me hizo bajar al interior de la gruta de la Goule.

Y fue cerca de allí, no en el mar, sino en una marisma, con marea baja, donde se encontró, descoyuntado, un poco devorado por los cangrejos, un poco desgarrado por las rocas, un poco mordisqueado por los peces, el cuerpo del alcalde del puerto de La Clarté durante el verano de 2010.

Según la leyenda bretona, las *goules* o las hadas han sido mujeres desdichadas. Las hadas son las rocas que lloran en las olas a los muertos, a los que ellas destrozan, a los que desgarran. Cuando una roca llora en su ola, el hombre, que tiene aún la suerte de estar en este mundo, debe detener su camino marino. Tiene que mirar atentamente a la roca que llora, tiene que saludarla, preguntarle cómo se llama. Esto calma poco a poco su grito, o más bien su dolor.

Entonces el ruido de la resaca se hace más tenue.

Es el espíritu de Pentecostés.

Al preguntarle al aullido cómo se llama, parece que éste pierda algo de su dolor y se apacigüe.

—Es como la plegaria —dice Paul.

—Sí, es exactamente lo que antes se llamaba una «oración».

—Entonces, mejor decir «hada». Prefiero hada —dice Paul.

Pero yo ni escucho las burlas que Paul me dirige periódicamente.

De repente pienso que los turistas a veces deben de preguntarse, al ver a la hermana de Paul con la cabellera blanca al viento: «¿Quién es esta vieja que habla con las olas y a la que las olas parecen responder?».

Creo que a la hermana mayor de Paul Methuen le gustaba sentir ese tiempo muy antiguo que leemos en las rocas, ese tiempo que se anima en el sol, ese tiempo que precede a la vida, ese tiempo que levanta las olas del mar, ese tiempo del que habla continuamente Jesús, tiempo del Adviento, tiempo que está llegando y que nunca está aquí, tiempo que se desorienta a sí mismo en el viento de los astros que le empuja, tiempo que se pierde sin fin, pérdida que se desborda mucho antes de su momento, mucho antes del cálculo de su velocidad, mucho antes de la acumulación de sus vestigios, perspectiva desprovista de horizonte que se hunde en el infinito, éxtasis enviando sin fin su extraño polvo al cielo.

Dios es tan antiguo…

Dios es tan antiguo en el pedazo más pequeño de liquen, en la uña que lo arranca, en el ojo redondo, fruto del sol, que se acerca a él.

Dios cada vez es más viejo.

Se eleva en una especie de bruma porosa, que es más frecuente al alba.

Se hunde en la hendidura abrupta que las olas llevan tanto tiempo cavando en la superficie del mar.

Es verdad que la masa líquida del océano y su vapor húmedo son muchísimo más arcaicos que las pieles sobre los animales, que las cortezas en los árboles.

Y, a fortiori, que las lenguas de los hombres.

Yo pensaba que para Claire se trataba de arrodillarse en las rocas, de meditar en las rocas, de hacer compañía al amado pasado para hacerle volver, de encenderlo como una llama.

Ella era esa llama rubia y blanca prendida en su zarza.

Ella hacía arder el pasado en sí mismo, como hacen las estrellas, que también son, sencillamente, el pasado en llamas.

Se trata, en el fondo del alma, de volver a sumir todo cuanto ocurra en la más antigua combustión, que, desde el fondo del cielo, avanza hacia nosotros.

Las colinas están transidas de alegría, dice Dios.

*Exsultatione colles accingentur.*

Y el hermano y la hermana avanzaban entre las aulagas espinosas y amarillas, en la maleza, en las avenas, en las retamas, en la hojarasca, entre las cañas de bambú, ebrios de felicidad, de luz, de aire fresco, de sol.

El cielo estaba despejado, profundo y azul.

Sobre La Clarté, cerca de las piedras, parecía de verdad infinito.

Aunque Claire dominase decenas de idiomas, decía flores y ya está. Flores de la cornisa. O flores de las rocas negras. Paul, como buen alumno, decía los nombres sabios, latinos, ingleses. Yo también, aun sin ser tan sabio como él. En cambio, la hija de Claire, Juliette, sabía nombrarlo todo de manera auténtica, sabía traducirlo todo a los nombres comunes, accesibles a todo el mundo. Decía albercoque, botón azul, silene. Sobre las rocas grises decía telefio amarillo. Decía ciruelo, borraja, escaramujo, alheñas. Me lo mostraba todo y me lo enseñaba todo. Decía festuca roja, aulagas, armuelle. Me gustaba la alta Juliette como profesora de ciencias naturales. La escuchaba con un placer infinito hablar y nombrar de una forma tan sencilla y tan segura. Dios es verdaderamente el Verbo. Todo, sin excepción, incluso lo más bajo, una vez nombrado, aumenta su existencia, acentúa su independencia, se hace suntuoso.

¿El último recuerdo que tengo de Claire Methuen? Camina haciendo equilibrios, sobre la pared de cemento que cierra el vivero de los bogavantes.

Caminaba sin cesar pero caminando no «engañaba» a su dolor. Caminar no borraba el duelo por Simon. Caminar no consuela. Caminar hace pensar. Cada paso argumenta. Cada rodilla que se alza, que empuja la sotana, que abre el aire, lleva una pregunta que se plantea, también ella, en el interior de la cabeza. Caminar traza algo en el lugar, abre algo en el tiempo. Ella hablaba en voz baja entre las aulagas. La hermana de Paul pasaba por estar un poco loca. En realidad meditaba. Creo que la hermana mayor del hombre al que yo amaba intentaba comprender algo que era completamente inaccesible a su hermano. Creo que ella estaba descubriendo un rostro que él y yo ignorábamos. Claro está que no quiero decir que Claire Methuen creyese, como yo, en Dios. Quizá ella hubiera preferido decir que estaba examinando atentamente lo que la aplastaba. Quizá a eso lo podemos llamar existir. Luego dejó de examinar lo que la aplastaba. Poco a poco contempló lo que la aplastaba.

Al mirarla, yo pensaba que, al contrario de los hombres —por lo menos al contrario de los homosexuales entre los que tengo que contar a Paul, y a mí, y al mismo Dios (por lo menos la mitad de Él, ya que nos ama a todos y nos ha hecho a todos)—, las mujeres no desean a los hombres como los hombres se desean entre ellos.

Las mujeres no son verdaderamente sensibles a la belleza increíble de su sexo.

Las mujeres tampoco seducen a los hombres para sustraerles el poder, ni para ejercerlo bajo mano, ni para domesticarlos, ni para sacarles su dinero, ni para adquirir lo que desean.

Las mujeres ni siquiera quieren hijos de los hombres a los que abrazan para reproducirlos, ni para reproducirse a ellas mismas, ni con el proyecto de saciar su venganza lanzando a sus hijos a la conquista del mundo.

Las mujeres ni siquiera pretenden de los hombres una casa en la que aburrirse con ellos y donde envejecer.

Las mujeres necesitan a los hombres para que ellos las consuelen de algo inexplicable.

Sólo ahora, después de haber vivido tantos años con Paul y junto a Claire, me digo que el camino que ella había emprendido era más el camino de otro mundo que el camino de su amor.

Matorrales, acantilados, calas, rocas, grutas, islas, barcas… Claro, eran sitios transitados por Simon Quelen, pero la presencia de Simon ya no era necesaria.

Los signos, tan bellos, de su afecto, más allá de su belleza, trazaban en el espacio una especie de camino.

Un día tuve el valor de hablar a solas con Claire Methuen:

—Fabienne me ha dicho que Paul y usted tuvieron una hermana pequeña.

—Es verdad.

—Y que murió en el accidente de coche que se llevó a sus padres.

—Más o menos así fue.

—Pero Fabienne me dijo que no fue un accidente.

—También es verdad.

—Entonces, ¿qué pasó?

Claire no respondió enseguida. Se incorporó. Fue a la ventana.

—Nuestra madre había decidido irse. Papá no quería y aceleró con el coche hacia el acantilado, pero el antepecho de cemento resistió. Papá y Lena murieron en el acto. Paul y yo sobrevivimos. Mamá también, a decir verdad, y luego se suicidó. Pero Jean, no le diga nada a Paul. O si no, dígaselo, me da igual. Pero Paul no lo sabe. O no quiere saberlo. Creo que nunca ha querido saberlo.

El Dios de Claire era muy violento. Era el mismo Tiempo. Ella no lo ocultaba. Cuando todo se volvía oscuro, cuando todo comenzaba a precipitarse y a rugir y a tronar y a aullar, me decía:

—Venga conmigo. Me gusta el espectáculo que ofrecen las lluvias violentas, las tempestades, los huracanes. Póngase el impermeable de Paul. Venga, Jean. A Paul siempre le ha dado miedo.

Las tres grandes Piedras Tumbadas en dirección desde la capilla hacia el promontorio sobre el mar no eran cristianas. Eran mucho más antiguas que el mundo cristiano. Pero en una de esas piedras habían grabado los símbolos de la Pasión de Jesús. En otra había un hacha rodeada de serpientes o de olas.

Al final del día el horizonte se pone rojo.

Ella estaba sentada fuera.

Sacaba una silla de la capilla y la ponía delante de la capilla.

Yo le había hecho una llave de la capilla de Notre-Dame de La Clarté so pretexto de que le pusiese flores y la cuidase. La vi un día que subía por la interminable escalinata de La Clarté, después de celebrar la misa en la iglesiuca del puerto. Estaba medio dormida. Se había puesto sobre las rodillas un tartán escocés. No quise molestarla. La miré de lejos, sin hacer ruido. Paul, el tío Calève, Juliette, la señora de Correos, la observaban a menudo, como yo, sin molestarla, sin sentarse a su lado, cuando miraba el agua del mar, la línea del horizonte, la frontera misteriosa donde a veces el mar y el cielo parecen tocarse o fundirse.

Seguí su mirada. Pero aquel día lo que ella observaba no era el horizonte, era, otra vez, la gran roca azul que aflora del agua, que surge del agua gris, que yergue sus puntas tiesas, rosas y pardas, esparcidas sobre la superficie del agua.

Pocas olas.

El cielo estaba completamente amarillento.

El aire era templado.

Yo miraba sus viejas manos quemadas por el sol y la sal, apretadas sobre el tartán.

Se convirtió en una verdadera bretona. Plantó hortensias por todas partes, en los alrededores de la granja, por los caminos de arena cuando los baches eran demasiado profundos, para absorber la humedad, y el agua de los canalones cuando llovía, y el agua de los regatos que se estancaba junto a las rocas de granito azul y que formaba pequeños remansos.

Al anochecer, se echaba de nuevo a caminar por la orilla del mar antes de volver con nosotros. El sol se deslizaba lentamente por el agua oscura. Ella seguía vagando fuera. Hacía zigzags entre las conchas, sobre la arena mojada, a lo largo de los tirabuzones de la menor ola. De repente, nos contó un día, oyó un canto.

Se detuvo.

No era una melodía que viniese del mar. No era Dios que, desde lo alto del cielo, se dirigiese a ella. Era

una voz de mujer. De una joven, de una mujer muy joven, dijo volviéndose hacia Paul. Y venía de tierra firme.

Caminó resueltamente, lentamente, atentamente, en dirección a la voz cuyo origen se perdía en el ruido de las olas, en el momento de la resaca. Atravesó toda la extensión de arena y de rocas que se extendía hacia el oeste. Se encaramó a las últimas peñas de granito gris. Descubrió una brecha abierta en las rocas más altas. Era verdaderamente una brecha en el liquen rosa. Había que esforzarse para colarse entre las paredes de arenisca. Se deslizó. Aunque era tan delgada, tuvo que retorcerse mucho para conseguirlo.

Desembocó en un sendero que serpenteaba, escalonado, por la vertiente este del acantilado.

El sendero era estrecho y estaba lleno de hierbas, obstruido por los matorrales. Se anudó las correas de los talones de las alpargatas para avanzar por la paja, los rastrojos, las piedrecitas. Había muchos abrojos. Los evitaba prudentemente. Llevaba una faldita de algodón gris que no le protegía las piernas desnudas de las espinas, y sobre todo de las puntas candentes de las ortigas. Avanzaba en el anochecer que caía, hacia el oeste, en dirección al canto, hacia la luz, tan dorada, tan hermosa. Levantó una barrera cubierta de oro. Tuvo que hacer un violento esfuerzo para desplazar el pie de la barrera por encima de los hierbajos que lo trababan. Después de pasar aún tuvo que hacer un esfuerzo mayor para devolverlo a su sitio, en el hoyo de barro seco. Volvió a colocar la argolla de hierro alrededor del poste. Miró las hierbas mezcladas con aulagas, la floración de arcilla, la marisma, un parque que se extendía delante de ella. Avanzó, avanzó hacia la casa del acantilado. Un amplio césped lleno de baches de arena subía hacia ella. La contraventana estaba completamente abierta. De ahí procedía el canto. La música era cada vez más fuerte. Al mismo tiempo que crecía en intensidad le iba pareciendo más hermosa. Había un hombre tocando el violoncelo, de perfil, frente a la mujer, que estaba casi de espaldas y que cantaba hacia ellos. Otra mujer, de más edad, de mucha edad, estaba al piano. Los músicos la vieron por la contraventana abierta cuando ella estaba cruzando el césped. Siguieron tocando. Les sonrió y entró. El hombre del violoncelo le señaló, con un gesto de la cabeza, el sofá. Se sentó en el sofá. Cerró los ojos.

## 2

# JULIETTE

Mi madre era alta, muy delgada, tenía la frente abombada, las mejillas hundidas, los ojos pequeños, nerviosos, llenos de ansiedad. En cierto sentido era guapa. Andaba magníficamente.

Tenía un porte, un andar, magníficos.

Cuando estaba enfadada no alzaba la voz pero su rostro palidecía, se hacía casi azul pálido, una tenía miedo de que se muriera, de tan translúcida, cardíaca, brillante, y obedecía.

Casi domesticó a los cormoranes negros. No sé cómo se lo hacía. Venían a saludarla, con su pequeño penacho.

Mamá sólo quería salir fuera. Desde el incendio que destruyó el cuerpo principal de la granja donde vivía, años atrás, los sitios cerrados la enloquecían. Bastaba con que la puerta estuviera cerrada para sumirla en una especie de apnea. Aunque el lugar estuviera aireado, y fuera luminoso, si no había por lo menos una ventana abierta de par en par se sentía encerrada. Odiaba las casas de los demás, los salones de los restaurantes en invierno, las salas de cine todo el año, las salas de terapia del centro de talasoterapia, las piscinas cubiertas.

Prisión por todas partes, impaciencia por todas partes, angustia por todas partes.

No podía subir ni en los 403 ni en los Volkswagen.

Recuerdo a mi tío Paul, de rodillas ante el vendedor de periódicos: está observando, en la palma de su mano, el candado azul nuevo que sujeta la rueda de su bicicleta.

Me acerco. Le pregunto qué pasa.

—Me he olvidado de la combinación —responde mi tío.

Parece confuso.

Le digo:

—Prueba con la fecha de nacimiento de mamá.

El candado se abre.

No se hablaban mucho. (Cuando el cura no estaba, mi madre y mi tío no se hablaban mucho.) A menudo, después de la caída de la noche, se quedaban sentados fuera, en las sillas del jardín, juntos. No hacían gran cosa. Miraban el mar o las nubes. Se cogían de la mano. Cuando uno se quedaba dormido el otro le despertaba, le tiraba de la mano, y entonces se iban a dormir.

Cuando estaba el cura, no había que olvidar las «galletas de Saint-Malo».

Paul me gritaba: «¡No te olvides de las *crêpes dentelle* de Loc Maria para Jean!».

Me acuerdo de mi tío Paul preparando una torta de trigo sarraceno: el papel aceitado para engrasar el molde, la rasqueta para extender la pasta, la pala para despegar la *crêpe*; era como un anuncio de vida sana para la tele.

Mamá detestaba lavar los platos. Destestaba hacer la compra. Detestaba entrar en un supermercado. Tío Paul se encargaba de todo. También se encargaba de que la lavadora funcionase y de tender la ropa. Recuerdo que lo hacía de buen grado, pero que no planchaba. Se limitaba a colgar de la cuerda de la ropa todo lo que saliera de la lavadora. Toda la ropa de Claire, la del cura, la mía, la verdad es que reaparecía sin muchas arrugas, si acaso un poco distendida y áspera. Ella, mientras, andaba, andaba. Cuando el cura estaba en casa, a

Paul le gustaba aventurarse a cocinar platos cuya preparación y cocción duraban horas. Eran los tres tan delgados, y caminaban tanto por la landa y por las rocas, que lo que tío Paul les preparaba por la noche volvían a perderlo de inmediato. Hay que decir que sólo comían de verdad —por lo menos mi madre y mi tío— por la noche.

Hay que explicar que después de la playa de Saint-Énogat, más allá del centro de talasoterapia, después del promontorio y la gruta de la Goule, había un pueblo suspendido sobre el mar, y, abajo, un puertecito extraño, que sólo podía recibir algunas traineras, algunas lanchas y los transbordadores que comunicaban las islas y los puertos. La landa, en lo alto del acantilado, no estaba protegida. Las grandes Piedras Tumbadas, la capilla de Notre-Dame de La Clarté que más o menos las había cristianizado, le habían dado nombre al pueblecito. Mamá, cuanto más envejecía, más se preocupaba del estado de la landa. Creí comprender que también Simon Quelen, al que mamá había amado, y que fue alcalde del puerto de La Clarté durante varios mandatos, hizo mucho, ecológicamente, para proteger el pueblo.

El cura se ausentó durante cierto tiempo. Se llamaba Jean. Entonces Paul se sintió muy desdichado. (El cura se había emparejado con un conservador del Museo de Arte e Historia de Saint-Denis.) Más adelante volvió.

Mamá no era elegante. Se la podía ver aparecer en bikini, con grandes zapatos que se hundían en la arena y el fango. El zurrón iba dando golpes contra sus flacas piernas. Iba con un gancho buscando nécoras y bueyes de mar, haciendo un ruido sordo entre las rocas.

Un día mamá alzó lentamente, suavemente, el dedo hacia el cielo y me señaló.

De repente en pleno cielo se reunieron dos rapaces; se inmovilizaron; cayeron en barrena pero con las alas desplegadas, frente a frente, sujetándose por las garras, en una caída vertiginosa. Al llegar a tres metros de las olas de golpe se separaron y reanudaron su vuelo solitario.

Bruscamente, inesperadamente, se reunieron y a toda velocidad ganaron el acantilado, donde se ocultaron. Fue una de las cosas más turbadoras y más bellas que he visto nunca.

Los ornitólogos llaman un «aparecido» al pájaro que, año tras año, elige para hibernar exactamente el mismo lugar que el año pasado. Gaviotas, garzas, cormoranes, son todos «aparecidos». El tío Calève conocía todos sus nidos. Me enseñó sus escondites uno por uno, y yo quise enseñárselos también a mamá —pero ella ya los conocía todos—. Incluso me enseñó nidos que al tío Calève le habían pasado por alto, porque a ella no se le escapaba nada.

La segunda vez que la vi, cuando me instalé para pasar un mes de agosto en la granja, después de la primera vez que Léon se fue, ella, sin decir nada, para distraerme, me hizo conocer sus dominios.

Me lo enseñó todo.

—Mira —decía.

Con mamá siempre era cuestión de mirar.

—Mira, es bonito.

También me hizo visitar el pueblo.

Admiraba mucho el pueblo de Saint-Énogat, donde había nacido, y el puerto de La Clarté, donde Simon había sido alcalde.

Me mostró las dársenas, la esclusa, los dos malecones, el muelle de carga justo delante del café y de la oficina de Correos.

La cooperativa marítima, el vendedor de fotos-prensa-tabaco en la planta baja del edificio que hace esquina.

El Grand Degré, la escalinata.

Del otro lado, Correos, el café del puerto, la panadería, el zapatero.

La tienda de bañadores, la agencia inmobiliaria, la peluquería junto a la agencia del Crédit Agricole.

El Degré nacional, porque tal era el nombre insípido, o intragable, de la escalera que llevaba a la alcaldía.

La cabina telefónica, el panel de anuncios municipal, el urinario, todo esto estaba concentrado en una pequeña terraza de un metro cuadrado.

Aquello había sido el reino de su amante.

Ella adoraba aquel puerto. Le gustaban las paredes grises y negras. Le gustaba el color del cielo que más que azul solía estar blanco. Le gustaban las escalinatas que bajaban del acantilado, vertiginosas, excavadas en la roca desde tiempos por decirlo así inmemoriales, quizá desde los mismos tiempos de las Piedras Tumbadas.

Sólo las barandillas de hierro databan de la III República. Más o menos hacia la mitad, en el flanco del acantilado, cuando se llegaba de verdad a La Clarté propiamente dicha, cuando se llegaba al nivel de los primeros tejados de pizarra, eran escalones de madera mucho más ligeros, con barandillas de aluminio que seguían los muretes de granito y de cuarzo, y que permitían desplazarse sin caer de casa en casa, de terraza en terraza —con más motivo, porque lo más frecuente era que los techos de las casas de abajo sirviesen de terraza a las que las dominaban.

Mamá, al final, se había desentendido completamente del jardincillo de la granja Ladon. Ya no le interesaba. Ahora administraba la landa entera. Es verdad que el tío Paul no había podido luchar contra el bambú. Había perdido la batalla. El bambú crecía por todas partes donde podía, alrededor de la granja. El césped, en medio de aquella extensión de bambú, se redujo a una especie de patio triste. La marisma ya no tenía agua. En verano era una especie de musgo amarillo que se pelaba. Luego el musgo se convirtió en polvo. Los escaramujos persistían en florecer pero se habían vuelto extraños, muy largos, sin hojas, angulosos, bicornes. Los caracoles habían devorado todas las hojas. Había caracoles por todas partes. La regadera estaba llena de caracoles. Tras los postigos los caracoles se amontonaban unos sobre otros como si previesen el fin del mundo.

Creo que al final a mamá le gustaba que yo fuese.

Creo que hacia el final de su vida mamá sintió afecto por mí. A veces, me hacía fiestas cuando me veía aparecer al volante de mi coche.

El pelo le encaneció. Hasta las trencas marrón de tío Paul y de mamá se habían vuelto gris y blancas. Ambos estaban revestidos de brillantes túnicas llenas de cristales de sal.

Ella estaba siempre a la intemperie, y sin embargo no estaba morena.

Su rostro no se había tostado (al envejecer ya no se bronceaba) pero había ganado luz. Sus ojos habían ganado fiebre. Las mejillas se habían hundido. La atención que prestaba a todas las cosas que la rodeaban, a todos los acontecimientos que se producían, era más infatigable que nunca.

Al envejecer su mirada iba haciéndose cada vez más concentrada y negra.

Tenía los ojos negros de felicidad, eran dos pequeñas canicas negras como antracita, rodeadas de cabello mucho más blanco que rubio o amarillo, roído por la sal.

En 2016, Léon me había dejado definitivamente, yo ya no veía a mi hermana, me había enfadado con ella por culpa de Léon, porque ella se había puesto de su parte, ya no podía más, estaba exhausta, fui a pasar todo el verano a casa de mamá, hacía calor. Las hojas de los árboles estaban cubiertas de polvo y picadas de agujeritos misteriosos. La tierra estaba cuarteada y triste. La hierba estaba amarilla cuando no completamente quemada. Yo estaba desamparada. Le había telefoneado (había telefoneado a tío Paul, que me había pasado a mamá). Ella subía de la playa cuando llegué conduciendo en primera marcha. Ella en cuanto me vio se dirigió hacia el coche, la mirada alerta, contenta, lo juro, parecía contenta, pero muy delgada, el cabello más gris que blanco, bastante sucio. No olía bien.

Ese día llevaba una camisa no muy blanca sobre un bañador no muy *beige*. Iba descalza. Me mostró algo pero hablaba en voz demasiado baja y no la entendí. Tenía las muñecas muy delgadas con un huesecillo protuberante. Sigo la mirada de mamá. Trato de ver lo que me muestra. Me explica:

—Las águilas pescadoras están volviendo a ocupar los nidos del año pasado.

No es mi último recuerdo de ella. Pero es precisamente ahí, en el mes de julio. Ella estaba sentada en el talud, el rostro completamente blanco llegaba a la altura de las grandes flores blancas de los saúcos.

El mar al fondo sigue oscuro mientras aquí y allá se forman pequeñas islas de luz, superficies blancas que se van dorando; de repente es una línea verde y como una explosión sorda y que palidece en el cielo; es tan bonito que las piernas le flaquean; tiene que sentarse sobre una roca de granito gris; ahora se alza el sol.

Cuando Claire se les acercaba lentamente, los halcones ni siquiera sacudían el plumaje, ni siquiera desplegaban las alas.

Un día mi anciana madre vino a acuclillarse junto a mí en lo que quedaba del «jardín» en medio de los bambús. Hacía mucho calor. Yo había sacado uno de los sillones, lo había pasado por la puerta para instalarme en la sombra de los bambús innumerables, junto al frescor relativo de la marisma casi vacía, había colocado una silla delante de mí, tenía los pies en alto, dormitaba. Mamá me dijo suavemente:

—Se ahogó adrede.

—¿Estás segura?

—Sí.

Me parece que la muerte ni siquiera los separó. Más bien al contrario. Su muerte tampoco les reunió, pero él está ahí. Está constantemente ahí. Está ahí, con ella, todo el tiempo. Y recíprocamente: ella está todo el tiempo con él. Se ocupa de él. Él se ha convertido en la bahía.

Cada día ella iba a sentarse a su sombra, a la sombra de la bahía, cada día se colocaba en su roca, se ocultaba justo enfrente del nido de la gran gaviota del acantilado.

¿Mi último recuerdo de ella? A lo largo del muro de la granja había un poco de césped bien cortado. Ese muro, del otro lado de los bambús invasores, quedaba siempre a la sombra. Ese lado de la granja olía bien. Lo dominaba una gruesa glicina que tío Paul había plantado y que a partir de finales del mes de mayo ampliaba la sombra. Todo olía bien. Era un cálido día de junio. Nos sentamos las dos bajo la enramada de la glicina. A lo lejos los pájaros sacudían las plumas y venían a beber agua de una taza que tío Paul había dejado en el suelo. Todo estaba tranquilo. Estábamos las dos solas. No había nadie más. Paul no estaba. Jean no estaba. Simon no estaba. Mamá me tomó de la mano y no dijo nada. Su respiración era suave. Hacía un poco de ruido al respirar. Según envejecía empezó a desprender un ligero olor a sudor, a heno, a sal, a yodo, a mar, a granito, a liquen.

# 3

## PAUL

Primero tengo que explicar algo que pasó en mí sin que yo tuviera mucho que ver. Algo que transformó por completo mi vida personal. Cuando mi hermana desapareció, después del incendio de la granja que la esposa de Simon Quelen provocó en 2008, cuando Fabienne Les Beaussais me llamó muy preocupada a París para que acudiera lo más rápido posible, y para ser más exactos, cuando Fabienne y yo no encontramos a Claire en el domicilio de la señora Ladon como yo esperaba, o como Fabienne me había hecho creer que pasaría, cuando vagamos por Dinard, por Saint-Énogat, cuando tuvimos que ir al embalse, atravesar el Rance, ir a Saint-Malo y buscar el hospital, creí, durante unas horas, que Claire estaba muerta. La vida, la que yo llevaba desde hacía veinticinco años, se rompió de golpe. La existencia de ella y mía, que estaba hecha de dos pedazos, en mí se partió en dos pedazos. Al descubrir estos dos pedazos discontinuos, separados, descubrí cuán íntimamente vinculado a ella estaba. Sin su mirada ya no sabría vivir. Estaba perdido sin aquella comunidad cierta y segura que ella y yo formábamos. Ella desaparecida, y yo vacío. Era así de sencillo. Descubrí que estaba más perdido de lo que ella hubiera podido estarlo. De repente se extinguió en mí la pasión por el dinero. Es cierto que esto coincidió con la crisis. Bruscamente los negocios se hundieron. Pero no sólo fue la crisis financiera lo que me impulsó a dejar mis negocios en París, ni lo que me incitó a vender mi piso de la calle Des Arènes, porque la atracción que yo sentía por el cine, por los restaurantes, por los bares, por las veladas, por las discotecas, por los amigos, por los cuerpos de los amigos, también naufragó.

La encontramos viva, helada, durmiendo sobre un neumático.

Las manías más extravagantes de mi hermana se convirtieron en faros.

Ella prefería los caminos fangosos que las avenidas de las villas.

Ella prefería a la televisión las veladas llenas de bruma alrededor de una marisma, en silencio, o bien contemplar las barcas de motor y las sardineras, abajo, flotando en el mar.

Había acabado prefiriendo las gaviotas y los pequeños gorriones a los farmacéuticos y a los turistas.

Su locura no era tan grave porque las crisis de angustia habían ido cesando poco a poco, por lo menos en cuanto a la duración.

Su mirada seguía siendo negra y fija. Parecía sonreír a pensamientos, a escenas internas, a paisajes que recordaba, a sueños que la encantaban.

De rodillas en las rocas, la cabeza inclinada. Una camiseta blanca, un calzón gris. Vi que sus nalgas grisáceas se elevaban. Me acerqué. Tenía los labios a flor del agua. Estaba lamiendo el agua de mar, lanzando la lengua al agua. Aquel mismo día, cuando volví a verla en la cocina para comer, le dije:

—Te he visto hace un rato. No deberías beber agua de mar. Es sucia. Es extremadamente salada.

—Sí, es salada. Me gusta. Bebo un traguito cada día.

—¿Cada día?

—Sí, cada día antes de comer.

—¿Te das cuenta de que esa agua es asquerosa?

—Si el mar es asqueroso, mi pobre Paul, yo también quiero ser asquerosa.

Al principio, justo después de la muerte de Simon, ella iba una hora o dos, primero postrada, clavada al

suelo por el dolor, luego inmóvil en lo alto del acantilado, justo frente adonde le había visto hundirse en el mar.

Porque decía que le había visto bajar de la lancha. La escena es ésta: el mar se abre un poco, Simon se desliza en él, y desaparece. Ésa era su versión. Es lo que ella me dijo. Sólo me lo dijo a mí. No creo que se lo haya dicho a nadie más. Ni siquiera a Jean. A Juliette seguro que no.

Luego aquello fue una ocupación a tiempo completo.

Desde la salida del sol hasta los últimos rayos, estaba allá. Estaba presente. Miraba el mar.

Al alba, cuando el sol aún no había perforado el horizonte, aún en noche cerrada, ella salía.

Cuando una luz lechosa pasaba por detrás de la silueta de la capilla y de las piedras ella ya había bajado a la orilla. Caminaba por la arena húmeda, absolutamente nueva, cada día más y más lavada, más y más limpia, más y más pura, de la que retiraba el océano. Seguía las huellas misteriosas y finas de las patas de los pájaros en el fango. El agua desaparecía entre las conchas, los cadáveres de cangrejos, las algas, los guijarros de cuarzo. A lo lejos, Claire Methuen miraba. Contemplaba.

A las nueve volvía a subir.

En ese momento el camión cisterna subía hacia la granja del tío Calève para recoger la leche.

Un día me explicó que el paisaje, al cabo de cierto tiempo, de repente se abría, venía hacia ella y era el mismo lugar el que la insertaba en él, la contenía de golpe, venía a protegerla, hacía caer la soledad, la curaba. Su mente se vaciaba en el paisaje. Entonces había que colgar los malos pensamientos en las asperezas de las rocas, en las zarzas, en las ramas de los árboles, y ahí se quedaban. Una vez completamente vacía, el lugar se extendía ante ella tanto como en ella. El follaje se abría. Las mariposas y las moscas y las abejas comenzaban a revolotear sin miedo. Salía un ratón de campo y se le acercaba a las rodillas. Una gaviota se posaba sobre una roca cubierta de liquen amarillo y ni la una ni la otra sentían temor ni amenaza. Era como si hubiera dejado de ser un ser humano, como si para los demás seres no representase el peligro de un ser humano, o de un depredador, o de un destructor. Los olores fluían hacia ella, todos reconocibles, más opulentos —olor a tierra, a menta, a avellano, a helechos, a musgo.

Poco a poco las luces se apagaban, los colores se diluían, el silencio crecía, el crepúsculo la alcanzaba, la sombra la envolvía, la noche caía, y mientras todo esto sucedía, ella se convertía en todo esto.

Y ella era la noche.

Se le cerraban los ojos.

Una mañana, Fabienne, la cartera de Dinard, mucho antes de que fuera trasladada a Cancale, la encontró atónita. Estaba sentada en la carretera de la cornisa. Había perdido la cabeza pero estaba tranquila. No fue Fabienne quien me llamó. Fue Évelyne, de la agencia inmobiliaria, quien lo hizo.

Fabienne había llevado a Claire a una pequeña clínica, en Dinan, donde fui a verla.

Tenía una expresión de niño.

La enfermera:

—Se ha despertado a las dos de la mañana gritando con todas sus fuerzas. Me he precipitado a su habitación, guiada por los gritos. Me ha preguntado: «¿Dónde estoy?». Le he respondido que estaba en una clínica. Ella ha aullado un nombre. Se lo advierto, señor Methuen, está un poco perdida.

—¿Qué ha gritado?

—Simon.

Silencio.

—¿Se llama usted así?

—No, es el nombre de un conocido nuestro. Se trata de un amigo que vivía en un pueblo vecino.

A partir de entonces yo solía buscarla por todas partes, a la caída de la noche, pero sin inquietud. Era como dar largos paseos. Dicho esto, cada vez era más frecuente encontrarla, por la noche, sobre el acantilado, en el campo de las Piedras Tumbadas, recostada en la pared de la capilla. Sin duda ése era el lugar en el que prefería estar cuando soplaba demasiado el viento y no había turistas. Jean le había dado la llave. Ella tampoco sufría ninguna ansiedad. Ya no estaba febril. Yo la encontraba contenta en medio de la noche, feliz, con las rodillas contra el pecho, los pies en las manos, balanceándose suavemente de delante atrás, mirando el mar, escuchando en la oscuridad subir la marea.

Todo lo que Fabienne, Noëlle, Évelyne, contaban sobre Claire no se correspondía con lo que yo creía percibir en ella. Pero ellas la conocían más que yo. Ellas, cuando eran niñas y adolescentes, vivieron a su lado. A mí, ya de pequeño cuando alzaba ojos admirativos hacia mi hermana, de súbito me atacaba un miedo

imprevisible, inesperadamente surgía en su presencia, en sus silencios, algo que me asustaba, y enseguida me sentía asfixiado. Era siempre secreto, encriptado. Mi hermana, al envejecer, se alejaba de Jean y de mí. De Jean no se ocupaba nada. Claro que esto me apenaba. Pero también de los demás se apartaba.

Todo lo que digo me parece que es verdad, pero nunca he comprendido del todo a mi hermana. Yo la quería, ella me intimidaba, me impresionaba. Era mayor que yo. Era una chica. Me daba un poco de miedo. A menudo me dije: «Quizá no has entendido bien».

Estaba persuadido de que ella detentaba un secreto del que yo hubiera podido entender un poco más si ella hubiera aceptado que yo le hiciera preguntas.

Pero, en adelante, todo se orientaba hacia Simon.

Todo, en ella, iba dirigido a la silueta lejana de Simon en el puerto de La Clarté, en la lancha blanca que él empujaba al mar cuando estaba en la playa de Saint-Énogat, a la barca cuya vela plegaba en el puerto de recreo de Dinard.

Aunque perdido, todo se orientaba hacia él.

Era un movimiento muy sordo pero muy intenso alrededor de su cuerpo, que afloraba sin cesar, temblaba sin cesar alrededor de ella, como una ola circular, como una opresión.

Yo sentía ese círculo mágico cuando caminaba a su lado durante horas, lo sentía pero no accedía a él.

Yo no creía en Dios. Entre nosotros nadie creía. Jean creía por todos nosotros.

Hay pájaros con unas vocalizaciones inimaginables. En nuestro jardín (el jardín de la granja que, por culpa mía, se había transformado en un campo de bambú japonés), sobre la landa, encima de La Clarté, había un ruiseñor regordete que cantaba de forma verdaderamente mediocre, absolutamente lamentable.

Pero, justo después del primer *parking* de las Piedras Tumbadas, en el extremo del Roc, ante el local de los contenedores de la talasoterapia, había una urraca que buscaba incesantemente soluciones insensatas a su canto. Improvisaba variaciones magníficas, incomparables. Cantaba a las nueve. A las nueve menos cuarto yo me sentaba en el musgo, al borde del camino de arena que bordeaba el seto —o, si estaba mojado, directamente sobre la acera de los contenedores de la talaso— y ahí esperaba, con impaciencia, a ver qué se inventaría ahora. Una vez un cliente entrado en años y simpático me preguntó si quería una moneda. Luego se habituó a mi presencia. Al pasar delante de mí, sentado entre los cubos de basura, me saludaba con un aire ceremonioso. Sin duda creería que el hombre sentado entre la basura tendría hambre, o deseaba beber, o estaba loco. Estoy seguro de que jamás se imaginó que simplemente se trataba de un hombre que estaba escuchando a un pájaro genial que le conmovía por la belleza de sus cantos.

A veces, al regresar de mis paseos, me la encontraba dormida en la hierba, cerca de la marisma ante la granja, no se había movido. Una vez me la encontré desnuda, una vieja desnuda, muy triste, echada en una tumbona, un poco acurrucada, a la sombra de los avellanos muertos, devorados por los bambús.

Cuando yo la limpiaba, cuando ella regresaba de sus periplos, cubierta de barro, de sal, de sudor, de ramitas, de pedacitos de conchas, cuando por fin veía a mi hermana toda limpia, cada vez me parecía más sorprendente encontrarla tan hermosa. Estaba bien hecha, sin duda demasiado delgada, el torso demasiado plano, pero cada día más bella. Las nalgas eran pequeñas pero a fuerza de caminar doce horas al día se habían puesto muy firmes y musculadas. No tenía vientre. Tenía el bajo vientre depilado y un sexo pequeñito. No tengo ni la menor idea de por qué se depilaba completamente. Nunca la vi en compañía de otros hombres que no fuera Simon. Incluso a su marido sólo lo vi el día de su boda, y me he olvidado de qué cara tenía. ¿Conoció a muchos hombres? ¿Cuándo dejó de acercarse a ellos? En su cuarto no había nada que hiciera pensar en recuerdos de este tipo. Era un cuarto casi por completo vacío. El mío estaba lleno de discos (el despacho de Jean está lleno de recuerdos familiares, de imágenes santas, de libros de filosofía). En el suyo había muy pocas cosas, muy poca ropa. Ni siquiera diccionarios de la lengua. Ninguna imagen en la pared. En el gran armario, la mitad de los estantes estaban vacíos. Un día, en la mesa, le pregunté:

—¿Nunca te has enamorado de otros hombres?

Ella me miró sorprendida.

—Sí, claro.

—¿Entonces?

—Pues que una vez me enamoré de verdad.

—¿De quién?

—Pues de Simon.

—Pero entonces, ¿por qué después del instituto os separasteis?

—Simon se volvió a Rennes, y yo a Caen.

—Eso ya lo sé, pero ¿por qué se terminó?

—De hecho fui yo quien rompió.

—¿Es verdad esta gran mentira?

—Sí, fui yo quien dejó de responder a sus cartas.

—¿Y por qué?

—Sus cartas eran infantiles. Eran cartas de niño. Yo estaba demasiado enamorada para aceptar eso.

—¿Y dejaste de hacer el amor?

—No. No entonces. ¿Pero a ti qué te importa?

Se levantó.

—¿Tienes más preguntas idiotas que hacerme?

Claire me dijo:

—Tengo que contarte una pequeña historia que te apenará pero pronto vas a cumplir sesenta años. Ya eres mayorcito. Quizá eres lo bastante mayor para saber la verdad. Esto pasó hace cincuenta y cinco años. Hace cincuenta y cinco años que cierras los ojos y que te tapas las orejas. Aún vivíamos en Saint-Énogat. Llovía desde hacía días y días. Era al final del mediodía. Yo volvía del coro. El cura se había empeñado en llevarnos en su Dos Caballos. Ya ves, somos auténticos bretones: en nuestras vidas sólo hay sacerdotes. Al llegar a casa recogí la cartera, abrí la portezuela, grité «¡Hasta mañana, señor cura!», tomé impulso y salí a toda velocidad bajo la lluvia. Hacía un tiempo de verdad horroroso. Corrí hasta la puerta. Ya tenía la llave en la mano. Abrí la puerta de casa lo más rápido que pude. Estaba empapada. Me desnudé enseguida, me precipité al cuarto de baño para secarme. Aún me veo empujando la puerta. Mamá estaba tendida en la bañera. El agua estaba roja. Se había cortado las venas.

—Mamá murió en el accidente de coche.

—No.

—¿Mamá no murió en el accidente?

—No. Mamá se mató dos días después del accidente en el que resultaste herido.

—¿Iba al volante?

—No. Era papá quien conducía.

Claire añade:

—El accidente en que murió nuestra hermana.

—¿Nuestra hermana?

—Sí. Lena.

—¿Marie-Hélène?

—Como tú prefieras.

Me agaché. Estaba perplejo. Dije:

—No sabía que tuviera otra hermana.

—Mientes. La prueba: sabes su verdadero nombre.

—No miento.

—Acabas de decir su verdadero nombre.

—Te lo juro. No sabía que además de ti tenía otra hermana.

Para celebrar mi sesenta aniversario consideré oportuno echarme a llorar.

—No hace falta que llores. La detestabas. Tenía un año menos que tú.

—¿Yo dónde estaba?

—Tú estabas en el hospital.

—¿Por qué no he sabido nada?

—Primero creíste que todo el mundo había muerto en el accidente. Incluso yo, creías que había muerto. No te íbamos a contar todos los detalles del asunto.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

—¿Por qué no me dijeron nada más?

—¡Sólo te dijeron que yo estaba viva, porque me creías muerta, y nada más!
—¿Y cómo es que no me acuerdo de esa hermana?
—Porque no quieres acordarte.
—¿Cuántos años tenía?
—Tres años. En realidad, tienes razón, se llamaba Marie-Hélène. Pero la llamábamos Lena porque mamá había decidido que la llamásemos así.
—Esto son historias tuyas.
Claire hacía observaciones que me exasperaban. Por ejemplo, sobre la cocina. Claire no cocinaba, nunca había sabido cocinar, pero criticaba sin cesar, con una severidad realmente injusta, cualquier cosa original que yo me inventase.
—La tía Guite no hacía así las endibias.
—No me jodas, Claire.
Cuando no estaba en su mejor forma, se dirigía a tía Marguerite como a una amiga imaginaria:
—A nuestra tía no le hubiera gustado esta receta.
—Déjame en paz.
—Tía Guite ponía azúcar en las endibias, para quitarles amargura.
—Basta, Claire. Sal un poco. Vete a ver el mar. Ve a ver la barca de tu enamorado y déjame preparar la cena.
En la landa, junto a la carcasa del camión Citroën, había un haya muy alta, un poco desastrada, que estaba claramente viviendo sus últimos años, claramente vacilante. Y sobre todo había dos mirlos muy dotados que hacían travesuras en el musgo y la hierba a sus pies. No era al amanecer, era a las siete o las ocho cuando se encontraban al pie del árbol. Primero jugaban. Luego saltaban a las ramas y competían. Competir es poco: a veces se soltaban de verdad. Entonces podían improvisar en cuatro estilos y se relevaban el uno al otro —se desafiaban el uno al otro— siempre sobre una base de cuatro. Era de una belleza inaudita.
Claire también era una «virtuosa». Incluso se había hecho una verdadera «experta» en meteorología. Conocía las horas y los instantes en el seno de cada marea y de cada hora. Medía la luz. Hay músicos que tienen oído absoluto. Ella tenía la hora absoluta. Estaba directamente ligada al sol. Sin duda la belleza la atraía, es indiscutible, pero era bastante misterioso porque había numerosos lugares que a mí me parecían mucho más bonitos en los que ella no se detenía ni un instante. Quizá el confort, un sitio para sentarse, o el silencio, o la abstracción, no sé cómo decirlo, determinaban esas paradas. Y quizá otras razones diferentes, plantas, o luminosidades, o sombras, o quizá olores, o perfumes, o soplos de viento, o flores preferidas, la guiaban. Ella cuidaba esos sitios particulares. Limpiaba el granito, el cuarzo, las vetas de diorita negra, la arenisca rosa, los líquenes, los musgos, la arena, las algas, de todo lo que fueran bolsas de papel, tapones de corcho, cápsulas, desperdicios, ramas, plumas de gaviota, colillas, algas secas que metía en la mochila más sucia que he visto nunca. Se detenía, la ponía en el suelo, la abría, la llenaba, la apretaba, la cerraba y se la echaba otra vez a la espalda. En realidad era una vieja loca. De repente se sentaba. Miraba. Volvía a ponerse en marcha. Llegaba a otra anfractuosidad, a otro sitio.
El pelo blanco, los ojos muy negros, un rostro hundido y flaco.
—¿Qué sucede?
Se encogía de hombros. Me daba la espalda. Deslizaba una pierna debajo de la otra. Hacía ver que comía. Removía la sopa con la cuchara.
—Nada.
—Hazme el favor. Come. Estás demasiado flacucha.
—En el colegio, en el recreo, cuando yo era pequeña, Simon me decía: «Pareces una radiografía de los pulmones».
No estoy seguro de que Simon hubiera entendido a Claire más de lo poco que la entendí yo. Él la quería, de eso no cabe ninguna duda. Sin duda era un buen farmacéutico, tenía mucho valor físico, don de gentes, presencia, vigor, belleza, era deportista, cooperante, bombero, alcalde. Pero dudo de que a pesar de representar el papel del protagonista llegara nunca a comprender la película.
Un día, en el antiguo astillero de la Carpintería de Marina, en Saint-Malo, Jean y yo nos dimos de bruces con Simon, su mujer y su hijo, entre los esqueletos de madera, los cascos, en el olor a pinos de Oregón y madera de Camerún.

Durante un largo cuarto de hora escuché al cura y al alcalde conversando con gravedad sobre los problemas de la pesca en la Unión Europea.

La última vez que vi a Simon fue en La Clarté. Estaba delante de la farmacia, sentado en un escalón, tenía mal aspecto, fumaba, no tenía derecho a fumar en su oficina, miraba el puerto.

Yo bajé del transbordador. Avancé por el muelle hacia él. Se había sentado frente al sol poniente, con la espalda apoyada en el cemento y el codo en el escalón de encima. Se oían las sirenas de los barcos que volvían, lejanas, cerca del faro. Yo tenía que pasar por delante de él para tomar la escalinata que sube hacia la capilla.

—Hola, Simon.

Simon me saludó rápidamente, se sonrojó, se desplazó para dejarme paso.

Cuando Simon murió, el cura de Saint-Lunaire rehusó darle la bendición, por las sospechas de suicidio. Para mí esto fue maravilloso. ¿De qué depende el curso de nuestras vidas? Esa negativa fue la oportunidad de mi vida. Porque, de inmediato, la usé como pretexto para llamar a Jean, que por entonces me había abandonado.

Jean llegó enseguida, quiero decir al día siguiente, en el tren de las trece horas.

Nuestro reencuentro, sobre el hormigón de la estación del TGV de Saint-Malo, fue silencioso, ardiente, sólido, definitivo.

Fue Jean quien organizó el entierro de Simon Quelen (igual de bien que lo había hecho con el de la señora Ladon). Fue un acto muy diferente, voluntariamente suntuoso, según petición expresa de Gwenaëlle. Pero ante la tumba, Jean, siempre perfecto, dijo algo parecido a esto, sin duda mejor expresado pero en este tono de sencillez:

—Dios está triste. El mismo Dios dice que está triste. *Tristis est anima mea*. Pero Dios no dice sólo su tristeza. Dice que está tan disgustado de la vida que ha llegado al extremo de soñar en morir. Dice que su alma está tan triste que tiene ganas de no existir. Entonces Dios repite: «Triste está mi alma porque he llegado al punto en que deseo la muerte».

A partir de la muerte de Simon, hubo paz. Una paz extraña, total, alcanzó a Claire. Una paz irreductible advino sobre Claire. Todo se había cumplido, y ella simplemente sobrevivía a ese cumplimiento. O más bien participaba en ese cumplimiento. Seguía vagando por el mundo rondando a su amor, mirando su amor desde lejos como si todo hubiera terminado mucho tiempo atrás. Vagaba por la landa, donde acababa su periplo. Si llovía caminaba lentamente bajo una última lluvia. Ya no se protegía de nada. Bajaba hacia el mar —que si se lo mira mucho, y a poco que se compare su origen a la edad de los hombres o a la invención de las ciudades o de las casas, se puede decir que es eterno—. Claire se había convertido en Simon y se había convertido en el lugar. Ahora todo estaba desprovisto de todo temor. Todo era sublime. Ella estaba en casa en todas partes; estaba como el comienzo en el origen. Estaba en la extraña paz, efervescente y radical, del surgimiento de todo, cuando todo se hace inalcanzable, excitación que levanta, flor que brota, vuelo que se eleva, nube que pasa, dicha que dilata, pico de ave que canta. Ahora estaba ya libre de inquietud, totalmente confiada, como los niños que extienden las manos y agarran las cosas y casi las inventan al apretar por primera vez. Ella era como el verde que va surgiendo poco a poco en las yemas de los árboles en primavera. Era como el amarillo y el rojo en la piel de la manzana en otoño. Era como el rocío del alba, como la calidad diáfana del aire diurno, como el olor de las flores de saúco que brota de las manos de los amantes y que ellos secan en el musgo.

Hasta orinar, hasta cagar, descubrí casualmente que ella prefería hacerlo en el campo, junto a determinadas rocas, o determinadas plantas.

De inmediato recubría los vestigios con tierra, musgo, hojas.

Pertenecía a otro.

Pertenecía al lugar.

Sin embargo, consintió en adaptarse a algunas de mis costumbres. Aceptó que antes de acostarnos cerrásemos la puerta. En cuanto empezaba a amanecer la abría, se deslizaba fuera, asistía a las primeras luces y a los primeros trinos de las aves. Seguía por la landa las voces del amanecer. Veía el extraño aire lechoso saliendo aún de las cavidades del acantilado en silencio. El cielo no se aclaraba todavía. Las nubes aún no se habían formado. Ella avanzaba envuelta en el frío hacia la negra línea de los pinos aún opaca, inmediatamente seguida por los zarzales grises. Luego, mucho antes de que asomase el sol, nacía el día sobre el mar. Entonces las islas, una a una, se iban cubriendo de una especie de vapor de luz. Los pájaros que seguían dormidos, uno a uno, más allá de su llamada, comenzaban a moverse, esponjaban el plumaje, batían las alas en las ramas.

Cada día, el sol aparecía con una densidad, con una modestia, con un esplendor, con una debilidad cada vez más depuradas, cada vez más refinadas, cada vez más imprevisibles. Los colores renacían al mismo tiempo que los cantos específicos. Las olas del mar comenzaban a blanquear y se ahondaban de sombras. Las cabezas de los cardos azuleaban. Las plumas de las cornejas se volvían más brillantes y más negras. Claire seguía primero la línea de los pinos piñoneros, seguía el sendero de los aduaneros y de los pescadores, antes de que de repente se bifurcase en sus rocas más peligrosas, en sus hierros oxidados, sus calas menos presentables, las ruinas de su almadraba y sus refugios para neumáticos. Más tarde, mucho más tarde, entre las ocho y las nueve, regresaba cubierta de rocío, helada, corriendo un poco, abría la puerta de la cocina y los postigos, ponía agua a calentar, yo sólo tenía que bajar.

Se había vuelto celosa. (Si Jean se había quedado a dormir conmigo, no preparaba el desayuno.)

Generalmente dormía encogida sobre sí misma, en el sofá azul de abajo, con la cabeza apoyada en el brazo extendido hacia delante, la mano cerrada.

Caminos que antes llevaban a algún sitio ahora se detienen al borde de los campos.

Otros desaparecen misteriosamente entre las piedras.

Otros se hunden en el monte bajo y desaparecen.

Creo que mi hermana era un camino perdido sobre el mar.

Yo había sido feliz bajo un viejo parasol junto a un cura en cuello cisne negro, sentado en su tumbona, tomando el aperitivo ante unas matas de moras. Luego la oscuridad invadía los bambús. Había que encender la lámpara sobre el armonio de Jean, había que hundir el rostro en el cuello cisne negro y el olor a lana.

Nos encontrábamos en la liquidación de libros religiosos, en la casa diocesana, en la calle de Brest, de la que se ocupaba Évelyne, que le hacía de contable.

Así como en las grandes ciudades, allí donde habitan el poder y el dinero, uno no se imagina los rincones meados, los muelles del tiempo de antaño, los vestigios de los arsenales y de las cuadras de antaño, las callejuelas pobres, los almacenes, las extrañas zonas industriales, las minúsculas junglas que renacen ignoradas porque sólo se va por allí en coche, de la misma manera, más allá del dique y de las villas lujosas de los balnearios, no se tiene conciencia de lo que las villas y los diques ocultan a la vista, más allá de las grandes superficies comerciales, los campos, las pequeñas fábricas y los garajes del interior o incluso, a lo largo de la costa, a partir de donde ésta se queda sin playas, sin restaurantes, sin acceso, sin vigilancia, no se imagina uno la libertad de la miseria, el alivio incomprensible, el tesoro increíble, la zona de la espontaneidad de la naturaleza y de la vida.

Al borde del acantilado hay un neumático, un arbusto amarillo, unas algas secas.

Siempre es por ahí, cerca del arbusto amarillo, donde ella se sienta y donde sueña, al anochecer. Cada tarde el mismo sueño: sueña que vive con él, le cuenta el día. Comparte con él los acontecimientos del día y le pregunta qué le parecen.

¿Mi último recuerdo de ella? Es el de la última noche. Pero todas las noches que llovía era igual. Estamos cenando en la cocina. Ya hace rato que tras la ventana ha caído la noche. Fuera, llueve a cántaros. Ella sostiene un cigarrillo o una copa de vino. Bebe un trago de vino, que la relaja. Se levanta. Está de pie. Ha apoyado la frente en el vidrio. Quisiera salir, pero llueve.

# 4

EL primo Philippe Methuen

Al ver el cartel de madera «En venta» me dije: O bien Marie-Claire ha muerto, o bien se ha ido a vivir a las Maldivas tras poner en venta la granja de los Ladon. Cuando nosotros, mi hermano y yo, éramos adolescentes, se decía que ella era árabe. Se decía eso porque su madre era musulmana. Sí que era musulmana. Era griega. Se llamaba Depastas. Era magnífica y hablaba todas las lenguas imaginables. Había sido educada por el hermano de nuestro padre, que era arquitecto y maestro de obras en Dinard. Se casó con nuestro tío y luego quiso dejarle. Entonces el hermano de nuestro padre se mató. Luego ella también se mató. Era mucho más guapa que Marie-Claire.

—¿Hay que decir Claire o Chara?

—Todo eso es mentira. Se llama Marie-Claire. Y punto. Madre nos la impuso durante toda nuestra adolescencia. Era muy alta. Siempre tuvo piernas interminables. Siempre mal vestida. Siempre jerséis holgados, vaqueros negros, botas de goma. Nos vengamos como pudimos. Sus buenas notas nos exasperaban. Leía en lenguas increíbles y ni siquiera se tomaba la molestia de estudiarlas. En verano, les hacíamos notar un poco, a los dos primos, que allí sobraban. Pero eso les daba igual. Siempre fueron muy conscientes de que los hijos verdaderos éramos nosotros. Así que hacían rancho aparte. Se alejaban por los campos. Bajaban hacia el área del *camping*. Iban a la playa de la Marisma. Ella, sobre todo ella, nos eludía. Y Paul, el llorica, el interno de Pontorson, la seguía como su sombra. Era un afeminado. Ella le maltrataba, le martirizaba, pero por más cosas desagradables que le dijese la seguía por todas partes y la imitaba en todo.

En la granja, en cuanto ella entraba en la sala, la tensión se hacía insoportable.

Si nuestro padre y nuestra madre nunca estaban de acuerdo en nada, era por culpa suya.

Me acuerdo del olor de las píldoras del cuarto de nuestra madre que ella tomaba por culpa suya. Fue madre, y no nuestro padre, quien quiso tenerla en casa. Nuestro padre, a decir verdad, no sé lo que pensaría. La verdad es que después del suicidio de su hermano la serie de desgracias era interminable. Recuerdo que un día el cartero se sentó a la mesa de la granja. Aceptó el vaso de vino que le ofreció mi madre. Se lo bebió. Lo dejó sobre la mesa y dijo:

—Hay que poner freno a la desgracia en su casa, Marguerite. Vaya a ver al que atiende en la ferretería de Tréméreuc. Es del cantón de Routot.

—No creo en esas cosas —replicó mi madre.

—¿Qué pierde por probar? —dijo el cartero—. Y nadie le pide que crea en nada.

Entonces se levantó y se fue. Es como si los estuviera viendo. Lo cuento mal pero fue impresionante, el aviso que le daba el cartero a mi madre. En el pueblo seguro que lo habían hablado antes de enviarle a Pont Touraude. Nuestro padre le estuvo dando vueltas a ese consejo. Porque nuestro padre, esa misma noche, o a la mañana siguiente, prendió fuego a su sillón al fumar la pipa. Y el tractor se puso a tener averías continuamente. Luego nuestro padre sufrió un eccema, mucho eccema, hasta el extremo de que no le dejaba dormir. Entonces nuestro padre fue a Tréméreuc. Todo salió muy bien. Las cosas inmediatamente empezaron a arreglarse. La pequeña se quedó a estudiar con el hijo del farmacéutico después de las clases. Se respiró mejor. Claro está que la causa de todo aquello era ella. Había en ella demasiada fuerza. Ni siquiera su hermanito Paul, el interno

de Pontorson, la soportaba. La obedecía pero no la tragaba. Suspiraba por volver al internado. A partir del domingo al mediodía, después de la misa, el primo Paul reclamaba su internado, su compañerito del internado, su música. El acuerdo fue éste: una vez puesta bajo su tutela, los dos Quelen, el farmacéutico y su esposa, se quedaban con Marie-Claire en su casa todos los días de colegio, después de las clases, con el pequeño Simon, que iba a la misma clase que ella. Era como una media pensión. Pero el fin de semana ella regresaba a la casa de nuestro tío (la casa de su padre el albañil) en Saint-Énogat. Y por supuesto también le tocaba a ella ocuparse de su hermanito cuando éste volvía de Pontorson.

Un día nuestra madre se encontró con Marie-Claire llorando en el patio, encogida, junto al pozo, sentada sobre su cartera. La pequeña estaba aterrorizada. Nuestra madre le preguntó de qué tenía tanto miedo y por qué no volvía a casa. Pero ella aguantó. No nos denunció. Dijo que era el autillo del roble. Entonces nuestro padre pronunció su gran frase:

—En ese caso, que se vaya a Routot.

A veces yo la veía en casa del tío Calève. Nos dábamos un beso de circunstancias. Vino a la boda de mi hija. A Mireille siempre la quiso porque se parece a mi madre. Al final lo sabía todo de la landa, de los caminos, de las playas, de los nidos, de los terrenos de los *campings*, de la herrería, del garaje, de los depósitos de carcasas de automóviles. Lo sabía todo de los escondrijos donde los delincuentes traficaban con sus drogas, de las transacciones en las caravanas, los nidos de aves rapaces, los nidos de avispas y los nidos de abejorros, guaridas de víboras y los escondites de las lanchas para el contrabando.

El hermano y la hermana siempre robaban todo lo que les caía a mano.

Hasta el amor de mi madre, ella lo robó.

Yo sé que a escondidas, con Paul, con Simon Quelen también cuando se convirtió en alcalde de La Clarté, y además con un cura de la costa que poco a poco se sumó al equipo, y que claro, era homosexual, hacía operaciones inmobiliarias. Compró hasta la cabaña de pesca donde el farmacéutico y ella se habían amado junto a la fábrica de salazón.

El tío Calève aceptaba sus cigarrillos, y nada más. Él normalmente no fumaba. Sólo fumaba con ella, en la mesa, en la gran sala de la granja. Fumaba de una forma muy curiosa. Para empezar, se sentaba, le servía una copita de vino, se servía una copita de vino, tomaba entre el pulgar y el índice apretando muy fuerte el cigarrillo que Marie-Claire le había ofrecido, daba una pequeña bocanada, y bruscamente alejaba el brazo del cuerpo, como si le tuviera miedo al humo.

Se bebía la copa.

Se fumaba el cigarrillo.

No hablaban.

¿Mi último recuerdo de ella? En el despacho del notario, queriendo quedarse con todo, y quedándoselo todo.

# 5

NOËLLE, Andrée, Catherine, Fabienne, Julie, Louise

—Fue gracias a Claire como encontré un empleo de camarera en el restaurante de la talaso de Dinard —decía Noëlle—. Ella no solía ir a los sitios más conocidos. Los vecinos de los pueblos tardaron en detectar los interminables errabundeos de Claire por el campo. Aparte de Fabienne, que recorría la costa hasta Saint-Énogat inclinada sobre el manillar de la bicicleta de Correos. Pero poco a poco se fue sabiendo. La gente de Saint-Énogat y de Saint-Lunarie aprendió a conocer a aquella joven que bebía agua de mar. Era flaca, un poco sucia, siempre con un paquete de cigarrillos en la mano. Siempre estaba fuera. Vivía al aire libre. Catherine, la masajista de la talasoterapia, aseguraba que, hiciese el tiempo que hiciese, ella andaba al aire libre. Incluso los días de tormenta. Incluso cuando nevaba en serio. Dicho esto, los vecinos no le tenían miedo, no sentían ninguna aprensión porque era muy discreta, esquiva y bastante guapa. Incluso cuando se vestía mal y parecía una salvaje. Además, se sabía quién era. Estuvo aquí de niña.

—Hacia el final, cuando pasaba por su casa —decía la señora Andrée— para hacer un poco de limpieza, no se la oía. Se había hecho completamente furtiva. En zapatillas deportivas, faldita o pantalón corto, con una camiseta de algodón, tan delgada y ligera, se desplazaba silenciosamente, como se desplaza una sombra sobre las cosas. Se deslizaba detrás de ti sin que la notases. Franqueaba las puertas más silenciosamente que una nube cuando borra la luz del sol. Subía las escaleras sin que se oyera su cuerpo hacer peso sobre los escalones.

Catherine (la masajista de la talasoterapia) afirmaba que la señora Methuen no estaba tan loca como decían. Solía contarle, a quien quisiera oírla, que en realidad era una mujer calculadora. Que el notario había dicho que era la más rica de los alrededores. Había heredado, a saber cómo, de una vieja profesora de piano que ejerció en Dinard. Compró todo el promontorio de Saint-Énogat hasta La Clarté. Al pie de la landa derribó las casitas y la vieja herrería que el padre de la masajista de la talasoterapia transformó antaño en garaje. Hizo construir pequeñas villas para ricos, como chalets, todos invisibles, disimulados en el boscaje. Uno entre los avellanos, otro en los abedules, otro en los pinos, etc., no se ven, están muy bien hechos, son ecológicos, están bien pensados, son suyos.

—Es cierto que me aparté un poco de ella. Después de la muerte de la señora Ladon, cuando tuve a mis dos hijos, me dediqué por completo a ellos. Ella sólo tenía en la cabeza a Simon, pero yo la respetaba. Incluso puedo decir que siempre la aprecié mucho. Era una chica muy recta, muy directa, muy terminante. Yo me mudé a Cancale por mi marido. Conseguí que me trasladaran allí. Ella a veces venía a verme, a Cancale, con el camión de la leche. No haga caso de lo que dicen sobre ella. Que todo el mundo te quiera es imposible. Ella podía parecer despectiva o indiferente. No pretendía gustarle a nadie, porque amaba a un solo hombre. Toda su reserva se reducía a esto: amaba a Simon, se había reservado para un solo hombre. Piense que yo fui testigo de toda esta historia desde la escuela primaria. En el fondo ella casi era virgen. Una sola causa orientaba sus días: el amor que le tenía a Simon. Además, no se ha tenido en cuenta una cosa: el 26 de agosto de 2010 era el día del cincuenta aniversario de Claire. La policía no se fijó en esto. Pero Paul lo comprendió enseguida. ¡Entre nosotros, qué extraño regalo de cumpleaños! Una vez, una sola vez, quise hablarle de eso. Él se cerró como una ostra. No quiso decir nada.

Julie Treut (la conductora del autobús escolar):

—Había una mesa plegable de *camping* en la acera, plegada, abandonada, apoyada en el cubo de basura.

La vieja Methuen cogió la mesa de *camping*. La desplegó. La posó suavemente sobre la acera. La estuvo mirando un buen rato. De repente volvió a plegarla, se la llevó bajo el brazo, no había llegado a dar tres pasos cuando regresó, y volvió a dejarla apoyada contra el gran cubo de plástico negro. Fue la última vez que la vi.

La señora Andrée no apreciaba mucho a las dos mujeres pintoras que se habían instalado en Saint-Briac.

—Las dos restauradoras decían maliciosamente que la señora Methuen «merodeaba». No merodeaba. Prolongaba paso a paso los pasos que acababa de dar y que siempre, inexplicablemente, la llevaban a otro lugar. El viento, una luz, un canto, un hervor de espuma, una roca más negra o una roca más brillante, unas florecillas amarillas, todo la atraía. Sin duda se perdía. ¿Pero quién no se pierde? Las dos restauradoras de la playa de Saint-Briac eran aún más «dementes» que ella cuando decían que era «sucia». Se lavaba varias veces al día en el mar.

—En los charcos.

—Pero varias veces al día.

Pálida en su capucha parda —decía Louise—, aquella chica era como un hayuco en su cúpula. Además, era un reloj de sol. Había establecido paradas en el espacio. Daba sobre la landa y por encima de las rocas una vuelta tan regular como la sombra y los minutos que pasan. En invierno veías surgir su capuchón pardo, de parada en parada, hiciera el tiempo que hiciese, y sabías qué hora era.

# 6

## EL tío Calève

En noviembre, a finales del mes de noviembre, o principios de diciembre, cuando los días se acortan, ya no hay nadie en la landa que domina el mar. Yo, sea invierno o verano, cuando voy en tractor tengo que pasar por lo alto de la planicie. Os voy a describir la operación: doy la vuelta al *parking* de la capilla, llego a la planicie, llego a la borrasca, freno, pongo primera, doy mi media vuelta a lo largo del semicírculo del paseo de las Piedras Tumbadas, veo el mar, vuelvo al camino de las aulagas, paso ante la carcasa del camión Citroën.

En invierno, cuando en el bosque ya no hay hojas, se ve el techo de pizarra del edificio principal de la granja Ladon. Ése es el techo que tiempo atrás se quemó.

Nunca he conocido a una mujer que le gustase andar tanto como a mi vecina. Era capaz de andar catorce, quince, dieciséis horas seguidas sin detenerse. Además era una joven que se saltaba las comidas sin problema.

Debía de tener las pantorrillas de acero.

Siempre se levantaba antes que yo, y eso que yo me levanto a las cinco.

Mientras yo empezaba, penosamente, a trabajar, veía su silueta huronear en las rocas del final de la noche. Se la veía calentarse al sol en las cavidades de granito que debían de conservar el calor de la víspera. O bien se abrigaba del viento apoyando la espalda en el muro de la capilla de Notre-Dame de La Clarté. Al principio yo pensaba que debía de llevar siempre un libro en el bolsillo. Me la imaginaba muy bien, sentándose en el tronco de un árbol o en el hueco de una roca, para leer durante horas enteras, fumar cigarrillos, salir de nuevo a la aventura. Pero me enteré de que no era así en absoluto. Ella no leía nada. No ha pedido un libro a la biblioteca municipal en toda su vida. Conozco muy bien a la señora Restein, que se encarga del servicio de préstamos. Fuimos novios. Ella nunca la vio. La señora Methuen vivía sin trabajar y sin leer. Caminaba y vagabundeaba en silencio, por todas partes, todos los días del Señor. Era una mujer de la intemperie, con la crin amarilla y blanca. Era aún más salvaje que yo, que ya es decir. Era lo que se llama una mujer amiga de las olas.

A mí me gustaba.

Creo que perdió un poco la chaveta. Se puso a tener compasión de todo, de las marismas, de las gaviotas, de los bambús, de los árboles, de las piedras. Después de cuidar el barranco, cuidó toda la planicie. Desherbaba. Recogía la leña muerta. Recogía en una bolsa de basura los desperdicios de los turistas. Después de cada tormenta restauraba los arroyos, represaba las marismas. Incluso a veces, sembraba.

Cuando se encontró el cuerpo del señor Quelen en la playa, frente a la gruta de la Goule, fui yo quien llamó a los bomberos.

Luego fui a ver a la señora Methuen en su roca.

—No sé qué decir —le dije.

Ella me tocó la mano.

Lo mismo con el señor Methuen, en la cocina de la granja. Acababan de pasar los gendarmes.

—¿Dónde está Claire? —me preguntó.

—En su rincón. En su matorral —le dije.

Salí al patio y le indiqué la dirección que le había dado a los bomberos para que pudiesen bajar a la gruta y llevarse el cadáver del alcalde. Entonces él me dio las gracias, me volvió la espalda y siguió esa dirección.

También se detuvo en lo alto del acantilado. Miró desde lejos los trabajos, allá abajo. No quiso estorbar. Encendió un cigarrillo. Lo miró todo hasta el final.

Cuando el hermano y la hermana caminaban juntos, llamaba la atención la armonía que había entre ellos. Y eso que él era muy bajo, y ella muy alta, pero era algo mágico. Se iban. Caminaban bastante rápido. No hablaban mucho. Se detenían, miraban, proseguían, se mostraban cosas con el dedo. Se alejaban el uno del otro, se esperaban, era como una goma elástica. Todo era de una desenvoltura increíble, sin la menor impaciencia. Nunca se impacientaban el uno con el otro. Esto no lo he visto nunca en otros seres humanos. Ahora él se ha ido con el padre Jean, que es su amante. Pero ésa es otra historia. Todos los pueblos de la costa están disgustados.

Estoy seguro de que la recordaré. Pero no como a una persona. Quiero decir que no es a ella a quien echo en falta, no es la personalidad de la señora Methuen, etc. Es su cuerpo el que le falta a nuestras horas. Su cuerpo ya le falta al lugar, a las rocas. Le falta a la escalinata de La Clarté que ella era la única en usar y que subía y bajaba de un tirón sin cansarse. Le falta a los rincones y a los escondites desde donde ella vigilaba los nidos, las madrigueras, las barcas, las lanchas en el mar.

¿Mi último recuerdo de ella? Una bandada de gaviotas se amontonan en la escollera gritando cada vez más fuerte alrededor de una bufanda, abandonada, un poco manchada, que yace, en el suelo, cerca de un matorral.

Al final sabía mejor que yo todo lo de aquí. La brisa que agita las hojas de los matorrales levanta en el mar pequeñas olitas particulares y redondas. El viento que sacude las ramas de los avellanos prepara un mar agitado por el este. Las nubes que llevan su sombra al maizal —ella lo podía traducir todo mejor que yo—. Hablábamos de estas cosas. Yo aprendía mucho de ella. Cuando las gaviotas se abrigaban en las rocas, ella venía a avisarme.

La señora de Correos era amiga suya. Le dejaba entregar las cartas del final de la ronda cuando costaba demasiado pedalear contra el viento por los senderos de arena o en el barro de la landa. Era la señora Methuen quien iba a pie por el acantilado a llevar las cartas a las dos puntas del pueblo cerca de la Plage-Blanche y aquí, en la granja del Roc. Ella la llamaba La Tremblaie. Es verdad que algunos la llaman así. Los viejos Ladon la llamaban así. Decían que en el título de propiedad estaba escrito así. Pero yo prefiero que la llamen la granja del Roc. Así es como la llamaba mi padre. Cuando ella me traía el correo, yo, a cambio, le daba leche. Ella aprovechaba para comprar alguna cosa. Elegía los huevos por el color. Ella misma elegía las lechugas. Ella misma valoraba el precio que valían. Dejaba las moneditas sobre la mesa y la verdad es que nunca era bastante.

A veces me miraba fijamente con sus ojos negrísimos.

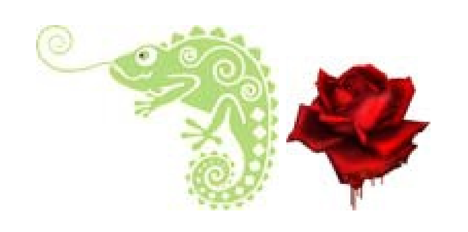
Yo no me oponía.

Nunca respondía enseguida. Hablaba poco pero de forma muy educada. Daba las gracias. Cuando se quedaba inmóvil como una piedra sobre el acantilado, es que estaba mirando a su amante allá abajo, en su barca, en el mar.

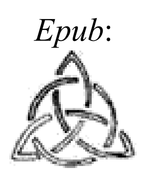
¿Lo huele usted? Huele a mar. Aquí siempre huele a mar. Huele a yodo. A tierra apenas huele. Para un labrador es verdaderamente extraño. Mis campos no huelen a otra cosa que a mar. Los matorrales apenas huelen. Los cardos borriqueros apenas huelen. El acebo apenas huele. Sólo las zarzas durante la mitad del año están envueltas en olor a moras.

**FIN**

*Doc*:



*Epub*:



# Autor

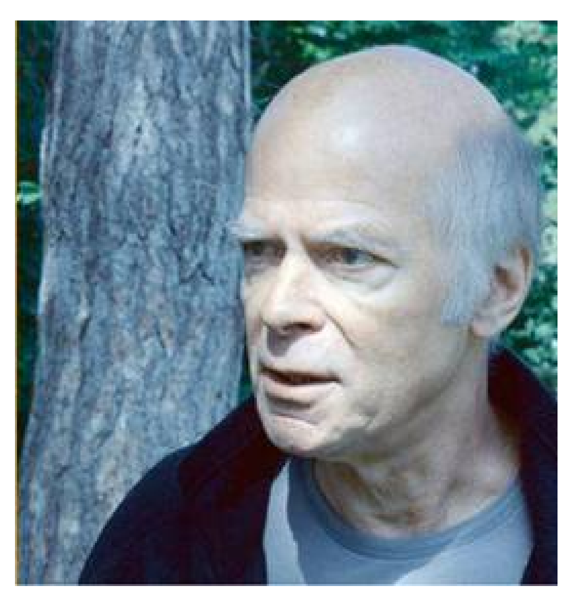


Foto Catherine Hélie © Editions Gallimard

**PASCAL QUIGNARD** (1948) se inicia en la escritura como ensayista a los veinte años, actividad que sigue cultivando a la par de su creación novelística. Junto a la escritura, su otra pasión ha sido y es la música barroca y es un experto organista.En 1994, siendo editor en Gallimard y director del Festival de Ópera Barroca de Versailles, lo deja todo para dedicarse únicamente a escribir. Es autor de más de cincuenta libros entre los que destacan sus novelas *Carus* (1979, premio de la Crítica), *El Salón de Wurtemberg* (1986), *La lección de música* (1987), *Las escaleras de Chambord* (1989), *Todas las mañanas del mundo* (1991, llevada al cine con banda sonora de Jordi Savall), *Terraza en Roma* (2000), y *Villa Amalia* (2006). También cabe destacar su proyecto *Dernier Royaume*, iniciado en 2002 y del que ya han aparecido cinco volúmenes, el primero de los cuales, *Las sombras errantes*, mereció el premio Goncourt 2002.

*Si os gusta sentir que vuestro corazón se inflama… si os invade la nostalgia de la felicidad de los veranos que pasaron… si amáis la buena gente y las pasiones… entonces preparaos a vivir una emoción maravillosa que no os abandonará jamás.*

TOSCANE «ALBE», AMAZON FRANCIA

*Quignard fabrica un cristal tallado a la perfección, puro, transparente, cortante, preciso, sensual. Apasionante y admirable.*

DELORME, AMAZON FRANCIA

Título de la edición original: *Les solidarités mystérieuses*
Traducción del francés: Ignacio Vidal-Folch
Diseño de cubierta: Winfried Bährle

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Depósito legal: B. 20540 - 2012
ISBN: 978 - 84 - 15472 - 47 - 6

# NOTAS

[1] Saint-Énogat, barrio occidental del municipio de Dinard.

[2] Tremblaie: alameda.

[3] Billard Nicolas: juego de mesa francés.

[4] Danza provenzal

[5] Departamento en Île-de-France, en el área metropolitana de París.

[6] Dulce bretón.

[7] Sobre el proverbio de Demócrito «en realidad no sabemos nada, porque la verdad está en el fondo de un pozo», la locución «la verité sort du fond du puits» (la verdad sale del fondo del pozo) alude a su triunfo inevitable y ha sido objeto de numerosas interpretaciones pictóricas.